

# LO ADOLESCENTE COMO SUJETO A LA HISTORIA

ESTUDIO EXPLORATORIO Y ANÁLISIS  
DE CASO DESDE UNA PERSPECTIVA  
PSICOANALÍTICA



IGNACIO RODRIGUEZ PERRACHIONE

TESIS PARA OPTAR POR EL TITULO DE  
MAGISTER EN PSICOLOGÍA CLÍNICA

---

DIRECTORA DE TESIS: DRA. FLORA SINGER



Facultad de  
Psicología

MONTEVIDEO  
2022

A las cercanas presencias que sostuvieron e hicieron posible esta tarea,  
a las universidades, de cerca y de lejos, que me abrieron sus puertas,  
a los adolescentes que permitieron la escucha e hicieron germinar estas dudas,  
a los que me hicieron aferrarme a esta rica, imposible e interminable construcción,  
y a Flora Singer por guiar el recorrido,  
un infinito agradecimiento.

# Índice

- I) **Resumen – Abstract - Pág. 4**
- II) **Construcción del problema de estudio: Pag. 6**
  - a. Motivos de investigación y la construcción del problema de estudio. **Pág. 6**
  - b. Antecedentes teóricos. **Pág. 11**
  - c. Preguntas de investigación. **Pág. 16**
  - d. Objetivos de investigación. **Pág. 17**
- III) **Diseño metodológico: estudio exploratorio y construcción de caso – Pág. 18**
- IV) **Notas previas: la creación histórica de la adolescencia – Pág. 27**
- V) **Estudio exploratorio acerca del concepto de adolescencia en psicoanálisis: sujeto psíquico, historia y lazo social – Pág. 34**
  - a. Infans, transicionalidad e interdicción – Pág.34
  - b. La pubertad y lo puberal – Pág.44
  - c. Adolescencia: operación, pasaje y creatividad – Pág.50
  - d. Pasado, construcción e historia – Pág.56
  - e. Una lectura posible de la cultura y el lazo social – Pág.62
  - f. La adolescencia y los dilemas contemporáneos – Pág.69
- VI) **Estudio de caso: Tomás, el lazo y la historia – Pág. 74**
- VII) **Discusión y conclusiones – Pág. 91**
- Bibliografía – Pág. 98**
- Filmografía – Pág. 105**

## I – Resumen:

Esta investigación tiene como objetivo realizar un estudio exploratorio del concepto de adolescencia desde una lectura psicoanalítica, poniéndolo en relación con una lectura particular del concepto de historia y el hecho social, buscando generar encuentros teórico-clínicos que catalicen y problematicen la teoría actual de las adolescencias. A través de la indagación teórica de autores clásicos y contemporáneos, y la construcción y análisis de caso, este trabajo busca hacer inteligible una forma de pensar al adolescente como sujeto a la historia, entendiéndolo en un pasaje de reinscripción de su cuerpo y de su novela íntima, pero también, de encuentros nóveles con la cultura y el lazo social, en donde debe reescribir y reapropiarse creativamente de sus anclajes biográficos. En esta elaboración se trabaja, a través de la construcción de caso desde un texto cinematográfico, entendiéndolo como un soporte ficcional, pero también, como testimonio del acontecer de la cultura, buscando generar puentes teórico-clínicos para abordar las nuevas formas del malestar en la cultura, donde la desligazón, lo disruptivo y lo tanático cobran cierta presencia y tienen injerencia en el pasaje adolescente. Desde allí, este trabajo intenta gestar una exploración y problematización de la teoría, un trabajo de detalles sobre el caso, a la par de una invitación a gestar nuevas formas para los oficios del lazo, clínicos y sociales, en el trabajo cotidiano con las adolescencias.

## I – Abstract:

This is an explorative study about the concept of adolescence from a psychoanalytic reading, linking it with a particular reading of the concept of history and the social fact, seeking to generate clinical and theoretical encounters, catalysing and problematising the actual theory of adolescence. Through the theoretical inquiry of classical and contemporary authors and clinical case study, this investigation seeks to make intelligible a way of thinking of the adolescent as subject to history, understanding it in a re-inscription passage of his body and his story, but also, of new encounters with culture and the social bond, where he must rewrite and creatively reappropriate his biographical anchors. This investigation is done through psychoanalytical case study from a cinematographic narrative, using it as a fictional support, but also as a testimony of the occurrence of culture, seeking to generate theoretical-clinical bridges to and death e in the teenage years. From there, this work attempts to develop an exploration and problematization of the theory, a work of details about the case, along with an invitation to create new forms for the link jobs, clinical and social, in the daily work with teenagers.

## II – Introducción

### a. Motivos de investigación y la construcción del problema de estudio.

Esta tesis surge del tránsito por la Maestría en Psicología Clínica de la Facultad de Psicología, Universidad de la República, siendo este un pasaje de formación académica fundamental, que me ha permitido acercarme a nuevas formas de comprender e investigar desde la psicología clínica, así como generar el encuentro con categorías teóricas y conceptualizaciones que fortalecen y se anudan al quehacer diario. Me otorgó también la posibilidad del encuentro con instancias de transmisión, docencia e investigación en psicología clínica, tanto en Uruguay como en el extranjero, que me permitieron consolidar la construcción de la formación clínica a la par de la investigativa.

Al momento de llegar a la Maestría traía a cuestas algunos años de ejercicio del oficio de psicólogo, habiéndome insertado hasta entonces en servicios de salud e instituciones educativas. La clínica y lo institucional se entrelazan, y en ese contexto comencé a integrar el equipo de psicoterapia de una institución privada de salud en el marco del Sistema Nacional Integrado de Salud, que cumple con la tarea de integrar la psicología clínica en los espacios sanitarios, haciendo posible una intervención con una espacialidad y temporalidad diferente a la de las prácticas médicas, en donde la escucha toma una clara centralidad y los caminos de encuentro con el síntoma y el malestar tienen otras texturas. El integrarme como psicólogo clínico a este equipo de psicoterapia en servicios de salud me permitió generar un encuentro novel con la clínica, ahora en recintos hospitalarios, en donde los psicólogos traemos otros ritmos, menos acelerados, sin la posibilidad de la medicalización, y donde el encuentro con el relato sufriente no antecede a algo que necesariamente se traducirá en un fármaco a recetar, sino en dar lugar a una pausa, a cierta elaboración y a la inscripción de una experiencia, que anida más en el hacerse buenas preguntas que en encontrar, necesariamente, completas respuestas. Ese trayecto me llevó a encontrarme con adolescentes que concurren a procesos psicoterapéuticos, a la búsqueda, tal vez, de algo que la oferta sanitaria no les brindaba por otros caminos, como la despatologización, la singularidad del acontecer clínico y la cadencia de una escucha que se sostiene por más tiempo que en el común de las consultas en una policlínica.

Había entonces en el desplegar del oficio clínico una imagen que se repetía, y era el encuentro con lo adolescente, una figura que ya había marcado, tiempo atrás, algo de mis tránsitos, cuando realicé la “Diplomatura en Estudios y Políticas de Juventud” en la Facultad

Latinoamericana de Ciencias Sociales de Buenos Aires. Así, las adolescencias fueron parte central de mi praxis desde un tiempo a esta parte, tomando presencia en la clínica o en el hacer institucional, espacios donde ciertas formas de bien-estar y mal-estar se hacen lugar, y es a partir de estas que comienzan a surgir unas primeras interrogantes acerca del pasaje adolescente, sus historias, y las formas en que este hace lazo social en tiempos contemporáneos. Había dudas colectivas que me llevaron a realizar aquella diplomatura, y el trabajo clínico, posteriormente, me llevó a repensarlas en la singularidad, en el caso-a-caso, y en el acontecer de lo único. Uno de los dispositivos que fueron parte gestante de este recorrido, fue la integración como psicólogo clínico, dentro de este mismo centro de salud, a un proyecto que se llevó a cabo en un pequeño pueblo del oeste del país, en donde los suicidios e intentos de autoeliminación se reiteraban y se solicitó iniciar un trabajo de atención de adolescentes y jóvenes. De aquellos relatos que se ponían a disposición en el trabajo clínico, donde variados adolescentes daban cuenta de un sufrimiento singular, germinaron interrogantes que se desprendían del acontecer clínico pero necesitaban ser puestas en diálogo con la inscripción de la teoría. Estos adolescentes escenificaban en sus narrativas, dentro de un consultorio, algo que ponía en cuestión su historia singular, los jalones de su construcción subjetiva, pero también y a la par, un malestar anudado a la época y al lazo social. Las modificaciones del escenario social, la violencia, la posibilidad latente del suicidio, los rodeos con intentos de autoeliminación, las autolesiones y marcas en lo corporal, dejaban entrever formas de malestar que insertaban interrogantes que requerían ser anudadas a la teoría, para desde allí, reinventar y problematizar, en la medida de lo posible, el quehacer clínico.

La pregunta central era, en aquel momento, develar de qué forma algo del tránsito singular del sujeto se anudaba a las marcas de la cultura representada por el lazo social, y de qué forma el adolescente ponía en diálogo su narrativa singular con la historia de los hechos colectivos. Estas dudas nacían en el entre medio de dos campos de saber que pujaban en la práctica cotidiana de lo institucional y precisaban ser problematizados; de un lado el determinismo biológico que parece provenir del universo médico, del otro, el determinismo social que se halla en la intervención comunitaria, y se entretajan en las formas en que es comprendido y abordado el sujeto. En el desencuentro con esos dos polos estancos comenzaba a gestarse la posibilidad de pensar los aportes de la psicología clínica para generar *zonas-entre* (Singer; 1998) que inauguren y fortalezcan nuevos modos de saber acerca del sujeto contemporáneo, entendiendo que en la singularidad propia de lo clínico existe una potencialidad inédita para visualizar las formas en que el relato social se pone en diálogo con una novela autobiográfica, singular y única, y entender que los determinismos

únicos son a veces más reductores que explicativos, aunque su pretensión sea una aprehensión global.

Más tarde, una vez en la Maestría me integré como maestrando al programa “Psicoanálisis en la Universidad”, espacio donde la clínica cobra centralidad y encuentra su praxis en la Clínica Psicoanalítica de la Unión, que recibe como “ámbito socio-comunitario, problemáticas de alta complejidad, directamente vinculadas a lo que llamamos clínica contemporánea de los casos difíciles, que interrogan los dispositivos teórico-técnicos y requieren abordajes pluridisciplinarios” (Singer, 2012, p.4). Desde allí se le da lugar a una investigación que sabe anclarse al caso, siendo la praxis clínica la que “suministra la materia para la construcción del problema a investigar. La construcción del caso es la unidad mínima que diferencia y efectúa el pasaje entre una praxis clínica y un acto académico” (Singer, 2012, p.4). Este camino de formación académica me permitió adentrarme en nuevos modos del hacer investigativo y la posibilidad de conocer a la Prof. Dra. Flora Singer, con quien aprendí a acercarme y leer a través de ella un psicoanálisis contemporáneo que venía, desde hace ya tiempo, haciéndose interrogantes parecidas a las que generaron esta investigación, y tiempo después terminó siendo ella la directora de esta tesis.

Después de transitar por el inicio de la Maestría, fui hacia Colombia, donde escuché y leí que existía una “Maestría en Psicoanálisis, Subjetividad y Cultura” perteneciente a la Universidad Nacional de Colombia con sede en Bogotá. Allí concurrí, como estudiante de movilidad de posgrado a través de una beca, y habité por un tiempo, con el fin de seguir afinando la estructuración de esta investigación y de seguir cultivando el beneficio de la duda. Así fue que me encontré con la “Escuela de Psicoanálisis y Cultura” de la UNAL, que es un espacio de investigación y análisis crítico de los fenómenos de la subjetividad y la cultura, que rescata la perspectiva de la presencia determinante e insoslayable de lo inconsciente, que entiende en la importancia de la introducción de esta lógica para pensar la subjetividad y los lazos sociales. El transcurso en Colombia implicó el acercamiento académico a otras formas que toma el estudio y trasmisión del psicoanálisis y la psicología clínica a nivel universitario, pero también, a un campo social con aristas disímiles al territorio conocido. El encuentro con esta alteridad implicó una movilización singular, a nivel personal y teórico, y eso fue parte del conjunto de dudas que produjeron esta investigación. Las preguntas sobre lo adolescente anidaban, permanecían allí, pero en Colombia empezaron a enlazarse a interrogantes sobre las formas en que el adolescente, como una especie de *sujeto a la historia* (Rassial, J; 1999, p167) se anuda al acontecimiento social y hace lazo con la cultura, en medio de un terreno rasgado por un conflicto armado interno, una guerrilla que duró décadas, un desplazamiento forzado que cambió el mapa del país, y un narcotráfico que se enquistó en lo más ínfimo del

contrato social. Estas dudas convivían con las primeras preguntas que surgían de la clínica y la praxis institucional pero iban mutando y tomaban las formas que el nuevo terreno habilitaba.

En los meses de estadía en la Universidad Nacional de Colombia conocí el funcionamiento del grupo de investigación en “*Psicoanálisis y cultura*”, el cual pone a andar interrogantes en relación a la intersección sujeto, cultura y sociedad, atravesadas por la lógica del inconsciente, buscando poner el acento sobre la sociedad contemporánea y los acontecimientos de la realidad colombiana. Las producciones teóricas que surgen de estas investigaciones son parte de publicaciones, libros, artículos, y varios de ellos componen la revista “*Desde el jardín de Freud*” editada por la Escuela de Psicoanálisis y Cultura de la UNAL y reconocida a nivel internacional. En ese pasaje, además del encuentro con asignaturas, volví a encontrarme con algo que ya había hallado en el programa “*Psicoanálisis en la Universidad*”, y era la utilización de la construcción de caso clínico como un fértil modo de producción de saber acerca del sujeto y la cultura contemporánea. En la Escuela de Psicoanálisis y Cultura se parte desde una construcción de caso que puede nacer de interrogantes de la clínica, pero también de la lectura de otros textos que la cultura ponga a la orden, como la literatura, las artes plásticas, la música, el cine, pueden ser leídos desde aristas psicoanalíticas, no necesariamente desde un psicoanálisis aplicado, sino entendiendo al caso como una forma de *dramatizar* (Nasio, J; 2001, p19) el concepto, dotarlo de vida, y problematizarlo.

El pasaje por el Programa “*Psicoanálisis en la Universidad*” y el tránsito de movilidad por la Escuela de Psicoanálisis y Cultura de la Universidad Nacional de Colombia permitió afinar la exploración teórica y el *pensar por caso* (Rodríguez, 2017) como un modo de producción de saber que podría ser crucial para esta investigación, en donde se buscaba dar cuenta de anudamientos singulares que se encuentran con el acontecer colectivo. En ese transcurso fueron avanzando las dudas, algo de las preguntas acerca de lo adolescente comenzaban a tomar forma y el pasaje por las diferentes instancias de formación hacían al encuentro dialógico de las teorías y al caso clínico como una modalidad fértil para el estudio de la problemática que se pensaba indagar.

En ese momento la materialidad de esta investigación comenzaba a gestarse en medio de recorridos teóricos y académicos que me acercaban al psicoanálisis como una forma de acercamiento al sujeto y su malestar, entendiendo que en el habilitar encuentros intertextuales dentro de la teoría y en la construcción de caso habitaban condiciones de posibilidad para pensar las derivas del sujeto adolescente contemporáneo. Esto se anudaba además, al encuentro en Colombia con las producciones de un novel cineasta, Juan Andrés Arango,

quien estuvo realizando talleres de actuación y produciendo sobre historización ficcional de ciertos adolescentes víctimas del desplazamiento forzado por el conflicto armado interno. Así, ciertas interrogantes tomaban forma y eran parte de los cimientos de esta investigación, a medida que insistían y pujaban.

De esta manera, haciendo de las limitaciones de la praxis clínica y de las dudas que surgían del campo social una materia prima, el objetivo de esta investigación pasó a ser analizar y comprender las particularidades del pasaje adolescente, su proceso historizante y las formas en que este hace amarras con el lazo social, intentando indagar cómo el adolescente pone en diálogo su biografía íntima y su construcción identitaria, en medio de la reactivación de la pulsión, con una Historia, con mayúsculas, proveniente de los acontecimientos sociales, buscando develar y problematizar las formas en que el socius se reactualiza en una novela íntima y singular. Se entiende que esto permitirá generar condiciones de posibilidad para problematizar, estudiar los matices que tiene el encuentro con la cultura en la adolescencia, y habilitar un pensamiento que interrogue al vínculo social, preguntándose si el lazo social es siempre una inscripción simbólico-estructurante y garante de transicionalidad, o si en sus marcas pueden habitar también lo desobjetalizante, las rupturas, y cierta condición tanática.

Se entendió entonces en el recorrido que la metapsicología freudiana, y algo de aquello que Freud construía a principios de siglo, sigue siendo un mapa de ruta para pensar el malestar en la cultura, esta vez contemporánea, y se fue construyendo así la posibilidad de pensar, a través de esta tesis, las formas de anudamiento del sujeto adolescente, ese que Winnicott (1998) entendió como *barómetro de la época*, al lazo social en contextos contemporáneos, intentando indagar así en las historizaciones, cortes, clivajes, confrontaciones y mojonos, haciendo caso desde una ficción que permitirá metaforizar las formas en que el adolescente se enlaza, de manera siempre particular, al socius.

## b. Antecedentes teóricos

En las últimas décadas el estudio teórico, social y político de las adolescencias ha cobrado centralidad, construyendo un campo propio de indagación académica y teórica, pero también, un accionar de políticas públicas con orientación específica, que da cuenta de una demanda de construcción de saber, a la par de la necesidad de un hacer práctico con las adolescencias y las juventudes, fundamentalmente en relación con la salud mental y el bienestar psicosocial. Así, desde esferas públicas gubernamentales y no-gubernamentales a nivel mundial (OMS-UNICEF), continental (OPS) y nacional (MSP, MIDES, INJU), son múltiples las investigaciones que se realizan en el área de la adolescencia y juventud, y han sido traducidas a manuales y guías de acción en torno a salud, educación y familia, atravesando diversos posicionamientos teóricos y epistemológicos. A nivel latinoamericano, la investigación “Adolescencia y Juventud en América Latina” (2001), que derivó en la publicación de un libro con su mismo nombre, compilado por Sonum Doras Burak, y el libro “Salud y bienestar de adolescentes y jóvenes: una mirada integral” (2008) realizado desde la OPS-OMS por Diana Pasqualini y Alfredo Lorens, son dos claros ejemplos de la existencia de la adolescencia y la juventud como un campo de problemas posicionado en las ciencias humanas y fundamentalmente en interés de abordaje de las políticas públicas globales y regionales. Además, en el caso de Uruguay, actualmente existen variadas guías orientadas a la temática como la “Guía de abordaje de la salud adolescente en el primer nivel de atención” (2009), creada por el Programa Nacional de Salud Adolescente perteneciente a la Dirección General de Salud del Ministerio de Salud Pública, la “Guía sobre la atención de niños y adolescentes en salud” (2012) de la UdelaR, INAU, la Sociedad Uruguaya de Pediatría y UNICEF, así como también las publicaciones “Primera persona: realidades adolescentes” (2014) y “Uruguay: bienestar y salud mental en adolescentes y jóvenes” (2022) realizadas por UNICEF, el Instituto Nacional de las Juventudes y el Ministerio de Salud Pública, lo cual desliza, que desde el accionar en políticas públicas son variadas las acciones que se llevan a cabo en torno a la salud y bienestar adolescente, intentando generar herramientas de abordaje específicas y orientadas a entornos generales y particulares. En este sentido, siguiendo a Lozano (2014), se entiende que:

Existe una preocupación creciente por entender mejor el fenómeno de la adolescencia, tanto desde un punto de vista analítico o experimental como desde la perspectiva que busca desplegar determinadas acciones interdisciplinarias (educativas, sociales, sanitarias, etcétera) relacionadas con políticas públicas vinculadas a la realidad adolescente. De hecho, las ciencias

humanas y sociales junto a instituciones públicas y políticas han empezado a desarrollar nuevas líneas de investigación para comprender mejor las relaciones entre adultos y adolescentes, los desafíos ante la salud, la inserción laboral o las situaciones de riesgo y exclusión, por citar solo algunos de los retos que se plantean (Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía, 2000).

Esto produce a su vez, que en este campo rico en multiplicidades, se encuentren disciplinas y metodologías diversas, con formatos de investigación disímiles, lo cual puede resultar una potencialidad inédita en comparación campos menos abordados teóricamente. En el caso de esta investigación, su objetivo central es partir desde la conceptualización de la adolescencia desde posturas psicoanalíticas, para ir hacia el encuentro, en los bordes, con disciplinas fronterizas que aportan desde otras aristas.

En el caso del estudio de la adolescencia dentro de la psicología y desde el campo psicoanalítico, los inicios de su estudio datan desde los inicios del siglo XX. Ariel Pernicone (2019) aclara que:

el término “adolescencia”, empleado a mediados del 1700 por Rousseau, cae en desuso, y vuelve a aparecer recién en el transcurso progresivo que va desde fines de siglo XVIII al siglo XIX, asociado a la Revolución Industrial, cuando empezó a importar reclutar a los jóvenes en las fábricas, con la escalada de la producción en serie. Comienza así a orientarse un interés especial por los jóvenes que pueden trabajar. Se busca por ese tiempo distinguir entre aquellos que pueden trabajar y aquellos que no (p1).

Si bien esto será abordado en especificidad posteriormente en el apartado de esta investigación titulado *“la creación histórica de la adolescencia”*, resulta de particular importancia introductoria entender lo adolescente como una irrupción en lo histórico, por que con su aparición, devino en la posibilidad de teorizar su concepto. En concatenación con ese tiempo de división entre la infancia y la adultez, aparece también la posibilidad de la teorización y con esto campos de estudio como la pedagogía, la pediatría y la psicología, teniendo su especificidad en el estudio de lo infantil y lo adolescente. En este sentido, el libro “Adolescencia” (1904) de Stanley Hall, es uno de los textos inaugurales de un campo de especificidad de lo adolescente en las teorías psicológicas, pero también, bajo el nombre de pubertad, lo adolescente tuvo un estatuto central desde los comienzos de los escritos freudianos, como en “Tres ensayos de teoría sexual” (1905), y de autores posteriores Jacques

Lacan, en “El despertar de la primavera” con fecha de publicación en 1947, y en paralelo, con autores que hicieron de lo adolescente aún más un campo de saber específico, como Anna Freud, Donald Winnicott, Melanie Klein, Maud Mannoni, Piera Aulagnier, Francois Dolto, Aminda Aberastury, Mercedes Garbarino, Hector Garbarino y Michel Laufer, quienes hicieron aportes fundamentales al pensamiento sobre la adolescencia, inaugurando un espacio en el campo psicoanalítico dedicado al estudio sobre la noción, la estructura, y las particularidades del tránsito adolescente.

Desde la época en que estos autores comenzaron a teorizar sobre lo adolescente, los propios cambios en la cultura, la época, y por consiguiente, en aquello que se desanda en los lazos sociales, hizo que fuera necesario resignificar las posturas hegemónicas en torno a esta temática, adaptándola a las particularidades de los padecimientos de la época.

Dentro de las teorizaciones posteriores a los autores que instalaron en el escenario moderno el estudio sobre la adolescencia en el campo psicoanalítico, se encuentra el trabajo investigativo y de difusión de la revista francesa “Revue Adolescence” fundada en 1983 por Philippe Gutton, editada por Isée Bernateau, Manuella De Luca, Estelle Louët y Nicolas Rabain, que se publica de forma trimestral y de manera ininterrumpida, contando con aportes de autores como Jean Jacques Rassial, Marie-Jean Suaret, Philippe Jeammet, David Le Breton, Raymond Cahn, entre otros autores de escuelas francesas pero también de otras latitudes, que han realizado un aporte crucial a nuevas teorizaciones psicoanalíticas sobre lo adolescente, y que continúan el trabajo ya iniciado por sus precursores de hilvanar de forma constante e insistente, el pensamiento clínico de la adolescencia con los avatares de la época, la cultura y el lazo social. Además de estos autores, es importante la referencia a las aportaciones de Anne Birraux, François Marty, François Pommier, Patrice Huerre, Olivier Ouvry, que en elaboraciones personales y colectivas han permitido aunar una teoría psicoanalítica de lo adolescente, y que además, han puesto en diálogo sus escritos con las teorizaciones de autores latinoamericanos, fundamentalmente en el libro “Adolescentes hoy: en la frontera entre lo psíquico y lo social” publicado en el año 2005, bajo la compilación de Ana Guarneiro, que sienta las bases acerca de una forma de pensar lo adolescente, trascendiendo fronteras y generando diálogos internacionales.

En este sentido, así como en Europa, y en particular en Francia, a nivel latinoamericano también ha habido un influjo sostenido en el pensamiento psicoanalítico sobre la adolescencia y su vínculo con la cultura, esto es visible en las indagaciones de autores contemporáneos como Marcelo Viñar, Graciela Frigerio, Luis Claudio Figueiredo, Fatima Florido Cesar, Victor Guerra, Maren Ulriksen, Silvia Flechner, Julian Grunin, Alejandro Klein, Jorge Broide, que han

continuado generando un campo psicoanalítico entorno a la adolescencia y el vínculo social. Las producciones de estos autores han generado publicaciones como “Mundos adolescentes y vértigo civilizatorio” (Viñar, M, 2009), “Educar: ese acto político” (Frigerio, G, 2005), “Subjetivación en la adolescencia y cambios culturales: ¿nuevas formas de inscripción?” (Guerra, V, 2006), “The inaudible noise: adolescence, boredom and withdrawal” de Luis Claudio Figueiredo y Fatima Florido Cesar, entre publicaciones que dan cuenta de un campo psicoanalítico de lo adolescente a nivel latinoamericano, hilvanando a este su historia y su vínculo con la época, que dialoga y se cataliza a su vez con las producciones de autores de otras latitudes.

La asidua producción en contextos rioplatenses reposa fundamentalmente en el ejercicio catalizador de la investigación y los ensayos que generan las revistas arbitradas, fundamentalmente dos revistas centrales en la producción teórica del psicoanálisis de Uruguay y Argentina, como son la “Revista de Psicoanálisis de Asociación Psicoanalítica del Uruguay” (APU), integrante de la Asociación Psicoanalítica Internacional (API) y de la Federación Psicoanalítica de América Latina (FEPAL), que se publica desde el año 1956, y la “Revista de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica Argentina” (APU), que fue la primera publicación psicoanalítica en idioma español, publicada desde el año 1943 en adelante. Ambas publicaciones han facilitado la difusión de ensayos y producciones teóricas constantes en torno a lo adolescente, dedicando incluso episodios puntuales a sus estudios y recorriendo el trabajo de autores clásicos y contemporáneos a lo largo de las décadas. En este sentido, gran parte de los autores que se recorren en esta investigación, tuvieron instancias de publicación de ensayos ya sea en la Revista de APU o de APA, siendo un lazo que reúne el saber psicoanalítico rioplatense, pero también global.

La mayor parte de los autores destacados previamente, como estado del arte del hacer psicoanalítico sobre la adolescencia, hacen hincapié en la noción de lo adolescente. desde una perspectiva psicoanalítica pero cercana al pensamiento sobre cultura y el lazo social, como es el caso de numerosas investigaciones a nivel internacional que abordan desde las fronteras del psicoanálisis y la cultura, como el grupo de investigación “Psicoanálisis y cultura”, perteneciente a la Escuela de Psicoanálisis y Cultura de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia, que desde 1994 se encuentra abocado a estudiar los acontecimientos que se desandan en el vínculo entre el sujeto, la cultura y las modalidades del lazo social, en Brasil, mediante los trabajos desde la Universidad de Rio Grande do Sul, donde a través del laboratorio de “Pesquisa em Psicanálise, Arte e Política” se trabaja en la producción de saber en torno al campo psicoanalítico y sus bordes, y en Argentina y Uruguay se encuentra en funcionamiento el Grupo Rioplatense de Estudios en Psicoanálisis y

Educación, con una presente publicación denominada “Trabajar en instituciones: los oficios del lazo”, integrada por Laurence Cornu, María Paulina Mejía Correa, Graciela Frigerio, Daniel Korinfeld y Carmen Rodríguez, generando producciones en torno al trabajo institucional en comunidad, salud y educación, etendiendolos como oficios del lazo social, en donde se realiza un trabajo clínico a la par que un accionar político.

También en el caso de Uruguay, existe en la Facultad de Psicología de la Universidad de la República el Programa “Clínica psicoanalítica y fronteras disciplinares”, coordinado por Ana Hounie y Andrea Bielli, buscando generar espacios de investigación y dialogo de saberes entorno a los bordes de la clínica psicoanalítica, con la cultura, el arte, lo político y lo social, siendo creado a partir del grupo de investigación “Clínica Psicoanalítica y lazo social”, el “Núcleo interdisciplinario Adolescencia, salud y derechos sexuales y reproductivos”, abocados a el abordaje teórico y practico del campo de problemas en cuestión, y en el abordaje clínico las experiencias de la “Clínica Psicoanalítica de la Unión” parte del Programa “Psicoanálisis en la Universidad”, y el “Servicio Atención Psicológica Preventivo – Asistencial” (SAPPA), en convenio entre A.S.S.E., M.S.P. , UdelaR y Facultad de Psicología, en funcionamiento desde el año 2001. Estos programas habilitan un campo de constante investigación, que resuena también en trabajos finales de grado y producciones de Maestría, a partir del pasaje de integración a institutos que es solicitado a meastrandos que cursan los espacios de formación de posgrados, y estos trabajos investigativos son también producciones previas y soportes de la creación de esta investigación.

Así, el estudio de la adolescencia en lo social, lo clínico y lo psicoanalítico cuenta con un campo vasto y profundo, y un creciente interés academico visible en el accionar de las políticas públicas específicas diseñadas e implementadas Se entiende que estos antecedentes históricos y contemporáneos, así los espacios de pensamiento clínico, y el conjunto de investigaciones citadas anteriormente, permiten abordar al sujeto psíquico adolescente desde una lectura psicoanalítica que reconoce y pondera el dialogo con la historia, la época, la cultura y el lazo social, catalizadores centrales de las preguntas que originan esta investigación. En este caso, por una decisión epistemológica, se elige partir desde el psicoanálisis pero yendo hacia el encuentro inmediato con disciplinas linderas, porque se cree que allí es donde reside una de las potencialidades inaugurales de lo psicoanalítico, y es abordar entendiendo al sujeto como sujeto-del-inconsciente, pero siempre ya entramado en la cultura.

De esta manera, haciendo de las limitaciones de la praxis clínica y de las dudas que surgen del campo social una materia prima, el objetivo de esta investigación pasó a ser

analizar y comprender las particularidades del pasaje adolescente, su proceso historizante y las formas en que este hace amarras con el lazo social, intentando indagar cómo el adolescente pone en diálogo su biografía íntima y su construcción identitaria, en medio de la reactivación de la pulsión, con una Historia, con mayúsculas, proveniente de los acontecimientos sociales, buscando develar y problematizar las formas en que el socius se reactualiza en una novela íntima y singular. Se entiende que esto permitirá generar condiciones de posibilidad para problematizar, estudiar los matices que tiene el encuentro con la cultura en la adolescencia, y habilitar un pensamiento que interrogue al vínculo social, preguntándose si el lazo social es siempre una inscripción simbólico-estructurante y garante de transicionalidad, o si en sus marcas pueden habitar también lo desobjetalizante, las rupturas, y cierta condición tanática.

Se entendió entonces que el recorrido que la metapsicología freudiana propone, y algo de aquello que Freud construía a principios de siglo, sigue siendo un mapa de ruta para pensar el malestar en la cultura, esta vez contemporánea, y se fue construyendo así la posibilidad de pensar, a través de esta tesis, las formas de anudamiento del sujeto adolescente, ese que Winnicott (1998) entendió como *barómetro* de la época, al lazo social en contextos contemporáneos, intentando intentando indagar fundamentalmente en su construcción histórica, en los cortes, clivajes, confrontaciones y mojones, haciendo caso desde una ficción que permitirá metaforizar las formas en que el adolescente se enlaza, de manera siempre particular, al socius.

### **c) Preguntas de Investigación:**

- ¿Qué aporta el psicoanálisis para pensar el vínculo social y la historización en el adolescente?
- ¿Qué particularidades tiene la experiencia historizante en el pasaje adolescente?
- ¿Cómo dialogan la biografía íntima y la historia de los acontecimientos sociales en este pasaje?
- ¿Es siempre simbólico-estructurante la oferta del hecho social, la cultura y lazo social?
- ¿Podemos considerar la desligazón como una posible característica que toma el lazo social contemporáneo?

- ¿Qué lugar tiene entonces la creatividad e invención en el anudamiento del adolescente al vínculo social y en la construcción de su historia?

- ¿Qué puede aportar esta lectura a una clínica contemporánea con adolescentes?

**d) Objetivos de la investigación:**

**Objetivo General:**

- Explorar, estudiar y construir una conceptualización teórica acerca del anudamiento entre el sujeto adolescente, la historia y el lazo social en la contemporaneidad desde una perspectiva psicoanalítica.

**Objetivos Específicos:**

- Indagar acerca de las conceptualizaciones de la teoría psicoanalítica sobre la experiencia historizante en el pasaje adolescente.

- Estudiar el vínculo entre la construcción biográfica e histórica del sujeto adolescente con la época y el lazo social.

- Analizar las características generales y particulares que toma el lazo social en la contemporaneidad y su asociación con las formas de la adolescencia actual.

### III - Diseño metodológico

#### Estudio exploratorio y análisis de caso

Este trabajo propone realizar un estudio cualitativo y exploratorio basado en el análisis y análisis bibliográfico a partir de la lectura crítica de los aportes de la teoría psicoanalítica al pensamiento de la adolescencia, así como la construcción y el análisis de caso a partir del estudio de una producción fílmica, en un intento de hacer dialogar las producciones de la teoría con narrativas singulares provenientes de la ficción. En este sentido, se propone realizar una revisión y diálogo de teorías provenientes de diferentes autores que componen el campo múltiple del estudio de la adolescencia dentro del psicoanálisis, con el fin de generar un diálogo intertextual desde los diferentes rincones de la teoría. De esta manera se buscará generar *puentes* (Singer, F; 1998) de carácter dialógico dentro de las diferentes producciones, intentando explorar y profundizar sobre las formas posibles de abordar al adolescente como sujeto psíquico, su dimensión historizante y sus amarras al vínculo social. Una vez consumado ese trabajo de rastreo e indagación de conceptos que serán princeps a los fines de esta investigación, se procederá a realizar la construcción y el análisis de caso, en donde se buscará hilvanar las fabricaciones de la teoría con una biografía proveniente, en este caso, de la ficción y el texto fílmico. Esta investigación exploratoria partirá entonces de un modo de construcción de saber basado en la recabación teórica, la descripción y el *pensar por caso* (Rodríguez, 2017), priorizando la problematización de la teoría, así como el encuentro con la excepción, y el *detalle* (Barros, 2015, p.13).

En lo integral de este trabajo, a lo largo de sus capítulos, se hará un recorrido por los aportes de ciertos autores de la teoría psicoanalítica al pensamiento de las adolescencias, así como recabar aquellos conceptos psicoanalíticos que permitan pensar la dimensión historizante en el sujeto psíquico, y las amarras que realiza el sujeto adolescente al lazo social. De esta forma se buscará lograr visualizar los modos en que la Historia con mayúsculas, proveniente del hecho social, atraviesa, se reactualiza y se anuda a la biografía íntima del sujeto adolescente, quien debe jalonar la *construcción de su pasado* (Aulagnier, 1991) en medio de la escenificación de lo puberal y el atravesamiento de un momento lógico y *creativo* (Gutton, 2007) consignado como *operación adolescente* (Rassial, 1999).

La aventura de generar un entrecruzamiento entre tres aristas, como son la adolescencia, la historia y el lazo social, exigen poner en diálogo aportes de diferentes autores de diferentes capas históricas. Ese primer punto de exploración, descripción y diálogo intertextual, se llevará a cabo para aunar y problematizar ciertos conceptos que serán princeps para esta

investigación, entendiendo al psicoanálisis y su metapsicología, como cimientos fundamentales. Así, se considera que partir desde el psicoanálisis, implica asumir el giro epistemológico que esta disciplina sostiene, basado en la posibilidad de construir desde un polo universal, con sus conceptos estructurales, que se encuentran, a su vez, siempre pendientes de la fuerza catalizadora de lo singular. De esta manera, en el *caso-a-caso*, se visualizan los anudamientos de lo particular y lo global, de un sujeto que dice de sí mismo pero también, inevitablemente, de una época. El psicoanálisis, a través del estudio de caso, va hacia el encuentro con la cultura y con aquello que hace borde con el *sujeto del inconsciente*, siendo, mas que una teoría de la extensión, una de la intensión. La adolescencia requiere de un conocimiento múltiple, y la invención que se intentará buscar a través de esta investigación, anida en la posibilidad de dar visibilidad, a partir de la exploración teórica y la construcción de caso, a aquellas amarras que el adolescente, en su abandono del lazo familiar realiza con el lazo social, haciendo del caso y su ficción, un posible testimonio que dé cierta luz sobre las formas en que se lleva a cabo el anudamiento del adolescente a la *experiencia cultural* (Winnicott, 1993), intentando indagar qué particularidades tiene en esto la dimensión historizante en la adolescencia, y como allí se pone en diálogo la biografía íntima con el hecho social, en medio de un aire creativo y transicional.

La palabra caso proviene del latín “casus”, y siguiendo el camino que recorre Hounie (2013) seleccionaremos dos definiciones que aparecen en el diccionario de la Real Academia Española que lindan con las formas en que el caso es pensado en contextos psicoanalíticos. Así, en la Real Academia Española (1992) se define al caso como “*suceso notorio, escandaloso o incluso delictivo, cuyas circunstancias atraen la curiosidad del público*”, pero también, como “*relato popular de una situación, real o ficticia, que se ofrece como ejemplo*”. El caso es siempre inacabado y pluridimensional, y cuando hay caso existe un contexto, es una ocurrencia siempre entramada, y anudada a experiencias del deseo. De esas varias definiciones que propone la RAE, siguiendo a Hounie (2013) entendemos que la última de las definiciones que lo designa como relato popular de una situación, haciendo hincapié en su carácter real o ficticio, es la que más se aproxima al caso clínico. Así

habremos de ver efectos en la práctica concreta del uso del término afectando el campo que nos concierne, aunque sin embargo es en verdad en el sentido de la última definición, en el que encontramos mayor cercanía y un espectro más amplio para una producción metafórica que nos permita afinar el pensamiento sobre el concepto de caso clínico, objeto de nuestro estudio (Hounie, 2013, p.351)

La particularidad de *hacer-caso* no nace en sí misma a partir de Freud. Lo que ocurre es que el caso clínico desde las aristas psicoanalíticas

se fue desagregando de la tradición del caso entendido en la medicina, donde un enfermo se enseña como representante de una categoría ya descrita y en alguna medida comprendida, según el estado de los conocimientos, y el caso particular de enfermedades raras y distintas se las ubica a la espera de un saber que las contenga” (Carrasco, 2016, p.98).

Freud plantea una saber-hacer con el caso clínico que inaugura un formato de acercamiento a la causa del sujeto, así

el carácter ejemplar de los casos de Freud no es por su valor estadístico, ni por la rareza de los síntomas que se presentan, sino por la estructura psíquica que propone como resultante conceptual de una experiencia de tratamiento (Carrasco, 2016, p.18).

En los “*Historiales*” de Freud encontramos un trazado metodológico acerca del caso clínico, allí hace un recorrido teórico que parte desde el caso pensando desde las ciencias médicas, pero se va desligando, para construir una forma novel de abordarlo, así, al entender de Carrasco (2016)

distanciándose del informe médico se va a inclinar hacia la novela, como forma de narrar una experiencia donde el sujeto se enfrenta a la revelación de sus sueños, al desciframiento de sus lapsus, a la lectura de sus actos fallidos, al rodeo de la verdad atrapada en el síntoma, al descubrimiento de las determinantes de su mito individual; en suma al desciframiento de los juegos simbólicos que lo nombran, pero también a lo que ese nombre propio no alcanza a cubrir (p.17).

Siguiendo a Singer (2014) entendemos que

“Freud construyó la metapsicología, ese saber que no posee la abstracción de la filosofía, pero tampoco es un llamado a una pura empirie. En esa zona entre la empirie y la abstracción, consideró al caso clínico como un núcleo fundamental de producción de saber” (p.1).

Este marco en donde se inserta el caso clínico como metodología es disímil a las estructuras de las ciencias duras, porque para que el inconsciente sea traducido, o por lo menos delineado, la estrategia desde la cual éste es leído, debe también saberse inexacta, fragmentaria y compleja, entendiendo que cuando el tropiezo del acto fallido se hace presente y hay una letra que quiera dar cuenta de esto, es necesario que esa disciplina que escribe sepa que lo que aborda es irreductible, que es *no-todo*, y que es pasible de ser bordeado pero nunca aprehendido en su totalidad.

Los historiales clínicos de Freud son una *referencia primera* (Carrasco, 2016) y un testimonio del origen de la construcción de caso. En ese legado este deja sentado las líneas de una metodología psicoanalítica donde el caso es parte central, delinea la singularidad del sufrir, y deja sentada una ética y estética de la construcción de caso. A través de Carrasco (2016) se entiende que

en ellos podemos leer que cuando un sujeto enferma de histeria pone en su cuerpo la escena intersubjetiva de sus conflictos. Se hace doler con el otro, o se hace valer en su demanda al otro. En esos conflictos con el otro podemos leer, en el plano simbólico de los discursos, el enfrentamiento de los cuerpos histéricos con la moral, la ciencia, el trabajo, la política (a nivel macro y micro) y el sexo (p8).

Aquellos historiales que nacen en el año 1985 con "*Estudios sobre la histeria*", dan lugar a nueva forma de entender y hacer lo clínico. Instauran la narración, y la valentía literaria allí donde la ciencia se deja limitar por la pura descripción. Freud (1895) consciente de sus ribetes, comentaba:

a mí mismo me causa singular impresión el comprobar que mis historiales clínicos carecen, por decirlo así, del severo sello científico, y presentan más bien un aspecto literario. Pero me consuelo pensando que este resultado depende por completo de la naturaleza del objeto y no de mis preferencias personales (p.124).

Así, el método clínico es una forma de construcción de saber, que, si bien puede atravesar los caminos posibles de la ciencia, desandando lo empírico y el discurrir observacional, no es allí donde encuentra necesariamente su potencialidad. En lo objetivo habrá datos aledaños, anecdóticos, coincidencias y desencuentros, pero es en la construcción de caso donde la artesanía psicoanalítica da cuenta de una singularidad. Claro

está, como dice Singer (2013), que “*un caso es un constructo, y no un “hecho” objetivable*” (p.3). A partir de la lectura de los historiales de Freud habrá quienes encuentren ciencia y quienes hallen narrativa, pero es indudable que allí donde él puso letra se gestó un saber sobre lo humano y sus azares, y se hilvanaron los hilos del método clínico, siendo ese el fin último de la metodología psicoanalítica. Y cuando hablamos de método clínico, hacemos referencia a aquello que Singer (2012) describió con las siguientes características; una complejidad que parte de “la articulación entre lo universal y lo singular del material”; un caso que “se constituye como paradigmático y habilita a encontrar correlaciones nuevas entre sus elementos constituyentes: la articulación teórico-clínica que lo ha construido”; una metodología que “permite abordar específicamente el funcionamiento psíquico” y a su vez “abordar a nivel del psiquismo, en la singularidad de los cambios en el mismo, los dilemas de nuevos emergentes en función de los cambios culturales”, y “cuestiona a partir de la construcción del caso, los alcances de teorías, técnicas y políticas” (p.4).

En esta investigación se elaborará una construcción de caso fabricada a partir del texto cinematográfico, que será producida desde un trabajo de análisis sobre los detalles y la potencialidad de la singularidad, entendiendo que «*lo micro es infinitamente más complejo que lo macro, y desde esta perspectiva lo que denominamos macro es siempre una reducción de lo micro y no al revés*» (Rodríguez, 2017, p.131). Coincidimos metodológicamente con Irene Barros (2014) quien entiende al *cine como un texto* con el cual se puede realizar un estudio de caso. Esta autora recurre a Piera Aulagnier para explicar que para el uso del psicoanálisis fuera del “*campo analítico del entre dos*” (Barros, I; 2014, p14), debemos aspirar a una *interpretación aplicada* y no necesariamente a un *psicoanálisis aplicado*. Aulagnier (1980) refiere:

Cuando el analista propone su interpretación de un texto o de un fenómeno étnico, casi nunca pretende ejercer sobre estos un poder cualquiera de modificación; su intención se limita a explicar por qué razón hay casos en que es posible plantear una identidad causal entre dos fenómenos que son heterogéneos en su forma, su tiempo y su espacio. Cuando el analista interpreta la función del tío materno entre los melanesios o determinado conflicto de fuerzas en el campo social, como manifestaciones de una causa que él interpreta como deseo edípico o con cualquier otra causalidad psíquica, postula una analogía entre lo que muestran lo escrito o lo visto y otras manifestaciones por él analizadas durante las experiencias a las que debe su interpretación. (p.105)

Esta tarea de construir caso a partir de la ficción no se basará entonces en un psicoanálisis aplicado, sino en un trabajo de detalles y de interpretación aplicada sobre el texto fílmico, un texto que a pesar de intentar mostrar trazos de la realidad, no puede ser concebido como tal, dado que siempre

“es artificio, convención, un constructo narrativo constituido a partir de cierto lenguaje y que además, para seguir siendo texto, debe ser prolongado por la palabra. Comentar un texto es reescribirlo; comentar un film, analizarlo, poder reflexionar, es hacer que siga hablando y poder construir sentido” (Rossi, 2002, p1).

Se entiende entonces al estatuto de la ficción como parte *sine qua non* del caso, y no por ello como una limitante:

Nos apoyamos en la experiencia de una verdad a decir -siempre no toda- desde la ficción que la enuncia, diferenciando esta manera de exhumar una vida no con pretensiones de exactitud, sino de proponer un relato que subjetivamente nos presentifique imaginariamente una vida, su drama y su relación posible con situaciones similares, de tal forma que pueda aportarnos un poco más para comprender el drama del conflicto del deseo y conjugarlo con interrogantes teóricas provenientes de la disciplina psicoanalítica. (Carrasco, 2016, p.158)

Así, la procedencia del texto que habilite una problematización es diversa, sea:

de un filósofo, de un director de cine, de un escritor o de un interlocutor ocasional, de lo que se trata es que el ‘otro’ nos diga algo, reconociendo en ello que en toda comprensión se juega también la posibilidad de construir una comunidad, esto es, de producir un diálogo con la alteridad (Rossi, 2002, p.1).

El cine será en esta oportunidad uno de los soportes ficcionales desde donde se desarrollará la construcción de caso, entre tantos posibles, buscando dar cuenta de una verdad que pueda ser generalizada, y que diga, sobre historias singulares anudadas a la posibilidad de lo general, trazando un trabajo de exploración e investigación clínica que permita “interrogar la teoría psicoanalítica tomando producciones artísticas, por ejemplo, no con el propósito de confirmar esta teoría, sino para problematizarla, encontrar las contradicciones, invisibilidades, vacíos teóricos, y dar lugar a lo novedoso” (Barros, 2014, p.14). Entonces, para construir un caso, es oportuno entender que como aclara Juan David

Nasio “el ejemplo nunca es acontecimiento puro; siempre es una historia modificada” (Nasio, 2007, p.23), y construirlo es “es inventar una ficción de verdad, la que se semidice, se semi lee, se semi sabe” (Goldstein, 2012) incluso cuando el caso en cuestión es extraído del transcurso de un análisis. Trabajar ficción en psicoanálisis, implica abordar el caso desde la dramatización del concepto, intentando visualizar “como el concepto mismo se hace humano, cobra vida, se trata de antropomorfizarlo” (Nasio, 2007, p19) y el cine, es en parte, este ejercicio de antropomorfización, y habla, desde un discurso que puja por ficcionar la vida cotidiana. El texto cinematográfico, fruto de un artilugio de ficción, es atravesado por los hechos histórico-sociales y en su producto condensa “significados sociales, culturales, filosóficos y psicológicos” (Rossi, 2002) que pueden habilitar un encuentro dialógico con la teoría:

el caso clínico, sea proveniente de una obra literaria o de los registros de un tratamiento, lo entendemos como una unidad que se deconstruye a sí misma integrando un relato que desde un tiempo posterior resignifica desde lo actual un pasado que implica un devenir. Unidad múltiple, no infinita, que da cuenta de un sujeto que es descrito con sus anudamientos singulares inmerso en un colectivo y revelando sus determinantes reales, opacos y en principio obturados; por ende, dice de uno y de varios, ya que cuando un sujeto habla de sí, sin saberlo, incluye a muchos en su discurso, lo que permite que ese decir particular sea generalizable (Carrasco, 2016, p.190)

Esta puesta en juego de determinadas interrogantes otorga la posibilidad de dotar al encuentro intertextual entre diferentes autores, fruto de la elaboración exploratoria y descriptiva, con el posterior trabajo con el caso, que buscará problematizar las formas en que el concepto se hace carne en sujetos ficcionados, habilitando a su vez nuevas preguntas que catalizan la teoría, intentando “investigar un problema, sosteniendo académicamente la apuesta a la producción de conocimientos, sin pretender responder, sino producir movimientos” (Barros, 2014, p.14). Esto que designamos como una potencialidad para el abordaje del caso sobre el texto cinematográfico y su vertiente ficcional, como una forma de interrogar la teoría y sus métodos, Carrasco (2016) lo haya posible también en la literatura, en donde se va hacia el encuentro de una *textualidad de muchos*, a través de la cual:

poco o nada importa la biografía de los escritores, más bien se trata de hacer el caso clínico a partir de la trama misma de la novela, de sus personajes, en tanto ficciones que permiten palpar una verdad que

plausiblemente toque subjetivamente en la historia de muchos, de ahí su carácter generalizable, no universal ni absoluto. No se trata de diagnosticar a las ficciones, sino de hacerlas hablar al modo de enunciadores de un conflicto que señala algo de las fallas del sujeto, el límite de los discursos, lo que se dice de más, o lo que no se dice y se muestra, ahí donde las palabras necesariamente faltan (p.19).

En el transcurso de la construcción del problema y los objetivos de esta investigación, la elección de lo filmico se realizó con el fin de acercarse a una problemática que devela aspectos singulares y colectivos, entendiendo al texto cinematográfico como una narrativa pasible de ser leída desde la arqueología psicoanalítica del caso y su método comprensivo-explicativo (Barros, 2014). En un primer momento se recorrió una variada filmografía con el fin de evaluar la producción con la que trabajar, abordando y estudiando previamente filmes de diferentes latitudes que abordaban la problemática de la conjunción de lo adolescente, con los hechos históricos y las amarras al lazo social. Posteriormente, tras el encuentro con las producciones del cineasta y guionista colombiano Juan Andrés Arango, con formación académica en la Universidad Nacional de Colombia, la Universidad de Concordia de Montreal y de la Universidad de Barcelona, se realizó una tarea de investigación sobre el autor y sus trabajos cinematográficos, identificando en su forma de narrar, así como en el proceso de construcción colectiva de sus filmes, aspectos funcionales a los objetivos de esta investigación, además de visualizar, en su construcción cinematográfica, interrogantes similares a las que originaron este proceso investigativo.

Este autor teje narrativas y biografías del conflicto armado interno sucedido en su país con un aroma testimonial y documental, y sus producciones son entendidas como posibles metáforas de lo acontecido en tierras colombianas. Arango filmó primero “Eloísa y las Nieves”, un medimetro documental, y posteriormente gestó “La Playa D. C”, que será el largometraje a trabajar, a modo de caso clínico en esta investigación. La misma es una ficción en primera persona, que cuenta en su producción con una ardua investigación previa, donde se acercó a adolescentes víctimas de desplazamiento forzado, que debían migrar de zonas costeras y montañosas hacia los suburbios de Bogotá por la presión de la guerra interna, las matanzas y la crueldad en sus localidades de origen. El cineasta habitó los suburbios de la capital colombiana, los recorrió, realizó talleres de actuación para actores no profesionales con adolescentes y jóvenes, y elaboró un guión colectivo, basado en un collage de historias que surgían de los encuentros cuasi etnográficos con estos adolescentes que abandonaron su lugar de origen y debieron reinventar sus biografías entre las franjas externas de Bogotá. Arango (2014) dice que “más que investigación formal, no llevo cámaras, sino lo

que hago es pasar tiempo en esos lugares, hacer amistad con la gente, lo que poco a poco me va permitiendo decodificar que es lo que está sucediendo". De ese proceso de investigación que realizó Arango, de casi dos años, surge el primer guión de "La Playa DC" el cual fue utilizado "para hacer talleres con los actores no profesionales, improvisar sobre cosas que hacen a diario con el fin de saber si algunas situaciones parecían artificiales y poder plasmar el lenguaje específico que utilizan. Todo ese material lo grabé y me sirvió para escribir otra versión del guion. Aunque sirvió de línea directiva para el equipo, los actores nunca lo leyeron. Antes de cada escena, les explicaba qué buscaban los personajes y luego, se improvisaba" (Vocable, 2014, p4). En este sentido, el largometraje se construye como una película que terminó siendo generada, habitada y actuada por los propios jóvenes, y es una condensación de historizaciones y de posibilidad de gestos espontáneos, a modo winnicottiano, habilitando la producción artesanal y narrativa de aquello que Winnicott (1991) definía como *"la más genuina expresión de la continuidad existencial"*.

En este sentido, la elección de "La Playa D.C" como el filme a abordar en la construcción de caso, se encuentra asociada al carácter biográfico de este largometraje pero también, y fundamentalmente, a su forma creativa y espontánea de construcción, en donde el guión es hilvanado a partir del relato singular y de los hechos colectivos, y es actuado, de forma cabal pero también improvisada, por adolescentes y jóvenes que transitan en lo cotidiano esas calles de Bogotá, generando puentes que vinculan la forma en el que intenta ser pensado el sujeto psíquico en el contexto de esta investigación.

Así, el trabajo estaría puesto más en hacer andar teóricamente a la ficción y enlazarla a los saberes, como un modo de puntualizar los límites de los conceptos y poner a jugar nuevas formas de inteligir el campo de estudio. Ese será entonces el trabajo que se podrá hacer con el texto fílmico, una elaboración con un discurso que la época pone a disposición y puede ser tomado desde la interpretación y la teoría psicoanalítica, y que gesta una posibilidad de problematización de la propia teoría, que puede ser reinventada a partir del estudio del caso. Los dos cimientos de esta investigación serán entonces la revisión teórica y estudio exploratorio de conceptos prínceps acerca de la adolescencia, y la construcción y análisis de caso desde una óptica psicoanalítica, desde donde se trabajará el texto fílmico como una forma de problematizar la teoría, de recorrer sus contradicciones y habilitar nuevos anudamientos para la conceptualización del pasaje adolescente contemporáneo, aportando así a una forma de comprender al sujeto desde una clínica contemporánea de lo íntimo y lo social, que se anime a ubicarse en una dialéctica de lo interno-externo, así como anda el adolescente, con sus historias a cuestas, en plena reconstrucción, entre cierto adentro y cierto afuera.

## IV Notas previas

### La creación histórica de la adolescencia

Este apartado propone ser un preámbulo anterior a la exploración conceptual que mediante una historización de cuenta de las condiciones de posibilidad que hicieron advenir a la adolescencia como un proceso de apariencia universal, considerando que para ir al encuentro con la exploración clínica y teórica, es necesario, con anterioridad, detallar las formas en que la adolescencia es creada, como un periodo de pasaje, y se encuentra enlazada al devenir histórico-social. Esta lectura previa pretende generar un breve recorrido historizante sobre los anclajes de la adolescencia en la civilización, y develar la existencia de mecanismos que daban cuenta de un tránsito entre infancia y adultez, tomando la forma de ritos de pasaje, atravesados por el soporte del hecho social. Parece necesario comprender que el anudamiento del sujeto adolescente a la cultura es indivisible de su historia vital, pero también, de la Historia del hecho social. No se realizará aquí una exploración última ni mucho menos completa de la historización de lo adolescente, dado que eso implicaría una extensa construcción teórica orientada a otros fines que no son directamente los de la investigación, sino que se intentará seguir con los avances de David Le Breton, Philippe Aries y Pierre Riché, y se realizará un recorrido por lo tribal y ciertos faros de la civilización occidental, como han sido Grecia o Roma en su etapa antigua, la Edad Media, y la ruptura ocasionada por el Siglo de las Luces, intentando develar las formas que tomaban los mecanismos de pasaje en otros tiempos históricos, y los modos en que se daba ese tránsito *infancia-adultez*.

El término “adolescencia” proviene del latín “adolescens” y significa “*crecer, desarrollarse, ir en aumento*” (Pasqualini & Llorens, 2001), podemos encontrar sus primeros usos significativos a partir del siglo XVI, donde se comienza a generar cierta diferenciación etaria, particularmente en las capas sociales privilegiadas, y nace el concepto de *adolescere* en contraposición al término *adultus*, el primero remitiendo al crecimiento, el segundo a su detención. A pesar de que algo de la adolescencia con la textura que hoy le reconocemos se comienza a visualizar a partir del Siglo XVIII, y nace en los albores del Siglo de las Luces, son variados los autores (Le Breton, 2011; Pujó, 2012; Riché, 1994) que reconocen que en épocas anteriores existieron prácticas que dejan entrever ciertos ritos de pasaje, y otros momentos, donde el acceso a la adultez se daba de forma más bien directa.

David Le Breton (2014) encontró en su exploración de la sociedades tribales variados ritos de iniciación, que daban fin a la niñez e inicio a la adultez, y allí se:

“instituyen ritos de pasaje entre la infancia y la maduración social, que eliminan la cuestión de la transición adolescente (...) al término de la redefinición inducida por el rito se pasa de una clase etaria a otra, y la precedencia adolescente no dura más que el tiempo de las ceremonias” (p.13).

Los ritos de iniciación tribales son, al entender de Le Breton (2014), cirugías de sentido que producen “una transformación del cuerpo para cambiar la existencia utilizando el dolor como vector de la metamorfosis personal, y las marcas como signos del nuevo estatuto” (p.15). Se entiende entonces que el rito tiene un efecto instantáneo, en donde la transicionalidad es escasa, y el pasaje pareciera ser directo, a modo de marca en el cuerpo, de inauguración y de delimitación de un tiempo pasado, la infancia, y un tiempo presente, que es la adultez. En esos ritos pareciera no hallarse la moratoria y espera que implica la adolescencia en las sociedades contemporáneas, sino un gesto inaugural que delimita el fin de una edad y el inicio de otra, sostenido esto por una Ley central que ordena el funcionamiento grupal.

En el caso de los griegos, la juventud era el espacio donde insertaban los dispositivos educativos de la época a través de la gramática, gimnasia, retórica, y filosofía, así, “ser joven implicaba la pertenencia a un grupo donde se ponían a prueba los aprendizajes del entrenamiento militar, el respeto de las leyes de la ciudad y estar en condiciones de crear lazos, costumbres y solidaridades” (Bedoya, 2016, p.24). Además, a través de la *paideia*, entre cacería y formas de sublimar la agresividad, se generaba una formación para la guerra, en la que exclusivamente los hombres acceden a procesos pedagógicos encargados de reclutar y tamizar la vida social, impartiendo el legado de una ley de la polis. Este formato de formación se transformaba entonces en un programa pedagógico para los ciudadanos por venir y en la preparación de estos para los enfrentamientos. Siguiendo el recorrido de Le Breton (2014) entendemos que quienes se encargaban de llevar a cabo los dispositivos educativos eran los ancianos, “a través de una homosexualidad que se encuentra en el corazón de los dispositivos pedagógicos de la antigua Grecia, siendo la pederastia no sólo una posibilidad sino una etapa necesaria para el acceso a la edad del hombre” (p.20). La *paideia* estaba fuertemente atravesada por una cosmovisión, en donde la dimensión educativa se enraizaba a la política, social y sexual, y estos dispositivos no eran accesibles para mujeres, quienes quedaban relegadas a roles secundarios, y eran preparadas, exclusivamente para su función conyugal.

En la Roma Antigua, se conoce (Le Breton, 2014) que la *puertitia* tenía duración hasta aproximadamente los 15 años, para dejar lugar a la *adolescentia*, que iba desde los 15 a los 30, y abría su espacio a la juventud, que se mantenía de los 30 a los 45, entendiendo que

esta extensión de los tramos etarios se debe a la patria potestad romana, que daba permiso al padre sobre el derecho a la vida y la muerte de sus hijos, y habían libertades que se conquistaban solamente a través de la muerte paterna, Le Breton (2014), sin embargo, aclara que a pesar de la extensión de las capas etarias, regidas por la *patria potestad*, existían ritos que daban lugar al pasaje de una edad a otra:

En Octubre de cada año los jóvenes de alrededor de 15-16 años revisten la toga viril y se dirigen hacia el Forum y el Capitolio, a veces acompañados por largos cortejos de dignatarios según su rango social, acceden entonces a la posición de ciudadanos libres de Roma, pero permanecen bajo las coerciones de la patria potestas. Revestidos de su toga viril, inician el aprendizaje propio de sus roles sociales y políticos (p.22)

Esto coincide según lo consignado con la etapa del acceso a la pubertad, concordando el universo ritual con ciertas raíces fisiológicas, y se entiende que esta ceremonia exclusiva para los varones *solemnizaba* esta etapa (Giuliano, 1979) que era concebida como una madurez sexual:

A la parte “privada” de la ceremonia le seguía la parte “pública”. Ésta consistía en acompañar al joven al Foro o hasta el Capitolio, con cortejos formados por amigos y parientes que, en relación a su rango social, a su riqueza y a los vínculos gentilicios de la familia, podían asumir actitudes fastuosas. El acompañamiento del joven hasta el Foro, en la plaza pública de la ciudad donde se administraba la justicia y los adultos hablaban y discutían de política, correspondía a una verdadera iniciación en los asuntos públicos y constituía para el joven romano el momento esencial de su ingreso a la vida comunitaria (Solé, 2016, p.201)

Como ocurría también en la antigua Grecia, las mujeres transitaban por ritos de pasaje diferentes, asociados principalmente a la función que aquellas sociedades le asignaban, orientadas exclusivamente a la reproducción:

Para las puellae romanas el único rito de tránsito en aquella época consistía en el matrimonio. Después de ofrecer sus muñecas a los lares de la familia y después también de vestir la noche anterior al matrimonio la túnica recta como señal de buen augurio, el día de la boda las vírgenes tenían el cabello arreglado de un modo especial y la cabeza cubierta por un velo rojo, el flammenum, mientras que

alrededor de la cintura llevaban un cinturón de lana cuyo nudo debía deshacer el marido en el lecho nupcial (Solé, 2016, p.202)

Pareciera entonces que tanto en Grecia como en la Roma antigua, se encuentran mecanismos de pasaje en donde el anudamiento del puber en crecimiento al vínculo social se gestaba de forma relativamente paulatina, y no abrupta, como en el caso de las sociedades tribales, las cuales recurren más a la corporalidad y el pasaje por el dolor para dejar la insignia de un acceso a la edad adulta.

Tiempo después, en la edad media, surge una particularidad que es abordada por Philippe Aries, quien fué de los primeros historiadores dedicados a realizar una arqueología de lo infantil y lo adolescente, y encuentra un punto central en los acontecimientos medievales. Aries (1960) decía que “hasta aproximadamente el siglo XVII, el arte medieval no conocía la infancia o no trataba de representársela; nos cuesta creer que esta ausencia se debiera a la torpeza o a la incapacidad. Cabe pensar más bien que en esa sociedad no había espacio para la infancia” (p.178). Le Breton (2014), además, continúa la línea de Aries, y aclara que “durante un largo tiempo, en la edad media, y más acá, nuestras sociedades no reconocen bien la infancia ni, mucho menos, la adolescencia” (p.23), siendo el niño un adulto en espera, y muy pronto “el niño se convierte en un hombre o mujer, sin transición, y se aleja de sus padres” (p.23). En este sentido, los mecanismos de acceso a la edad adulta parecen disimiles en la época medieval, donde la educación era más bien experiencial, los niños se retiraban de su casa ya a los 7 años, y los puberes eran parte activa de la vida social, política y comunitaria. Al respecto, Isela Firpo (2011) entiende que “a partir de que las criaturas podían desempeñarse sin la asistencia constante de madres o nodrizas, pertenecían a la sociedad de los adultos y no se los distinguía de estos últimos. No existían juegos, vestimentas, ceremonias ni instituciones propias de la infancia” (p.40), y en esta línea, William Kremer (2014) agrega que en la europa medieval las familias “mantenían a sus hijos en casa hasta la edad de 7 o 9 años a lo sumo, pero luego los echaban, tanto a los hombres como a las mujeres, para que sirvieran en residencias de otras personas, obligándoles a permanecer allí generalmente por otros siete o nueve años”. En este sentido, en la edad media los ritos parecerían no dar lugar a cierta moratoria, y el acceso a las obligaciones de lo adulto se daban una vez que el niño asumía ciertas autonomías, accediendo directamente al compromiso del universo del trabajo.

Así, el transcurrir histórico y la pluralidad de las épocas generaron apariciones, desapariciones y ciertos ribetes del pasaje adolescente, como tránsito entre la infancia y adultez, en los ritos en lo tribal, en la *paideia* de lo griego, en los ciudadanos libres en Roma, y los adultos en espera de la edad media, podemos hallar huellas históricas, con coincidencias

y disparidad, de ciertos ritos de acceso a la adultez. Así, podríamos decir que una adolescencia similar a como la conocemos, nace y se desarrolla recién a partir de un cambio de afectividad en el seno de las familias a lo largo del Siglo XVIII (*Le Breton, 2014*), el cual será un siglo puente, entre aquello que desde la historia se considera la edad moderna y la edad contemporánea, el siglo de las luces incluyó movimientos estructurales que dieron lugar a la construcción de la familia nuclear, la transformación de los dispositivos pedagógicos y el advenimiento de una nueva organización política, social y económica. La adolescencia, que en la época Rosseau (1833) la designó como el *“murmullo de las pasiones nacientes”*, se deja entrever más claramente, en este siglo de transformaciones que otorgó las condiciones de posibilidad para la construcción de un *“tiempo de margen consagrado a la transmisión entre la infancia y las responsabilidades sociales “adultas”* (*Le breton, 2014*), lugar donde se insertan los nuevos dispositivos educativos y pedagógicos, que estaban dispuestos para preparar a los infantes para el encuentro con el trabajo.

Así, la adolescencia, con aristas similares a la actual, nace en un siglo que da lugar a nuevos ritos de pasaje, y será identificable en aquellas culturas que posibilitan cierta espera que habilita noveles emergentes entre el niño y el adulto, siendo un “concepto de tonalidad occidental, que emerge lentamente en las sociedades industriales, y se cristaliza sobre todo a lo largo del siglo XIX, cuando la obligación escolar posterga la entrada en la vida activa”. Así, la relativa invención de lo adolescente como moratoria (*Le Breton, 2014*), curiosamente, se ubica “justo después del ocaso de los sistemas de gobierno monárquicos y de los grandes paradigmas teológicos de conocimiento, a partir de los cuales se sostuvo el primado de lo que se puede nombrar como El Padre/Adulto” (*Rico, 2011, p.12*). La aparición de los mecanismos de pasaje que signan la adolescencia termina siendo concomitante al declive de la Edad Media, esto no quiere decir que esta no existiera como un estatus propio del transcurso del ciclo vital, si no que su estatuto de pasaje, y su moratoria, como tiempo de espera entre la infancia y la adultez, se encuentra anudado a los hechos históricos, y fue el siglo de las luces el espacio inaugural que dio lugar a este lugar de dilación y trámite que devino en la adolescencia contemporánea.

La ilustración y la invención de un estadio de transición llamado adolescencia, dan lugar entonces a la transformación de los dispositivos educativos, y así, la novel invención de lo adolescente nacía de la mano de la transformación teórica de lo pedagógico, fundamentalmente asociada a la letra de Rousseau y su “Emilio”. En el año 1762, apenas antes de la Revolución Francesa, este decía que:

en los tratados de educación nos dan grandes peroratas inútiles y pedantescas sobre los quiméricos deberes de los niños y no nos dicen una

palabra de la parte más importante y difícil de toda la educación: a saber, la crisis que sirve de pasaje de la infancia al estado del hombre (Rousseau, 1966, p.273).

De esta manera, parecía reclamar un espacio para aquel intersticio adolescente que se hacía visible en la escena social y hacía urgente inaugurar formas pedagógicas adaptadas a esa etapa, en la que él mismo consideró que el púber se volvía *“sordo a la voz que lo hacía dócil: es un león en su fiebre, desconoce a su guía, y ya no quiere ser gobernado”* (Rousseau, 1966, p.273).

Se puede considerar entonces que la adolescencia es rastreable, desde el hoy, en ciertos ribetes de la antigüedad, en sus ritos de iniciación, y en ciertas estructuras pedagógicas, pero fue signada y se instaló como fenómeno de pasaje una vez atravesado el siglo de las luces, enlazada a una transformación política, social, económica y educativa, siendo un emergente de las nuevas formas de entender el mundo que se originan a partir del Siglo XVIII. Esto no quiere decir que no existiera una pubertad como parte del ciclo vital, dado que las características biológicas asociadas a los caracteres sexuales secundarios permanecen incambiadas, así como la posibilidad de la fecundidad, y se encuentran enraizadas al cuerpo biológico, pero el cuerpo como artefacto de lenguaje, ha hecho que las modificaciones del escenario social, hayan variado las formas en que la pubertad es concebida y atravesada. La aparición del botón mamario, los primeros indicios de vello pubiano, así como la menarca o posibilidad de inscripción generacional, son indicadores biológicos de un proceso somático, pero el telón histórico y social va construyendo formas de tramitación del acceso a la madurez anatómica. La diferencia que se puede encontrar a partir del siglo de las luces, y lo que resulta inaugural a partir de allí, es que se da lugar a un espacio de moratoria, que permite la aparición de la adolescencia cercana a como la conocemos, como respuesta a la escenificación de la pubertad, mecanismo de tramitación de los acontecimientos infantiles, reinscripción de las huellas históricas, y la oportunidad de generar un nuevo encuentro con el lazo social, quedando inserta la adolescencia dentro de los tránsitos del sujeto psíquico. Parece que la diferencia fundante, es que la adolescencia adviene como periodo de pasaje, allí donde antes se encontraban fundamentalmente ritos de iniciación. Los ritos de iniciación existen, son variopintos según las culturas, y necesarios, sino la infancia sería un tiempo eterno, pero que existan rituales, no necesariamente quiere decir, que exista una adolescencia, dado que esta, precisa de cierta pausa y de cierta reinscripción, de una especie de desanudamiento de la ley infantil, y elaboración del encuentro con el espacio adulto, la cual se generó a partir de las condiciones de posibilidad que brindó el siglo de las luces. A partir de allí, aquel tiempo de espera y formación, que se reservaba para los

hijos de la burguesía, fue siendo parte de la masa, pasando la adolescencia, en el siglo XIX, de ser un “*privilegio de clase*” (Le Breton, 2014) a ser un pasaje inaugural y aparentemente generalizado en el mundo occidental. De ahí en más, el discurrir de los siglos posteriores, las culturas y las latitudes le fueron otorgando texturas diferentes, pero manteniendo como soporte y cimiento, el hecho de que existe un tiempo de tránsito y dilación entre la infancia y la adultez, que se realiza con la reapropiación de los tránsitos vitales, la reinscripción de una biografía, pero también, anudada a un telón social que la atraviesa.

Así, esta nota previa, intentó ser una introducción historizante de la invención de la adolescencia, no como hecho biológico, sino como operación de tránsito y reinscripción. Algo de los ritos de iniciación tribales, pero también, de las formaciones filiales y políticas de la antigua roma, y de los dispositivos pedagógicos griegos, está contenido hoy en las formas en que es concebido el pasaje adolescente, pero siguiendo a Philippe Aries y David le Breton se puede entender que la adolescencia no siempre fue una etapa universal y presente en la historia de las civilizaciones, sino que fue la transformación de los dispositivos sociales, políticos, económicos y pedagógicos del siglo de las luces, los que dieron lugar a su aparición como pasaje, moratoria y también como operación sobre el empuje de la pubertad. No quiere decir entonces que la pubertad no haya existido con anterioridad, sino que el proceso adolescente y su forma de transición hacia lo adulto es una invención anudada a aspectos histórico-culturales. Este recorrido intentó ser un paso previo para dar lugar al estudio exploratorio del concepto de adolescencia en psicoanálisis, fundamentalmente centrado entre los entrecruzamientos entre el sujeto psíquico, la historia y el lazo social, con el fin de generar bases teóricas para adentrarse en el trabajo sobre el caso, el cual será un constructo que permitirá abordar esas formas en que la biografía íntima se anuda a las marcas del hecho social.

# V – Estudio exploratorio acerca del concepto de adolescencia en psicoanálisis

Sujeto psíquico, historia y lazo social

## a. Infans, transicionalidad e interdicción

El sujeto arriba a la pubertad en los inicios de su segunda década, y llega a ésta con una trama histórica previa forjada en los primeros momentos de la vida. El adolescente es parte de ese niño que fue, aquel que llegó al mundo incluido en una trama simbólica, en una novela familiar, en la historia social, y en lugares asignados incluso desde antes de su nacimiento. Este transita por los tiempos del infans, logra una independencia relativa, se encuentra con la palabra, se enlaza a la trama edípica, se vincula con la Ley y accede a la latencia. El adolescente, en tanto sujeto historizado, es producto de ese discurrir histórico fundante del que fue parte. Por esto es preciso iniciar las conceptualizaciones teóricas del infans, y abordar los caminos que llevan al niño de la dependencia absoluta a la independencia relativa, por que entendemos, siguiendo a Kestenberg (1982) que *“todo se prepara en la infancia y todo se juega en la adolescencia”*, y esa preparación, esa antesala histórica que trae consigo el adolescente, hace a las formas en que este negociará la salida del lazo familiar y el reencuentro con el lazo social.

Seguimos a Piera Aulagnier (1991) al entender que *“entre las reorganizaciones propias de ese tiempo de transición que es la adolescencia”* tiene un rol determinante el *“trabajo de poner en memoria y de poner en historia, gracias al cual, un tiempo pasado, y como tal, definitivamente perdido, puede continuar existiendo psíquicamente en y por esta autobiografía, obra de un Yo que solo puede ser y devenir prosiguiéndola del principio al fin de su existencia”* (p.442). Esta operación historizante que debe realizar el adolescente, se encuentra basada, al entender de Aulagnier (1991) en aquel *fondo de memoria*, en ese telar *“de composiciones gráficas”* que tiene sus primeros hilos en el inicio de la infancia, y *“es fuente viviente de la serie de encuentros que marcan la vida del sujeto”* (p.443).

Los niños llegan al mundo en un estado de desamparo y dependencia absoluta, y es acogido y recibido por otros que hacen posible su existencia. El nacimiento es un *momento subjetivo* (Lebovici, 1983) en donde el prematuro cuerpo es colocado en un espacio del discurso parental que lo antecede. Entendemos entonces que el infans se va encontrando con

un espacio exterior que aún no logra diferenciar ni inteligir, pero que trae consigo un universo simbólico, imaginario y real que viene de los otros, de una familia, una historia, y una sociedad, que buscará integrarlo en la cadena de filiación y generar, siguiendo a Aulagnier (2014), un primer *contrato narcisista* que tiene como firmantes al niño y al grupo, y tiene las siguientes características:

La catectización del niño por parte del grupo anticipa la del grupo por parte del niño. En efecto, hemos visto que, desde su llegada al mundo, el grupo catectiza al infans como voz futura a la que solicitará que repita los enunciados de una voz muerta y que garantice así la permanencia cualitativa y cuantitativa de un cuerpo que se autorregenerará en forma continua. En cuanto al niño, y como contrapartida de su catectización del grupo y de sus modelos, demandará que se le asegure el derecho a ocupar un lugar independiente del exclusivo veredicto parental, que se le ofrezca un modelo ideal que los otros no pueden rechazar sin rechazar al mismo tiempo las leyes del conjunto, que se le permita conservar la ilusión de una persistencia atemporal proyectada sobre el conjunto y, en primer lugar, en un proyecto del conjunto que, según se supone, sus sucesores retomarán y preservarán (Aulagnier, 2014, pág 164).

La pubertad es un acontecimiento de corte que aparece una vez sepultada la latencia, y la tramitación de la adolescencia estará enrabada a la biografía del infans, que es construido desde un deseo que lo preexiste y una historia que es de los otros, y sus mensajes serán codificados por un ambiente que lo aloja. Allí la madre podrá hacer sus coreografías para estar disponible ante la posibilidad del llamado del bebé, y este, en el transcurso de ese vínculo, de su presencia-ausencia, de y la aparición de lo paterno, comenzará un aprendizaje crucial de su relación con el ambiente y lo circundante.

Podemos entender a través de autores como Rassial (1999), Rico (2006), y Aliberti (2006), que la adolescencia se erige sobre los cimientos del infans, y se enmarca dentro de los tres momentos lógicos de estructuración del psiquismo, siendo la operación adolescente uno de ellos, lejos de ser meramente una etapa de maduración, desarrollo o crecimiento. Esto implica reconocer que, con anterioridad a la aparición de la pubertad y por consiguiente de la adolescencia, existieron otros dos momentos lógicos estructurantes. El primero de ellos, es el de la represión primaria, mecanismo por el cual se origina la partición del psiquismo en consciente-inconsciente. El segundo momento, se corresponde con el Complejo de Edipo, en

donde se reactivan los deseos sexuales y mortíferos, estos son simbolizados o reprimidos, y se legitima la aparición del superyó desde la función paterna. El tercer momento de estructuración del psiquismo, como se aclaraba anteriormente, se corresponde entonces con el pasaje adolescente, en donde aquellos contenidos inconscientes emergen debido al empuje de la pubertad que genera una reactivación de la pulsión.

Es por ello que este capítulo es llamado “Infans, transicionalidad e interdicción”, por que se entiende que en los caminos del sujeto psíquico y su encuentro con la cultura, se halla la tramitación de aquello acontecido en los tiempos de la primera infancia, y sobre todo, en dos ejes fundamentales de la estructuración psíquica, como son la represión primaria y el posterior ingreso de la función paterna y la tramitación de lo edípico. Podríamos decir que hay humanidad allí donde hay represión originaria, donde la pulsión es abdicada, y se otorga una renuncia en pos de la existencia hablante, y también, que uno de los garantes posteriores del acceso a la realidad humana es el ingreso de un tercero que deslice la subsistencia del bebé por fuera de la diada.

En este sentido podríamos realizar una relectura de estas tres temporalidades, para poner en diálogo conceptos freudianos con otros posteriores surgidos en el campo psicoanalítico. Así, consideramos que el sujeto psíquico se gesta mediante tres momentos lógicos, pero también, por el atravesamiento de tres mecanismos de pasaje y enlace con la cultura, que son, los espacios de *transicionalidad* winnicotiana en el infans, el ingreso de la función paterna con su interdicción, y la operación adolescente según como fue propuesta por Jean Jacques Rassial, que se encuentra intrincada al tránsito por lo puberal dispuesto por Philippe Gutton. Estos tres puentes y mecanismos de transicionalidad se encuentran en diálogo con aquellos tres momentos de estructuración psíquica y dan cuenta de las ataduras que el sujeto psíquico realiza a la cultura. El aire transicional winnicottiano da cuenta de una operación primera de separación que inaugura un adentro y un afuera, que permita a posteriori una segunda transicionalidad como la que garantiza la función paterna, en donde se negocian la castración y prohibición del incesto, conteniendo ambos modos de acceso al lenguaje y la cultura. La función paterna por su parte es un mecanismo de pasaje que da lugar a la exogamia, al *por-fuera* de la diada, y al universo cultural simbólico.

Es trascendente dejar en claro que las funciones de padre y madre no necesariamente se traducen o se corresponden con las inscripciones biológicas, sino que estos se ubican como funciones de amparo e interdicción, que pueden o no verse emparentados con los progenitores, y en la actualidad asistimos a múltiples muestras de esta situación. El psicoanálisis contemporáneo permite pensar que “los padres y las madres de la realidad de

las existencias singulares son entonces los atributos significantes puestos al trabajo en la función, al mismo tiempo que nutren lo imaginario de la novela familiar” (Brousse, 2005, p.140). Cuando digamos acerca del maternar o paternar, hablaremos de los nombres que asumen estos representantes en la letra psicoanalítica, pero lo haremos desde una contemporaneidad que entiende que han sido modificadas las estructuras de parentesco, y asistimos a una transformación de la escena familiar donde cambian los posicionamientos de la mujer frente al hombre, a sus hijos y al vínculo social, a la par de una modificación de la subjetividad masculina, a medida que es declinada la hasta entonces incuestionada autoridad patriarcal y se inauguran nuevas formas de transitar la masculinidad. Seguimos a Carril (2000) y entendemos que:

deberemos crear herramientas teóricas que nos permitan pensar cómo se va armando esa relación y dejar de sostener, que cuando un hombre hace algo más que separar al hijo de la madre, lo tiene que hacer en clave "femenina". Un padre que asume con placer las tareas de cuidados, (que no se remiten únicamente a cambiar pañales o dar mamaderas) no deberían interpretarse como que tienen "aspectos femeninos o maternales. Las conductas de apego pueden, si las condiciones de subjetivación cambian, brindarles ambos géneros.

Si asumimos que la función paterna es asociada a un gesto simbolizante que debe dar lugar a la terceridad, esta no necesariamente queda asociada a un *hombre-padre*, sino que puede ser representada por aquel adulto que, merodeando la diada, haga las veces de una separación y una prohibición que permita al niño salir del terreno endogámico. Rassial (1999) lo advierte con claridad:

“para que haya metáfora paterna, es necesario que, en la realidad -ya sea familiar o solo verbal en el discurso de la madre-, exista padre y esté cualificado por un tiempo con el poder de representar al padre simbólico (...) la familia en tanto tal ya sea nuclear, extendida, monoparental o sustitutiva, es la condición de presencia de esa metáfora paterna”.

El acceso a la cultura contiene entonces momentos lógicos y mecanismos de pasaje que conviven y son a veces isomorfos, mediante los cuales el infans transita y llega a la mudanza que implica lo puberal y la operación adolescente. En este recorrido, primero se realiza el encuentro con un maternaje primero, explorable en conceptos de Winnicott y Aulagnier, que puestos en diálogo, dan cuenta de un primer universo de lactancia y continentación. A

posteriori, este primer período es atravesado por la transicionalidad, donde lo fusional debe dar lugar a la posibilidad de una ausencia que geste autonomía, y a su vez, dar lugar al ingreso de la terceridad que haga un puente hacia el afuera.

La función materna implica entonces en primera instancia lo que Lopez de Cayaffa (2009) definió como un “*deseo de que el hijo viva, su disposición a ampararlo y sostenerlo, el deseo de ser requerida (¿re-querida?) y la identificación profunda (consciente e inconsciente) con su bebé en absoluta dependencia*” (p.37). Así, esta función, concierne a la posibilidad de crear un ambiente facilitador que permita que el infans circule desde la dependencia absoluta hacia la independencia relativa, a través de la cercanía, de una “*primera lactancia teórica*”, de un amparo que garantice la codificación exhaustiva de las demandas, y una especie de arqueología de las necesidades físicas y psíquicas del bebé.

Lo maternal se vincula, en un primer periodo, con lo que Aulagnier llamó “*sombra hablada*” (Aulagnier, 1991), fruto de la idealización y la libidinización de un constructo imaginario que espera y preconice al niño. Esta sombra cae sobre el infans y es parte central del vínculo primario, estando el niño, en un primer período, imposibilitado de escapar de su influjo. Entendemos entonces, siguiendo a Aulagnier (1991), que:

así como no hay cuerpo sin sombra hablada, no hay cuerpo psíquico sin una historia que hable de él. Sombra protectora o amenazante, benéfica o maléfica, que protege de una luz demasiado cruda o que anuncia la tormenta: pero, en todos los casos, sombra indispensable, pues su pérdida entrañaría la de la vida en todas sus formas.

La función materna, a través del desciframiento de la demanda primaria (Aulagnier, 1991), ofrece el pecho como objeto y otorga la posibilidad de una ilusión, garantes de una primera satisfacción de las necesidades orgánicas, pero también, de la alimentación psíquica. La construcción de un fondo de memoria (Aulagnier, 1977) que será parte gestante de la posibilidad de una autobiografía, está anudada justamente a los acontecimientos que se producen en tiempos de dependencia, entre el niño y el ambiente, donde el amparo y el desamparo brindados dan lugar a que el niño logre semantizar el mundo, haciendo viable la significación del alrededor, pero también de sí mismo, y a partir de allí comienza a generar huellas, recuerdos y olvidos, que serán parte de su historización. La historia del niño, y por consiguiente del adolescente, se verá siempre atravesada por aquel telón de fondo que fue su *pre-historia*, aquella que recibió desde el discurso familiar que lo acogió. Frigerio (2002) lo dice con delicada artesanía:

esos manojos pulsionales según el entender freudiano, los cachorros humanos (como los define Piera Aulagnier) comienzan la existencia en una posición de fragilidad y dependencia. No pueden (no podemos) ser sin otro, no pueden (no podemos) ser confundidos con otro. En efecto, imposible llegar a ser, si no se lleva a cabo esa siempre conmovedora y maravillosa operación de separación primera del universo materno que contiene, separación que abre la posibilidad al sujeto singular e inaugura la necesidad de lenguaje (p.9)

Mediante este trabajo el sentido de lo propio logra gestarse, se empieza a atravesar un proyecto identificadorio (Aulagnier, 2014) y generar una *autoconstrucción continua del yo por el yo* (Aulagnier, 1977) en donde a través del deseo, la ausencia, el hallazgo de la temporalidad y el devenir historizante, el niño accede a la escritura de sus primeros capítulos. Entendemos entonces que:

El Yo está constituido por una historia, representada por el conjunto de los enunciados identificadorios que recuerda, por los enunciados que manifiesta en su presente su relación con el proyecto identificadorio y, finalmente, por el conjunto de los enunciados en relación con los cuales ejerce su acción represora para que se mantengan fuera del campo, de su memoria, de su saber. Una parte de su historia permanece así inconciente (Aulagnier, 2014, p.174).

El camino que debe realizar el yo irá generando espacios de autonomía para no quedar sometido a un vínculo fusional y de alienación. El deseo parental, con sus ribetes, producirá en primera instancia la construcción del aparato psíquico, y lo hará ingresar al *proyecto identificadorio* (Aulagnier, 2014) mediante el cual debe metabolizar lo dado en su crianza y someterlo a la posibilidad de un camino propio.

En esas primeras páginas de la historia del sujeto psíquico aparecen dos figuras centrales que Winnicott definió como holding y handling, y que son garantes de la construcción de un devenir historizante que sea consistente y que tenga unos cimientos fundamentales. El *holding*, traducido al castellano como sostén, anida en la capacidad de proteger al bebé de los peligros circundantes, introducirlo a un mundo, reconociendo además su notoria sensibilidad y la ignorancia que este tiene del exterior. El handling, por su parte, estará relacionado a las formas que se presenta el manejo del bebé en el contexto de sus cuidados, poniendo a jugar una *manipulación activa* (Winnicott, 1993) de su cuerpo, asistiéndolo,

rozándolo, y texturizándolo, dándole al infans la posibilidad de poner en diálogo su vida psíquica con el soma.

Entendemos a partir de Winnicott que *“un niño que no ha experimentado cuidados preverbales en términos de sostén y manipulación –de confiabilidad humana- es un niño privado”*. (Winnicott, 1968, p973). El camino de la dependencia absoluta a la independencia relativa se hace a través de un otro, y en un vínculo dialógico con un ambiente que se oferte como facilitador, ya que *“sin alguien que le proporcione satisfacciones instintivas razonables, el niño no puede descubrir su cuerpo ni desarrollar una personalidad integral”* (Winnicott, 1995, P.63). La necesidad de otro excede a los cuidados físicos y orgánicos, y ahí se encuentra una de las diferencias del sujeto con respecto al animal instintual, el cachorro humano, en tanto posible hablante, precisa además de alimento, de una libidinización del ambiente circundante, un afecto mediatizador, la manipulación de objetos, el encontrarse con una realidad social, acceder a la lengua, y por fin, hablar. Winnicott (2011) nos dice que:

el bebé potencial (siendo), tiene que expresar su gesto espontáneo (empezar a ser) (...) en el estado de ser primario –que inicialmente llama caos central– el infans es un bebé potencial que precisa de los cuidados maternos para el despliegue de su gesto espontáneo. En consecuencia, el gesto espontáneo es la expresión del sentimiento de continuidad existencial (Winnicott, citado por Lacruz, 2011, p212).

Después de los primeros momentos en donde el niño se ubica en una relación de pura dependencia con el ambiente continentador, este debe empezar a dirigirse hacia una posible autonomía, gestar una *transicionalidad* entre lo propio, lo ajeno, lo interno y lo externo, y entregarse a la posibilidad de ser cooptado por el lenguaje. Hubo un objeto primario que existió y acaparó, pero este debe saber desaparecer y dar lugar al objeto transicional, para que el infans, etimológicamente mudo, pueda generar un encuentro con las primeras palabras, y pase del principio de placer al principio de realidad. Perder el objeto primario es inaugural, y *“hay que haberlo tenido y bien para poderlo perder (como objeto subjetivo), y hay que haberlo perdido para poderlo simbolizar y conocer”* (Lopez, 2012, p.6).

La presencia debe dar lugar a que el infans comience a concebir la ausencia, generando un sitio a lo hablante, un lugar a la palabra, para que el yo pueda advenir, y para que, volviendo a Winnicott, el infans, siendo, logre ser. En esas épocas de la infancia donde aparece el forda freudiano, cuando el bebé cae en cuentas de la ausencia de la madre, y es donde adviene el objeto transicional winnicottiano, viniendo a inventar un lugar que hilvana la ausencia y la presencia, siendo un posible representante de una madre que no está, y genera condiciones

para poder empezarse a inventar una soledad acompañada. Los objetos transicionales vienen “a designar la zona intermedia de experiencia, entre el pulgar y el osito, entre el erotismo oral y la verdadera relación de objeto, entre la actividad creadora primaria y la proyección de lo que ya se ha introyectado, entre el desconocimiento primario de la deuda y el reconocimiento de esta” (Winnicott, 1993, p. 28). El objeto transicional, inaugural, paradójico, y ubicado en el dentro-fuera, habilita el encuentro con lo ajeno, y la noción de lo externo. Así “la discriminación yo - no yo, la noción de tú y yo, que está en la cultura y en el lenguaje, marca la presencia de una instancia tercera, que irá siendo reconocida con la adquisición del lenguaje. Ser capaz de decir "yo soy" y "yo estoy solo" son grandes éxitos del desarrollo” (Ulriksen, 2005, p.5). El niño se encuentra así con lo que Winnicott (1971) designó como *experiencia cultural*, ubicada en un espacio potencial entre el sujeto y el ambiente, y marcará un camino que lo llevará a entrar en el universo de la simbolización, y le otorgará una nueva capacidad de jugar y encontrarse con lo exterior. El niño recibe entonces, a modo de objeto primario, un legado, y a partir de este construye puentes que habilitarán el pasaje hacia el afuera, que lo lleva hacia la independencia, el juego y la experiencia cultural, que serán huellas fundamentales de un camino que implicó la resignificación de lo heredado y la transformación de lo dado. Esto será un registro inaugural de lo que se reencontrará tras la salida de la latencia.

Posterior a esos tiempos en donde el niño va gestando sus primeras huellas históricas, su organismo deviene cuerpo libidinizado, y accede a cierto pasaje desde la dependencia hacia independencia, el niño se encuentra con la prohibición del incesto y la renuncia pulsional, interdicción fundante en la historia subjetiva, representados a través de una función de corte. Esta prohibición inaugural y humanizante libera al niño de la diada madre-hijo, de una relación *dual imaginaria* (Dolto, 1987), y produce una terceridad que habilita una exterioridad. El niño atraviesa entonces dos primeros mecanismos de pasaje y enlace a la cultura, en primera instancia la transicionalidad mediante la cual la ausencia de la madre deviene posibilidad, y como segundo paso, el ingreso de una interdicción, a modo de función paterna, que habilita el fundante gesto exógamico. Este momento, inaugura un *tiempo para comprender*, temporalidad que da lugar a un nuevo momento identificatorio. Ante la llegada de Edipo y la prohibición del incesto, se da lugar a una identificación secundaria freudiana, que genera que las investiduras de objeto que se dirigían a los progenitores sean abdicadas y cesadas, habilitando el encuentro con aquello que es central en el acceso a la segunda temporalidad de la sexualidad; el encuentro del objeto exogámico. Al desprenderse de la investidura de los objetos endogámicos, se da lugar al reemplazo de estas por la identificación secundaria y queda sepultado el complejo de Edipo, allí el niño descubre que el deseo sexual de la madre se encuentra anudado a otros soportes, habilitándose a sí mismo una exploración de la exterioridad, adviniendo como sujeto deseante y anudado a la palabra.

Es justamente ese uno de los puntos resistentes y sólidos de la teoría psicoanalítica, y que anuda su conceptualización del hecho social al tránsito singular y de la novela familiar. El infans se va desarrollando en un contexto que propone un amparo, y es allí donde realiza el encuentro con el objeto cultural (Birraux, 2005), estos pueden venir mediatizados a través de la función materna que propondrá objetos nutricios, relacionados con la sensibilidad, sensorialidad y la libidinización, que tienen “como función contribuir, por desplazamiento, a resolver conflictos internos y regular pulsiones parciales” (Birraux, 2005, p.67). Por su parte, la función paterna traerá como objetos culturales la posibilidad de una alteridad fundante, a través de los cuales se logra “desprenderse de un erotismo arcaico y darle sentido a nuestra existencia y nuestra historia” (Birraux, 2005, p.68).

Seguimos a Birraux (2005) cuando aclara que:

Una sociedad para ser viable -ya sea primitiva o moderna- es una sociedad en donde el Edipo, no tanto como mito sino como estructura, ordena la relación del sujeto con la madre, esto es, una sociedad donde hay separación y donde el canto de sirenas de regreso al seno materno puede acallarse con la evocación y la representación de la alteridad (p.63)

Algo de ese aire transicional que conduce al infans *por-fuera-de*, y la incursión del corte en la dinámica de la diada, hace posible el ingreso de la cultura e inaugura un resto que queda por fuera del alcance del lenguaje. Insistimos con Birraux para comprender que la cultura se presenta a través de un doble círculo, el de la creación del objeto encontrado-creado winnicottiano, y también el de una transmisión que tiene su lugar en la posibilidad de intercambio; “la cultura es un conjunto de mensajes que nos han sido legados y se sedimentan desde el principio de nuestra vida, que compartimos con el otro, tratando de inscribirnos en una historia” (Birraux, 2005, p.64).

Existen entonces dos mecanismos de transición que habilitan el encuentro con la palabra, en dos temporalidades diferentes pero sucesivas; la separación del vínculo de maternaje primario del infans, y el posterior encuentro con el *por-fuera* de la diada a través de la función de corte. Así, en este tránsito es central la aparición del otro, un otro que en primera instancia es materno, y se ubica desde la contención y el amparo, pero luego, otro que aparece desde la función paterna y trae la prohibición y la terceridad. Seguimos a Frigerio (2005) cuando exclama que “*podríamos también decir que el hombre levanta las arquitecturas*

*institucionales como forma de ofrecer a la soledad inicial del cachorro humano la figura de un «tercero imaginal», figura de la ley que garantiza la continuidad de la especie que habla” (p.16).* La función de materner y paternar, esos otros indispensables que encuentra el infans ante su llegada al mundo son también representantes de un orden social, transmiten un legado que es también heredado, entre tradiciones y rituales. Por eso entendemos que el psiquismo de los niños, que va del infans a la infancia, se constituye de manera singular pero anudada a un entorno afectivo, familiar, social, histórico e intersubjetivo, en donde el infans no es pasivo sino que realiza inscripciones noveles de los acontecimientos, dado que no hay una pura correspondencia entre el legado y su producción como sujeto. Ese ambiente que lo antecede y lo preinviste le provee a los niños y posteriores adolescentes, páginas que enlazan, a modo de apres-coup, los hechos de su pasado, sus interpretaciones y los acontecimientos de su presente. Su camino por los tiempos de la infancia le permite el acceso a la palabra, la transicionalidad, la llegada de los primeros representantes del lazo social, una inaugural experiencia cultural y el encuentro con una primera pausa llamada latencia, que se ubicará como una moratoria hasta la llegada de la agitada pubertad. La infancia es telón de fondo para la existencia del empuje de lo puberal, en donde se instala el reencuentro con un cuerpo erógeno y la reinscripción del soma, de anudamiento y desanudamiento a los pasajes anteriores, que inauguran una operación también fundante en la historia del sujeto hablante; el pasaje adolescente.

## b. La pubertad y lo puberal

Etimológicamente la palabra pubertad proviene del latín *pubes* y hace referencia al momento de la aparición del vello púbico como un corte en el desarrollo psico-sexual, posicionándolo como un momento de apariencia biológica en donde se accede a un nuevo estatuto de la sexualidad, se reinventa la función de los órganos reproductores, adviniendo en el hombre la eyaculación y la erección y en la mujer la menarca y menstruación. *Pubes* refiere al “joven con vello púbico”, una palabra que proviene desde la lejanía del latín antiguo y se trasladó al latín medieval, siendo documentada por primera vez en el año 1437. Desde el universo médico se conjugan con el nombre de pubertad aquellos procesos de modificaciones somáticas y endocrinas que advienen generalmente en el inicio de la segunda década de vida. El conjunto de cambios que acontecen con la escenificación de la pubertad se hacen visibles a través de la altura, el peso, la función reproductora y la aparición de caracteres sexuales secundarios, inaugurando la posibilidad reproductiva.

Entendemos a la pubertad como aquella etapa que desmantela la tranquilidad de la latencia, con acontecimientos contemporáneos pero también disímiles a lo que definimos por operación adolescente. Los adolescentes se ven expuesto a realizar un conjunto de operaciones de reconfiguración psíquica (Rico, 2011), estando estas anudadas a las condiciones sociales, culturales e históricas, conformando una operación psicológicamente necesaria (Rassial, 1999), en donde se realiza un tránsito desde “la identificación restringida o familiar a la identificación general en lo social” y en donde se instaura “un hiato que exige del sujeto una operación de múltiples caras” (p.37). Esta operación, incluye en su pasaje, la posibilidad de apropiarse imaginariamente de la mirada y la voz, y la modificación de ciertos lugares en la escena familiar, abandonando por parte del adolescente a aquel niño que era en el deseo de sus padres, pasando a convertirse el mismo en propietario de cierto presente y un futuro posible, metabolizando una nueva corporalidad, y encontrándose con nuevos escenarios vinculares, lo cual tiene efectos a nivel intersubjetivo.

Así, la pubertad con su nueva inscripción del cuerpo, forja la aparición de la adolescencia, y la posibilidad de generar una nueva escritura subjetiva e identificatoria, por lo cual es necesario, al momento de ahondar en la teoría de lo adolescente, generar con anterioridad una conceptualización de lo que Freud (1905) vino a designar como pubertad y a posteriori Gutton (1993) amplificó con el nombre de *lo puberal*, porque hay algo de la operación adolescente que encuentra sus bases, justamente, en la instauración y la aparición estos dos trabajos. Resulta importante gestar un encuentro entre lo desarrollado por Freud a principios de siglo XX en relación a la pubertad, entendiendo que el bifasismo de la sexualidad humana que propone genera las condiciones de posibilidad para pensar la pubertad como un *segundo*

*nacimiento*, y por su parte, hacer una lectura de las posteriores incorporaciones de Gutton, un autor contemporáneo, y su concepto de *lo puberal*, que viene a potenciar aquellos primeros planteamientos de Freud, deslindando a la pubertad de lo cronológico, e instaurando la posibilidad de pensar un trabajo que es sincrónico al pasaje adolescente, contemporáneo a este y que se va concatenando, no siendo la pubertad meramente una escena de ruptura que va a retirarse para darle lugar a la adolescencia, sino parte de la estructura topológica de la operación de pasaje que el adolescente va a realizar, siendo la adolescencia en parte, un trabajo continuo y obstinado sobre lo puberal.

Podríamos ubicar el nacimiento del estudio de la pubertad en contextos psicoanalíticos en los primeros planteamientos de Freud en 1905, con “La metamorfosis de la pubertad” en “Tres ensayos de una teoría sexual”, así como en “Introducción al narcisismo” en 1914, y “Pulsiones y destinos de pulsión” en 1915, que paralelamente, conviven a principios del siglo XX, con la aparición del libro “Adolescencia” de Stanley Hall, donde se sientan bases teóricas generales de lo adolescente. La teorización de la pubertad fue parte del constructo teórico del psicoanálisis en relación a lo adolescente, y a lo largo del Siglo XX se fue enriqueciendo mediante aportes noveles. Cuando Freud teorizó no existía en el alemán de la época la palabra adolescencia, hecho no menor para la reconstrucción de la teoría. Siguiendo a Peter Blos (1979) entendemos que el concepto “*adoleszenz*” apareció posteriormente, por lo que Freud, en sus escritos, utilizaba la palabra “*pubertät*”, un término que tenía a la mano, y estaba al alcance de su alemán. Este apartado que parece semántico tiene particular importancia en el edificio teórico de la adolescencia, dado que lo que Freud designa como pubertad describe tanto a la pubertad desde su raíz etimológica, como también algo de lo que las teorías posteriores entendieron como adolescencia. Damasia Amadeo (2015) entiende que “Freud descubre y teoriza las consecuencias psíquicas que la biología introduce en la pubertad e indica que los seres humanos tienen que empezar dos veces la vida sexual, la primera vez en la niñez y la segunda en la pubertad”.

En “Tres ensayos de una teoría sexual” Freud desliza una teoría fundante con relación a la sexualidad humana, trabajando la cercanía y el borde entre lo psíquico y el cuerpo, entre el sujeto, el soma y la pulsión, dando cuenta de un anudamiento inaugural en las teorías de lo humano, y así le asigna a la sexualidad humana tres tiempos fundamentales, con un principio en la época infantil, una hiancia intermedia que llamó latencia, y una pubertad que hace las veces de corolario de un trayecto extenso hasta entonces enigmático. Él decía que la opinión popular de la época entendía que la pulsión sexual:

Faltaría en la infancia, advendría [surgiría] en la época de la pubertad y se constituiría en conexión con el proceso de maduración [genital-somática] que sobreviene en ella y que le está asociado, se exteriorizaría en las manifestaciones de atracción más o menos irresistible que un sexo ejerce sobre el otro, y su meta sería la unión sexual [el coito] o, al menos, las acciones que apuntan en esa dirección. Pero tenemos pleno fundamento para discernir en esas indicaciones un reflejo o copia [reproducción] muy infiel de la realidad; y si las miramos más de cerca [analizamos detenidamente], las vemos plagadas de errores, imprecisiones y conclusiones apresuradas. (Freud, 1905, p.9)

Freud deslizaba una visión acerca de la pubertad, pero también, acerca de la sexualidad infantil, que contradecía los andamios teóricos que le eran contemporáneos, otorgándole a la adolescencia un lugar de segundo tiempo, que viene a reorganizar, en medio del empuje puberal, algo ya acontecido en el proceso infantil. Así, Freud (1905) manifestaba que:

podemos considerar como un fenómeno típico el que la elección de objeto se realice en dos tiempos, en dos oleadas. La primera se inicia entre los dos y los cinco años, y el período de latencia la detiene o la hace retroceder; se caracteriza por la naturaleza infantil de sus metas sexuales. La segunda sobreviene con la pubertad y determina la conformación definitiva de la vida sexual (p.56)

Por consiguiente, al entender de Frank Rico (2006):

el aporte freudiano, consiste en entender a la pubertad como un momento de retorno de lo reprimido, es decir, como una re-actualización de los contenidos psíquicos propios del complejo de Edipo, a saber, las fantasías incestuosas disociadas de la conciencia debido a su represión. Contenidos que de alguna manera vencen las fuerzas de la represión, gracias a la intensificación de la “fuente” pulsional, volviendo a actuar bajo la forma de efecto retroactivo (p.1).

Entre los autores contemporáneos, Philippe Gutton es central en la conceptualización de este accidente vital y a partir del concepto de pubertad en Freud construye la

conceptualización de “*lo puberal*”. Gutton toma como un hito de inicio el texto de Freud “*La metamorfosis de la pubertad*”, y desde allí hilvana nuevas teorizaciones acerca de esta. Le reconoce a Freud el bifasismo de la sexualidad humana, entendiendo que esta se gesta en dos grandes jalones, uno al principio de la vida, y otro bajo el influjo pulsional de la pubertad. De esta manera, Gutton (2007) entiende que:

el sobrecogimiento que se experimenta en la adolescencia se realiza a través del cuerpo, más precisamente a través de la irrupción de la genitalidad, y por lo tanto de la sexualidad. Es ahí donde se produce un nuevo origen, es un proceso originario, un proceso arcaico. El sobrecogimiento de la creación implica, al mismo tiempo, el efecto contrario, un hacia afuera, en relación a lo que se ha podido constatar en la infancia y lo que se conoce hasta la actualidad. Este sobrecogimiento es descrito como el origen o la fuente de la creación, la palabra inspiración pareciera no ser lo suficientemente fuerte para reflejar el cambio brusco que se origina. Este sobrecogimiento comienza con la llegada de la genitalidad y se produce en el cuerpo, el cambio corporal está obligado, y según expresiones de Freud, pareciera provenir desde el exterior, es la fuente de lo que va a imponer la metamorfosis operada en el sujeto durante la pubertad (p.58)

Entendemos entonces que mediante el advenimiento de la pubertad el sujeto humano se ve expuesto al trabajo de *lo puberal* (Gutton, 1993), en este el púber realiza un encuentro, metabolización y reapropiación de una corporalidad, ante la pérdida de aquellos anclajes del cuerpo infantil y la urgencia que trae consigo la novel genitalidad. Esta libidinización de un nuevo cuerpo, es una de las tareas centrales del trabajo de lo puberal, que será acompañado, al entender de Gutton (1993), por un proceso psíquico que genera un trauma que incluye la reanudación de los anteriores. Este traumatismo que adviene desde lo puberal, toma su contenido del exilio que el adolescente debe hacer del cuerpo del niño, y está enlazado, en una estructura de apres-coup, con los hechos sucedidos en la infancia. Desde las conceptualizaciones de Gutton entendemos que lo puberal no se corresponde con la pubertad, como un jalón evolutivo o un tiempo cronológico, sino que adviene y se sostiene en paralelo al trabajo adolescente, siendo la adolescencia, más que una superación de lo puberal, un *saber-hacer* continuo sobre esta.

En lo puberal existe una cualidad central de lo sexual, que da lugar al entender de Gutton (1993) y Fernandez (2015), a tres cambios:

una transformación corporal perceptible por el niño: fenómenos endocrinos primarios y secundarios (...) el niño se percibe no solo como más o menos púber, más o menos masculino o femenino, sino como diferente: en relación con el par, en relación con el mismo en su evolución y su proyecto, en su ideal sexual”, además, aparece “el orgasmo como categoría de placer”, y por último se instala “una potencialidad de fecundación que no trae aparejada por ello la representación de la llegada de un niño; contribuye a inscribir la creencia identitaria en un nuevo sistema generacional (p.79)

Este movimiento sería entonces el encuentro de aquellas pulsiones de la infancia con lo sexual en el adolescente, parte emergente de las transformaciones biológicas, anatómicas y corporales. En este camino el adolescente requerirá atravesar una reinscripción, ligazón y metabolización de su cuerpo, esta vez genitalizado, y dejar atrás un cuerpo infantil que fue perdido y visualizar que padres ya no se erigen como estructurantes primarios de su apuntalamiento narcisista, debiendo encontrar nuevos garantes de la continuidad de su existencia, que lo dirigirán al círculo de pares y al vínculo social, a modo de apertura, y por qué no tal vez, de segunda oportunidad. Esa nueva instancia permitirá “*corregir o reparar lo arcaico inicial*” (Gutton, 2007), facilitando una nueva ligazón con lo acontecido y una reescritura de las marcas historizantes, pero también, el advenimiento de nuevas deprivaciones que pueden traducirse en un devenir patológico, en lo que él mismo designó, recurriendo a Laufer (1983) como *breakdown*, que podemos traducir como fractura. El adolescente en este sentido se ve expuesto:

sino a una avería, al menos a un riesgo de avería, puesto que de nuevo debe – y precisamente a posteriori – cumplir una serie de operaciones fundadoras cuya efectivización infantil pone otra vez a la orden del día. De la identificación restringida de lo familiar a la identificación general en lo social hay un hiato que exige del sujeto una operación de múltiples caras (Rassial, 1999, p37).

La pubertad, lo puberal y la propia operación adolescente, exigen entonces un trabajo de reinención, unido a una nueva corporalidad, con una emergencia que se traduce a nivel identitario, subjetivo, familiar, y social, donde se reestructura el vínculo identitario del niño que deviene adolescente pero también su lazo con la cultura, y para ello requiere de anclajes que

garanticen una transicionalidad y un pasaje que sepa crear a partir del *breakdown* (Laufer, 1983) que implica lo puberal, ubicándose la operación adolescente, a posteriori de los movimientos de la infancia, como un nuevo movimiento sucesivo de separación y anudamiento con la cultura.

### c. Adolescencia: operación, pasaje y creatividad

La adolescencia como *pasaje* (Rassial, 1999) y *creación* (Gutton, 2007) es una operación de diferenciación múltiple que ocurre entre la pubertad y la juventud, en donde se generan movimientos de recapitulación, duelo y reinscripción, acompañadas de instancias de inauguración, como el encuentro con una nueva corporalidad y la posibilidad de inscripción generacional, en donde el adolescente se antepone, desde una novel autonomía, a formas de transitar el mundo, inéditas hasta entonces, encontrándose directamente con los acontecimientos del vínculo social, su legado y su Historia. En este capítulo se recorrerá el trabajo de diversos autores que han profundizado en la elaboración de determinadas conceptualizaciones que enriquecieron el campo psicoanalítico de la adolescencia y produjeron teorías que problematizaron y catalizaron conceptos anteriores, a la vista de generar un nuevo corpus psicoanalítico sobre lo adolescente.

Como se destacó en el capítulo dedicado a los momentos lógicos de la infancia, es en los primeros tiempos del desarrollo en donde se da el pasaje del narcisismo primario, y ensimismamiento del primer tramo vital, hacia una sexualización y semiotización (Aulagnier, 2014) del bebé en crecimiento, donde se instaura la caída en lo simbólico a través de la presencia-ausencia de la madre y se teje allí uno de los primeros lazos trascendentes en la vida del sujeto. Seguimos a Aulagnier (2014) al entender que el adolescente reactualiza aquello acontecido en tiempos del infans, en donde para la construcción de sí mismo precisó de la alimentación y la presencia de un otro, y se reencuentra otra vez, con la urgencia de un nuevo gesto transicional. Para ser uno mismo necesitamos de otro, y paradójicamente, para continuar siendo, precisamos diferenciarnos de este otro, y esta contradicción de lo humano, entre mecanismos de anudamiento y separación, vuelve a aparecer con fuerza ante el influjo de lo puberal.

Se entiende entonces desde el psicoanálisis que es en el advenimiento de la pubertad y la escenificación de la operación adolescente, en donde se comienzan a hacer presentes movimientos noveles hasta el momento, en donde el vínculo con lo paterno y lo materno comienza a plagarse de contradicciones y la fricción se hace lugar. La posibilidad de generar un por fuera de lo familiar dirigiéndose a lo exogámico, hacen del adolescente un sujeto en plena resignificación identitaria, expuesto a una posible reescritura de su biografía y nuevas amarras al lazo social, sustentado esto además, en la posibilidad del orgasmo y la *inscripción generacional* (Rassial, 1999), las cuales se encuentran anudadas a la aparición de la pubertad y el trabajo de lo puberal.

El adolescente se ve embarcado en la tarea de asesinar, simbólicamente, a sus padres, sabiendo que *“si se quiere que el niño llegue a adulto, ese paso se logrará por sobre el cadáver de un adulto”* (Winnicott, 1993, p.186).

Winnicott bien aclara (1993) que:

si en la fantasía del primer crecimiento hay un contenido de muerte, en la adolescencia el contenido será de asesinato. Aunque el crecimiento en el período de la pubertad progrese sin grandes crisis, puede que resulte necesario hacer frente a algunos problemas de manejo, dado que crecer significa ocupar el lugar del padre. Y lo significa de veras. En la fantasía inconsciente, el crecimiento es intrínsecamente un acto agresivo. Y el niño ya no tiene estatura de tal. (p.186)

Así, Philippe Gutton (2007) siguiendo a Winnicott, entiende a la adolescencia como un espacio de creación basado en *“una originalidad que se comparte”*, ya que *“toda creación implica la participación con otro”*, pero en este caso *“el problema del adolescente está primeramente en el descubrimiento de una nueva alteridad, en la obligación de esa alteridad que no estaba presente en el niño”* (p.59) y esa diferenciación tiene que ver con la escena familiar y las parentalidades de la infancia que son puestas en cuestión y se encuentran en plena reconstrucción. El adolescente se ve expuesto a la reconstrucción de un tránsito que debe realizar *con-otros*, donde debiera alternar, paradójicamente, distancia y cercanía, siendo esta:

una etapa conflictiva, léase crítica, porque su objetivo implica comprometer dos figuras antagónicas: el “tener” (el poder o el empoderamiento) y el “ser con”; digamos, de manera más precisa, las exigencias del narcisismo con su investidura edípica fálica y la identitaria con su eje primario estructurado por el hilo rojo de la unidad fundamental originaria (madre-bebé). (Gutton, 2017, p.27).

En este tiempo se accede a una *vacilación de las referencias familiares* (Cahn, 2001) en donde queda sepultado el silencio de la latencia, y se producen cambios en *“lo vivenciado, lo percibido, lo pensado, acompañando las modificaciones del cuerpo, de la cual hay que rendir cuentas”* (p.373). Así, tras la pubertad, donde el adolescente accede a nuevas formas de vivenciar el contrato narcisista, se comienza a hacer necesaria una reinvención del contrato social, en donde se trata de pasar de forma progresiva de un vínculo organizado por la Ley a otro organizado por el *contrato* (Rassial, 1999).

La introducción de las *series complementarias* en la obra de Freud (1917) nos permite incluir la posibilidad de una *bidireccionalidad* en el binomio presente-pasado, dado que el acceso a las disposiciones heredadas se realiza a través de lo actual, complejizando las vías de la causalidad psíquica y la reconstrucción histórica del sujeto. Ese aspecto indisoluble y confuso entre la urgencia de lo actual, la resignificación del pasado, y la construcción de un posible futuro es un movimiento propio a la dimensión historizante e identitaria del pasaje adolescente, ya que este transita, al decir de Gutton:

por una moratoria intergeneracional entre las dos organizaciones (o dos instalaciones): la infancia y la adultez. La trayectoria recorrida es sin duda cercana de lo que hoy nombramos como compromiso adolescente: Salir del lugar de sumisión de la infancia y la familia. – Tratar de entrar en el mundo fragmentado y cerrado de la adultez. – Buscar refugio en el grupo de pares y pensar como grupo (Gutton, 2017, p.29).

Así, en esta verdadera tercera tópica (Gutton, P; 2017) que se lleva a cabo en la adolescencia se produce lo que Raymond Cahn (2001) entendió como *genitalización del Edipo*, en donde se vuelve “*a poner más o menos radicalmente en cuestión la representación de las relaciones consigo mismo y con el otro, con la realidad interna y con el mundo*” (p.373). En este sentido, siguiendo a Rassial (1999) entendemos que una de las operaciones centrales de la adolescencia será entonces la validación del *nombre-del-padre*, que reactualiza los acontecimientos edípicos, y es un movimiento que lo hace dialogar con la subjetividad, debe gestar una eficacia “*más allá de la metáfora paterna (...) allá donde valía el discurso del padre prevalecerá un discurso del amo que marcará ciertamente una socialización*” (p.197). En este camino se consumará un pasaje que lo retira del restringido vínculo familiar y lo hilvana a un novel lazo social donde es ahora actor primordial.

Se entiende entonces a la adolescencia como aquella operación de pasaje, resignificación, creación y apropiación, que es atravesada por un trabajo de “*historización en la que el sujeto ha de construir un mito personal que se sostenga en convenciones colectivas y que le permita mantener la continuidad entre: lo que lo antecede socialmente, lo que lo determina psíquicamente y aquello que su deseo le mueva a ser y hacer con su vida*” (Rico, 2011, p.17). Sería una operación que se instaura a partir del empuje de lo puberal que es heredera pero también creativa, de carácter transicional y de pasaje, y que debe realizar un trabajo de reinención de un pasado y la construcción posible de cierto futuro habitable en

donde es requisito la renegociación del vínculo familiar y cierta accesibilidad a nuevas texturas del vínculo social y la experiencia cultural (Winnicott, 1993).

Winnicott (1993) invita a trabajar la adolescencia reconociéndola como un acontecimiento usual, que contiene en si misma características disruptivas:

no hay más que una cura para ella, y es el paso del tiempo y la maduración que este puede traer. La inmadurez es una parte preciosa de la escena adolescente. Contiene los rasgos más estimulantes de pensamiento creador, sentimientos nuevos y frescos, ideas para una nueva vida. La sociedad necesita ser sacudida por las aspiraciones de quienes no son responsables. Si los adultos abdican, el adolescente se convierte en un adulto en forma prematura, y por un proceso falso. (Winnicott, 1993, p.189)

En este sentido, en su trabajo creativo, el adolescente buscará alternar *“una experiencia sensorial desprovista de sentido (e ir haciendo de esto una narrativa sensorial) y una narrativa a través de la palabra que lo haga sentirse autor del relato de su vida, autor en busca del relato aún por escribirse”* (Guerra, V; 2005, p.6), estando esto íntimamente relacionado con aquellas experiencias de pasaje que inauguraron el espacio transicional (Winnicott, 1993), y que dieron lugar a los primeros territorios de ilusión del infans, una ilusión que fue gestada a partir de la presencia de otro, a modo de maternaje, y que al ausentarse deja abierta la posibilidad de inscribir con el símbolo la marca de separación (Guerra, 2005). En este trabajo, el adolescente debe generar una nueva creación, una originalidad que garantice una continuidad subjetiva, que le permita duelar el cuerpo infantil, enlazarse a la posibilidad de un linaje generacional, y transitar hacia un por fuera de la parentalidad, en una triple dimensión, creativa, cognitiva y afectiva (Cahn, 2001). Así, tanto en lo adolescente como en lo artística:

encontramos tres momentos de creación que son precisos, primero la inspiración, la conmoción que es producto de la crisis de la adolescencia; luego hay un trabajo donde la conmoción es definida a través del término sublimación; y la exigencia de compartirla con otros. La adolescencia, entonces, se concibe como una creación original compartida, o al menos susceptible de ser compartida, no se trata sólo de un desarrollo del narcisismo, esta creatividad está abierta hacia el otro (Gutton, P; 2007, p.58).

La pubertad invita al adolescente a reinventarse, le da una nueva temporalidad subjetivante, y abre el camino a una *creación-con-otros*, con unos otros de los que debe

separarse, representantes de lo familiar, y con otros, pares, a los que comenzará a acercarse para incluirse en una nueva grupalidad externa al vínculo filiatorio primero, que lo llevan al reencuentro con el lazo social y nuevas posiciones de su proyecto identificatorio.

Esta aventura adolescente que surge durante la pubertad, prosigue durante toda la vida como un trabajo de creación que siempre permanece sin terminar, inconcluso, este trabajo de creación nunca se hace en solitario, hay que pensar en la historia de cada adolescente y al mismo tiempo en los grupos que lo están rodeando, que lo acompañan, donde se crean redes, tejidos de relaciones intersubjetivas. (Gutton, P; 2007, p.59)

La identidad es un fotograma, la imagen de una pausa, una actualidad que explica los anudamientos que sostienen a determinado sujeto y las formas en que este genera amarras con el ambiente, sin embargo el proyecto identificatorio, como la creación en Gutton (2007), implica un hacer que no se detiene, sino que se encuentra en continua transformación, se basa en una inscripción subjetiva, que le va otorgando al sujeto amarras que le otorgan continuidad, en donde aparecen lazos sociales, así como gestos de unicidad y de singularidad, que se van encontrando con periodos traumatizantes, disruptivos e inaugurales, que tendrán que ver con marcas que se desprendan del tránsito subjetivo y del encuentro con el entorno.

La propia fricción con quienes otrora fueron figuras de autoridad es parte de la invención inaugural necesaria de lo adolescente, y “la rebelión corresponde a la libertad que se ha otorgado al hijo, al educarlo de tal modo que exista por derecho propio. En algunos casos se podría decir: *“Sembraste un bebé y recogiste una bomba.”* En rigor esto siempre es así, pero no siempre lo parece” (Winnicott, 1993, p.187). El adolescente se instala como una figura paradójica, entre diagnósticos que aún no pueden ser confirmados, la reconstrucción histórica, y la posibilidad de la invención. Darle lugar a la paradoja winnicottiana, a aquella que hace estallar la linealidad en medio de la teoría es entonces un camino posible y necesario:

mi contribución consiste en pedir que la paradoja sea aceptada, tolerada y respetada, y que no se la resuelva. Es posible resolverla mediante la fuga hacia el funcionamiento intelectual dividido, pero el precio será la pérdida del valor de la paradoja misma. Una vez que se la acepta y tolera, tiene valor para todos los individuos humanos que no solo viven y habitan en este mundo, sino que además son capaces de ser enriquecidos

infinitamente por la explotación del vínculo cultural con el pasado y el futuro (Winnicott, 1971, p.24).

Y este fértil sendero paradójico fue continuado por Françoise Dolto y Octave Mannoni, al señalar que *“la adolescencia es un movimiento pleno de fuerza, de promesas de vida, de expansión, y que no hay adolescentes sin problemas, sin sufrimientos; este es quizás el periodo más doloroso de la vida, y simultáneamente el periodo de las alegrías más intensas”* (Dolto, 1989, p.19), entendiendo que:

sabidamente Winnicott piensa que la sociedad debe aceptar la crisis de la adolescencia como un hecho normal, pero va aún más allá, y dice que la sociedad debería guardarse de tratar de remediarla. Semejante advertencia descarta todas las soluciones administrativas o institucionales. La razón de esa advertencia es, según Winnicott, la de que *“la sociedad no es lo bastante sana, es decir, sensata”* para que se le pueda tener confianza en este dominio (Mannoni, 2001, p.22).

El adolescente transita entonces entre una Historia que recibe y aprehende como un legado, pero que se inscribe y actualiza en su trama subjetiva, en lo más íntimo de su biografía, y algo de ese transitar, se encuentra siempre sujeto a la posibilidad de una invención, de un trabajo plástico con los acontecimientos y de una reconstrucción histórica, singular e inaugural.

#### d. Pasado, construcción e historia

El sujeto psíquico transita por diferentes movimientos sucesivos de separación y enlace con la cultura en donde los acontecimientos del hecho social y su Historia se jalonan entre la novela singular. Por ello, en este trabajo se busca generar diálogos entre el concepto de adolescencia en psicoanálisis, la Historia colectiva, y el lazo social, para develar los modos en que los tránsitos particulares se encuentran *siempre-ya* amarrados a la ligazón y desligazón del andamiaje cultural. La adolescencia no será la misma transitada en tiempos de la posguerra americana de bailes de jazz, en el mayo del 68, en los tiempos de guerra en Vietnam, entre las marcas de las dictaduras, o en las favelas de Río, y tampoco lo será de manera uniforme en cada rincón de esos contextos, cobrando esta una pluralidad que está anudada a las formas en que lo colectivo se entrelaza a lo particular.

Así, cuando hablamos de historia, nos referimos a los modos en que el psicoanálisis, desde su metapsicología, mira lo historizante, como relato ficcional, singular y *siempre-ya* en reconstrucción. Al hablar de historia se hace referencia a la historia del sujeto, y la construcción de su biografía, pero también a los modos en que esta se pone en diálogo con el discurso social y una Historia con mayúsculas que proviene de la cultura. Específicamente en el caso del adolescente, ese debe embarcarse en una tarea historizante, de reescritura, que nunca será una historia *“total”*, sino una reinención del pasado a partir de los acontecimientos del presente. La historia que proponemos pensar en esta investigación es polisémica, como la adolescencia, y puede ser visibilizada desde diferentes aristas. Así, se buscará indagar en las formas en que el anudamiento del sujeto adolescente al lazo social se hace en medio de una biografía en plena reconstrucción y una Historia que se reescribe en el inédito encuentro con el sujeto, entendiendo que si bien existen aquellos que conciben a la época y sus relatos como algo uniforme, las formas en que esta se hilvana a los tránsitos particulares son siempre poliformes.

Entendemos entonces a través de Lacan (1995) que *“la historia no es el pasado. La historia es el pasado historizado en el presente, historizado en el presente porque ha sido vivido en el pasado”*, y el vínculo del sujeto con la historia no debería ser unidireccional y unívoco, dado que esta historia es siempre sincrónica, única y ficcionada, y *“el pasado es una pura dimensión temporal, un aspecto de lo real, como tal infinito, incuantificable, perdido, aunque eficaz; la historia es una construcción simbólica, un saber acerca del pasado, un relato presente acerca de qué es lo que pasó en el pasado”* (Levi, 1995, p.590).

En su texto *“Psicoanálisis e Historia”*, Ángel Rodríguez Kauth (2003), hace un análisis exhaustivo del diálogo entre las dos disciplinas, y aclara una diferencia fundante entre la

construcción histórica y la historización en el ámbito psicoanalítico. Estos dos modos de saber, tienen su exploración puesta en las huellas del pasado pero:

las diferencias entre ambas disciplinas son mucho más amplias que lo que superficialmente parecen ser. Mientras que a la historia le interesa conocer el pasado por la verdad objetiva del conocimiento en sí misma (...) al psicoanálisis le interesa el pasado no como verdad objetiva, sino - fundamental y de manera excluyente- como verdad subjetiva para quien lleva sus dolores y pesares al diván del analista. (Rodríguez, 2003, p.4)

Esta primera exploración marca una diferencia estructural. Igualmente es importante aclarar que no necesariamente la historia contemporánea se construye en base a la búsqueda de la objetividad, pero sí, su relato en lo posible tendría que ser consistente, y no necesariamente esto lo podemos traducir al relato analítico y al devenir historizante que ocurre en la biografía subjetiva. Así, siguiendo a otro analista que supo ocuparse de la historia como Mario Pujó (2006), entendemos que la historización en el contexto de un análisis, está basada en el “proceso de apropiación de las marcas contingentes que, ajenas a toda elección, jalonan la existencia del sujeto, pautan el ritmo de la cura y escanden sus momentos, allí donde la repetición, más acá del sentido, deja entrever la irrupción traumática de lo que, en tanto letra, el sujeto aprenderá, sino a leer, al menos a contar” (p.32). Este *saber-hacer* con lo historizante en el medio del recorrido biográfico del sujeto, jalonado entre recuerdos y olvidos, da cuenta de la forma en que el psicoanálisis entiende la historia. La dimensión subjetiva de la historia conlleva la posibilidad de la omisión, el extravío, el lapsus y el apres-coup, por lo cual no podemos referirnos a una historia lineal, sino a una que se erige a través de un ritmo sincrónico, y donde el trabajo con el pasado se realiza desde un presente que lo transforma al conocerlo. Silvia Bleichmar (2020) lo dice con suma claridad; “*en el análisis trabajamos con la historia de la discontinuidad*” (p.156). Así, el sujeto no se encuentra, en el hoy, con un *hecho-en-sí* anterior, sino con las condiciones de posibilidad que a la actualidad tiene para leer aquello acontecido en un tiempo pasado, y esta construcción es continua:

En efecto, la historia se cuenta sin cesar, de la mañana a la noche. Privilegia lo que anda mal (el acontecimiento es primero un accidente, una desgracia, una crisis) porque es urgente recoser esos rasgones con un lenguaje que los dote de sentido. Pero recíprocamente las desgracias son inductoras de relatos, autorizan su infatigable producción (de Certeau, 2000, p199).

En ese sentido, el concepto de Aulagnier (1991) de *Construir(se) un pasado* dotó a la teoría de una nueva forma de entender lo historizante, siendo la *construcción* un advenimiento

que hace posible, a partir del presente, la metabolización de lo transitado y el generar ciertos trazos con lo que podrá ser el futuro. Esta construcción de un pasado garantiza ante todo una continuidad subjetiva en donde *“el yo se abre a un primer acceso al futuro debido a que puede proyectar en él el encuentro con un estado y un ser pasado”* (Aulagnier, 1977, p.169). El yo se encuentra, como ya se dijo en capítulos anteriores, enlazado al otro, nace a través de este y sus marcas históricas tendrán que ver con la manera que este pudo vincularse y distanciarse del otro-objeto. Para la construcción de un trabajo historizante es necesario haber gestado anclajes en la primera infancia, que sean condiciones de posibilidad para las invenciones plásticas de lo que adviene posteriormente. Al decir de Beller Delly (2006): *“recibir una herencia no es nunca un punto de llegada es más bien un punto de partida de un trabajo psíquico que el sujeto debe realizar conjuntamente con la recepción. Trabajamos con lo recibido al mismo tiempo que lo recibido trabaja en nosotros”* (p.11).

El idioma inglés cuenta con dos palabras casi homófonas; *“story”* y *“history”* para conceptualizar, con cierta diferencia, los significados de la *“story”* como relato o cuento, y la *“history”* como un gran relato proveniente del hecho social. Francois Ladame y Maja Perret Catipovic exponen y hacen uso, en su libro *“Adolescens and Psychoanalysis”* (1998), de esta diferencia poética que otorga el inglés, y que permite diferenciar ambas historias sin recurrir a mayúsculas y minúsculas. En nuestro caso deberíamos decir que la Historia (history) del hecho cultural difiere de la historia (story) del relato biográfico, pero en el sujeto se encuentran, dialogan, y construyen *siempre-ya* enlazadas. En este sentido:

podemos precisar la noción de historización en tanto construcción narrativa singular de un relato que articula en forma dinámica los ejes temporales. Conjuguar un proyecto identificador supone la construcción de un proyecto de autonomía que promueve la actividad reflexiva respecto de los enunciados establecidos y/o naturalizados (Grunin, 2008, p5).

Estas apreciaciones, que con más sencillez son conceptualizables en inglés, como story e history, pueden verse enriquecidas con lo que Silvia Bleichmar (2020) vino a designar como la historia-relato, lo histórico-vivencial y la historia conjetural, entendiendo a la primera como *“lo que el sujeto considera su historia real objetiva”*, y la segunda como *“aquello que irrumpe produciendo síntomas y compulsiones”*, anudadas a su vez por lo que entendió como *“historia conjetural”*, que sería aquel trabajo narrativo que articula lo histórico-vivencial con la historia-relato. En esta conceptualización de lo histórico Bleichmar (2020) da un lugar de centralidad a lo traumático, como aquellos acontecimientos que vienen a producir fracturas en el tránsito lineal, a modo de *“ciertos cataclismos”* en donde *“el traumatismo puede ser la irrupción o*

*disrupción de la historia-relato*” (Bleichmar, 2020, p147). Cuando nos referimos a que esta nueva categorización permite enriquecer lo designado con anterioridad, es en el sentido de que cuando Bleichmar conceptualiza la historia-relato aclara que no es en referencia a la historia que proviene de la historiografía, sino a los modos de verdad objetiva que el sujeto anuda a su narrativa, una especie de *“historia del yo”* escrita *“por los vencedores”* (Bleichmar, 2020, p138), por ello, la historia conjetural es una tensión entre lo vivencial y el relato, que a su vez entendemos que se ponen en diálogo con la Historia del telón social, con los relatos colectivos del contexto, pero entendiendo a lo histórico no solamente como:

una historia pasada inscrita en el aparato, sino como realidad, como tiempo abierto operando aún en el presente del ser humano, abierto siempre al apres-coup, descapturada de un determinismo lineal que solo tendría en cuenta la acción del pasado sobre un presente y no las recomposiciones que el presente inaugura sobre el pasado (Bleichmar, 2020, p74).

Así, en el buscar generar un entrecruzamiento entre adolescencia, historia y lazo social, se hace en este caso entendiendo que lo traumático y lo no significativo son parte de la construcción del relato, y se intenta conceptualizar al adolescente, justamente, como un *sujeto a la historia* (Rassial, 2001) en un sentido psicoanalítico de lo histórico, como parte de un relato que este recibe y reinscribe, que se encuentran atravesados por variadas *“capas geológicas”* (Bleichmar, 2020, p148) con sus cataclismos y fracturas. El concepto de *sujeto a la historia* lo utiliza Jean Jacques Rassial en su libro *“El sujeto en estado límite”*, para referirse a una característica de los estados límites, que se encuentran en el trabajo de intentar *poner el pasado en el presente*, y habitan la oferta y la condena de ser *sujetos a la historia*, sujetos a un pasado insistente que debe ser maleado y se rehúsa a ser dejado atrás. Esta categoría es un importante punto de partida para pensar y repensar las formas en que el adolescente puede ser también un sujeto a la historia, llevando a cuevas las marcas contingentes de un pasado vivo del que es resultante, pero también, dar lugar a un movimiento, que permita inteligir al adolescente como un sujeto habilitado por las posibilidades de reinscripción y reapropiación de su pasado, inaugurada por lo inédito su pasaje. El adolescente se ve expuesto a la posibilidad de generar una continuidad entre el mito recibido y los aspectos a construir, siendo este proyecto una:

construcción representacional (desde el presente) de un saber propio que, no sólo elabora los enunciados que constituyeron las piezas inaugurales del tejido identificatorio, sino que también incluye posibilidades inéditas de

resignificación de lo vivido (y fantaseado), habilitando la proyección de futuro como búsqueda autónoma de nuevas significaciones (Grunin, 2008, p35).

El sujeto para su construcción necesita de anclajes básicos dotados por la memoria que aporten permanencia y coherencia, y garanticen cierta estabilidad en el acontecer biográfico, para eso este debe hacerse, al entender de Piera Aulagnier (1991), de dos certezas básicas; el ser autor de su propia historia y entender que los cambios a los que esta está sujeta, no ponen en peligro la continuidad y singularidad de la propia biografía. Así, el adolescente debe gestar, una *“autoconstrucción continua del Yo por el Yo”* (Aulagnier, 2014, p.167), siendo *“biógrafo y enunciante”* pero entendiendo que esa autobiografía jamás será terminada, se sedimenta entre el olvido e *“incluso los capítulos que se creía definitivamente acabados, pueden prestarse a modificaciones, ya sea añadiendo nuevos párrafos o haciendo desaparecer otros”* (Aulagnier, 1991, p442). Esta no es ni podrá ser una historia completa, dado que se asume desde la existencia de un campo que es imposible de absorber, que anida en el olvido, siendo siempre no-toda, y *“para cada construcción histórica algo va a quedar siempre necesariamente fuera, excluido, no historizado, perdido”* (Aulagnier, 1991, p.446).

En *“Construir(se) un pasado”* (1991) Aulagnier deja en claro que en tiempos de infancia, el niño deberá escoger y apropiarse de elementos fundantes que formarán el *fondo de memoria*, que será la estructura fundamental y la condición de posibilidad para la construcción biográfica. Este fondo de memoria debe asegurarle al sujeto su autoría pero también la continuidad de cierta narrativa en constante construcción:

si ese trabajo de construcción-reconstrucción permanente de un pasado vivido no es necesario para orientarnos e invertir ese momento temporal inasible que definimos como presente, es necesario aún que podamos hacer pie sobre un número mínimo de anclajes estables de los cuales nuestra memoria nos garantice la permanencia y fiabilidad (Aulagnier, P; 1991, p442).

El aporte de Aulagnier se para sobre la herencia de otros autores y le otorga a la conceptualización de la historia una dimensión psicoanalítica, corriéndose del relato historizante como hecho único y acabado, entendiendo que en el trayecto biográfico el yo se posiciona, con ciertas limitantes, como agente enunciante de su propio recorrido. El adolescente, si seguimos a Aulagnier, debe realizar una reformulación y reapropiación de ciertos contenidos identificatorios centrales que provienen de los representantes del lazo social y del vínculo familiar, pero a su vez, gestar una autonomía, una temporalidad futura, y un espacio novel, a través de *“la potencial inclusión (identificante) de nuevas formas de*

*investimiento y enunciación del proyecto identificador como proceso de transformación de lo heredado e instituido*” (Grunin, 2009, p.34). El adolescente debe atravesar entonces *dos etapas* (Aulagnier, 1991) historizantes, en el primer movimiento debe garantizar cierta organización del espacio identificador y generar anclajes estables, en donde poder *“moverse sin riesgo de perderse”*, y en la segunda debe llevar la puesta en historia a la dimensión relacional, al encuentro con otros, y a la elección de objetos que *“puedan ser soporte del deseo”*, estando profundamente anudado el trabajo de ambas, al cual Aulagnier definió como *la constitución de lo reprimido*, mediante lo cual *“lo recordado y lo recordable de la infancia”* serán función del éxito o el fracaso de la función represora, y tanto su exceso o su falta generarán virajes en la potencialidad del trabajo historizante.

Si la historia es una construcción, que hilvana la biografía singular al relato familiar y al telón social, entendemos que el adolescente deberá gestar la construcción de un proyecto identificador en donde deberá realizar, al entender de Grunin (2008), un doble trabajo que pone en diálogo la *“síntesis entre la apropiación de las referencias identificadoras primarias, parentales y sociales, y la posibilidad de poner en suspenso dichos modelos propiciando la duda y la búsqueda de nuevos objetos”* (p.5) , y en esta línea decidimos seguir a Rassial (2001) cuando al acercarse a Dolto nos dice que:

La adolescencia comprende una apuesta yoica –*“¿Cómo cambiar y seguir siendo el mismo?”*- que puede suscitar una nueva represión o escisión, pero también ocasiona una operación simbólica, o mejor dicho simbolígena, que ha de ser efectuada bajo el golpe de un real que sacude lo imaginario ya constituido (p.158)

Es justamente esta la dimensión de lo historizante que entendemos que se instala en el pasaje adolescente, la urgencia de un cambio y una continuidad, de anclajes básicos y navegaciones necesarias, siendo la adolescencia el diálogo constante entre la moratoria y el movimiento identificador, regido por la novela familiar, la escena social y la biografía íntima. Aulagnier (1991) dice que al adolescente se le demanda que construya su futuro, pero *“a este mandato que los padres y el campo social susurran en el oído del adolescente, el analista sustituye un anhelo: “Construye tu pasado”. Anhelo y no mandato, ya que está ubicado como para medir la dificultad de semejante tarea, jamás terminada, siempre a ser retomada para y por todos nosotros”* (1991, p467). El hecho se encuentra tal vez en que este recorrido, en donde el adolescente debe recontrarse y resituarse, en un sentido historizante, se encuentra hilvanado a la época, la cultura y el lazo social de una forma indivisible, y toda construcción biográfica va a estar sujeta al telón social, al ligar y desligar del socius.

## e. Una lectura posible de la cultura y el lazo social

Habiendo esclarecido anteriormente cuál será el concepto de adolescencia que se trabajará en estas líneas, además de dejar asentado desde donde se partirá cuando se hable de historia, ahora nos dirigiremos a pensar las formas en que el psicoanálisis puede pensar el vínculo social, para darle fin a estos primeros recorridos teóricos que se decidió incluir a modo de basamentos fundamentales de esta investigación, e ir hacia el encuentro con el caso y sus dimensiones.

En la teoría psicoanalítica habita la posibilidad de anudar lo singular con el análisis de la época, pero no se trata de transparentar sus objetos, sino hacer posible que ese “*jano bifonte*” que es el psicoanálisis, se sostenga con «*uno de sus rostros que mira hacia la psique, su objeto de inteligibilidad rigurosa; el otro, hacia el objeto de las ciencias de la cultura*» (Assoun, 2001, p17), produciendo encuentros entre la especificidad del sujeto del inconsciente con aquello que lo bordea y lo constituye. Así, Assoun (2001) desliza que:

“el psicoanálisis cambió la imagen de la Cultura y la posición del sujeto en la Kultur (...) El psicoanálisis no se hace un hueco pacíficamente en los Tratados del hombre y de la sociedad. Sino que introduce en ellos el «caballo de Troya» inconsciente, de modo que el imperio de las ciencias sociales se despierta una buena mañana transformado... sin saberlo” (p.18).

El sujeto freudiano es portador de una ruptura que parte de un quiebre epistemológico que se produce al inaugurar un lugar a lo inconsciente en las teorías de lo humano. Es a través de esa ruptura que Freud introduce, al entender de Assoun (2001), “*el pensamiento del inconsciente, desde donde parte el psicoanálisis “para “abrir una brecha” en el mapamundi del saber del hombre” (p.19)*. En varios de sus escritos, y sobre todo en 1930 cuando escribía “El malestar en la cultura”, Freud gestaba un formato novedoso de interpretar las marcas de la época, en el entremedio de un padecimiento que excedía las fronteras de lo singular, entrelazando así, la esfera social al devenir particular de lo humano. Si “*toda psicología es social*” (Freud, 1979) sería imposible escapar de los bordes del *socius* cuando se hace hincapié en el análisis del sujeto freudiano. Este se encuentra inmerso en la cultura, y no hay borde externo que permita dividir lo biológico, lo individual y lo social cuando se lo teoriza, aunque esta sea cierta aspiración positivista. Ya en “*Psicología de las masas y análisis del yo*” Freud comentaba que:

La oposición entre psicología individual y psicología social o de las masas, que a primera vista quizá nos parezca muy sustancial, pierde

buena parte de su nitidez si se la considera más a fondo. Es verdad que la psicología individual se ciñe al ser humano singular y estudia los caminos por los cuales busca alcanzar la satisfacción de sus mociones pulsionales. Pero sólo rara vez, bajo determinadas condiciones de excepción, puede prescindir de los vínculos de este individuo con otros. En la vida anímica del individuo, el otro cuenta, con total regularidad, como modelo, como objeto, como auxiliar y como enemigo, y por eso desde el comienzo mismo la psicología individual es simultáneamente psicología social en este sentido más lato, pero enteramente legítimo (Freud, 1979, p. 67).

Desde la óptica de la teoría psicoanalítica la edificación de la cultura se levanta encima de una renuncia fundante, que nunca es una entrega total, y siempre hay un resto singular, parte central del sujeto freudiano. Desde su propia letra, podemos entender que *“la cultura reposa sobre la renuncia a las satisfacciones instintuales”*, pero no reside solo en una pérdida sino también en una *“protección contra el sufrimiento, debido a que la insatisfacción de los instintos domeñados procura menos dolor que la de los no inhibidos”* (Freud, 1979, p.87). Así Freud decía que cabía *“esperar que poco a poco lograremos imponer a nuestra cultura modificaciones que satisfagan mejor nuestras necesidades y que escapen a aquellas críticas. Pero quizá convenga que nos familiaricemos también con la idea de que existen dificultades inherentes a la esencia misma de la cultura e inaccesibles a cualquier intento de reforma”* (Freud, 1979, p.3048). La cultura instauro entonces un gesto, mediante lenguaje y sus prohibiciones que produce una limitación del placer y posiciona un acto subjetivo fundante, porque inhiben un acerbo pulsional que puede devenir mortífero. Este gesto de cultural no necesariamente conduce a la primacía de la felicidad sino al dominio de la pulsión, y le permite al humano acceder a un quantum de placer limitado, pero anudado al principio de realidad, y anclado en las posibilidades del vinculo social.

Refiere Freud (1913) que en un principio de la civilización asistíamos a una horda primitiva, en donde el jefe, ese varón que caracterizado por una fortaleza física y simbólica era el único que podía hacer usufructo de los bienes, objetos y mujeres del clan, este era reemplazado a través de un crimen en donde un macho menos longevo lo aniquilaba y venía a hacerse de su lugar, conservando el mismo quantum de poder. Esto es limitado una vez que llega el momento en donde los pares deciden generar un pacto común basado en un motín, un parricidio y una renuncia para derrocar al jefe. Cada uno de ellos debería negarse al placer ilimitado, a las mujeres del clan, y unirse a través de una ley, habilitando la posibilidad

de la exogamia, mediante un asesinato sacrificial. En el devorar del banquete totémico anida la identificación con el Tótem y la rememoración repetida de ese contrato primero instaurado.

El gesto que instauro el tótem es el límite sacrificial, el contrato básico y la posibilidad de escindir un resto, como el cachorro humanizable, a través del lenguaje logra construirse como hablante y limita la pulsión. Así como la horda se presentaba como un análisis cultural y singular, que remite a las formas en que el sujeto hablante debe despojarse de lo ilimitado para acceder al pacto social, más adelante Freud recurrió a Edipo como una metaforización de este movimiento, e *hizo-caso* del mito para elaborar teoría sobre lo humano, poniendo a la cultura, aquello que parecía externo, en el medio de la construcción del sujeto psíquico.

En una carta a Fliess en 1897 Freud le comentaba que *“la poderosa influencia de Edipo Rey se vuelve inteligible (...) el mito griego explota una compulsión de cuya existencia todo el mundo reconoce haber sentido en sí mismo los indicios”* (Freud, citado por Laplanche y Pontalis, 2004), dejando entrever que la mitología griega metaforiza un esquema aparentemente universal y filogenético que se reinventa en la trama histórica del sujeto, y se escenifica en la fase fálica, momento de la amenaza de la castración o la idea de haber sido castrado. Este diálogo realizado por Freud con las ciencias de la cultura (Assoun, 2001) permite no solo la lectura del acontecer del escenario social, sino también, la comprensión de las formas en que el sujeto psíquico, primero a modo de no hablante, después cooptado por la palabra, va haciendo algunos encuentros con representantes de la cultura que son estructurantes para su presente y para la construcción de cierto futuro. Freud instala entonces el malentendido en medio del vínculo social, posiciona la necesidad de la renuncia pulsional como fundante del vivir en sociedad y construye una forma novel de inteligir el universo social.

Desde esa conceptualización entendemos que el acceso a la lengua de la cultura dota al sujeto humano de legalidades básicas y da la posibilidad de habitar el mundo, pero también hace al universo circundante un área inteligible. Siguiendo a Raymond Cahn (2002) entendemos que:

El universo de las cosas, en efecto, no sería más que presencia muda, y la vida una abundancia prodigiosa pero desprovista de toda significación, si la psique individual y la comunidad no atribuyeran el encuentro de sus deseos y de sus fantasías con las cosas y los seres que los circundan, como una intencionalidad antropomórfica, creando un sistema susceptible de dar sentido y realidad viviente al conjunto hombre-mundo (p.387).

Por su parte, Jacques Lacan entendía que lo que establece la diferencia radical del sujeto humano con otras especies circundantes es justamente el lenguaje y *“lo que hace la condición social de los humanos a diferencia del gregarismo animal es el lenguaje, la inscripción de los sujetos en el Otro”* (Gutierrez, 2004, p.318), siendo este el que determina la posibilidad de la existencia del sujeto y su absoluta diferenciación del reino animal, e inaugura el universo de lo simbólico, quedando este por fuera de los ritmos del instinto, y regido y ubicado en el campo del Otro, el cual lo precede y amarra. En este sentido:

Para el psicoanálisis, el discurso refiere a los nexos asimétricos que el lenguaje establece entre sujetos. Desde su perspectiva, el discurso no es Semiología, pues no remite al encadenamiento formal de signos; ni siquiera es Lingüística, pues no trata de contenidos del habla, de frases dichas con sentido. No concierne a las representaciones que el discurso acarrea, sino a los significantes que determinan tales representaciones. En definitiva, el discurso atañe al lazo social que liga a los habl(e)ntes (parlêtres) entre sí por medio de significantes. (Gutierrez, 2004, p.316)

El concepto de lazo social, que se desprende de la teoría de discurso, permite un abordaje del vínculo entre el sujeto y la cultura, dado que cuando nos referimos al lazo, no podemos hablar solamente de una unidireccionalidad en donde el flujo de la cultura hace carne en el sujeto-del-inconsciente, sino también, de movimientos subjetivos que habilitan, en esa doble amarra, y ciertas invenciones singulares. Hasta ahora visualizamos al lazo como una estructura bidireccional, en donde el sujeto se constituye pero desde el cual realiza un aporte singular al social, encontrándose algo de lo que antecede a ese concepto, con otros nombres, ya en los escritos de Freud.

El discurso es entonces una estructura, una relación y un andamiaje, es la herramienta necesaria y simbólica, que excede a la palabra, hace posible el lazo y persiste en cada movimiento del sujeto. Al entender de Lacan es un aparato que:

no tiene nada de impuesto, como se diría desde cierta perspectiva, nada de abstracto respecto de ninguna realidad. Por el contrario, está ya inscrito en lo que funciona como esa realidad (...), la del discurso que está ya en el mundo y lo sostiene (...). No sólo está ya inscrito, sino que forma parte de sus pilares. (Lacan, 2009, p13).

En consonancia con los aportes de Freud, en Lacan se entiende que para que haya lazo, necesariamente, se precisa de una renuncia, *“la sociedad pertenecería a este registro de lo simbólico en la medida en que implica superar el estadio del espejo: hay lazo social a partir del momento en que se supera la relación dual”* (Miller, 2005). Así, trabajaremos aquí a partir de un psicoanálisis que entiende al malestar como parte sine qua non de la cultura, la huella positiva de un resto, y que entiende, siguiendo a Rastal (1999) que existe civilización por que hay asesinato del padre, por que hay un padre muerto, y en ese trabajo, junto con la prohibición del incesto, anida y se asienta el régimen social, sea cual fueran las formas que tome su Ley.

En su construcción, entendemos entonces que el sujeto recibe una herencia proveniente del contrato social, la cual hace propia, y a su vez cuenta con la posibilidad de transformarla. Así, como afirma Alejandro Klein (2019) :

la legitimidad del lazo social radica, desde entonces, en su capacidad de establecer una cadena histórico-generacional, a través de un proceso de transmisión, cadena de la que somos miembros y parte: recibimos y transmitimos una herencia (...) la cuestión del lazo social entra en lo que se podría denominar lo siempre renovable, ya que, como el pacto social, se actualiza permanentemente (p.212).

El concepto de lazo social instaura entonces una forma de concebir el pacto social desde la singularidad y la reinención, por que el lazo no es uniforme, sino que cuenta con texturas marcadas por lo ínfimo, dándole entonces a la concepción de lo social una trama aún más profunda. Esta conceptualización lacaniana del discurso y del lazo social, anudada a las conceptualizaciones previas que provienen de la metapsicología freudiana, habilitan formas de pensar el vínculo del sujeto con la cultura, que permiten repensar las amarras ya no desde un determinismo lineal y predictivo, sino dar lugar a un lazo que derriba en parte la idea de La Sociedad como Uno, pluralizando aquello que suele pensarse como homogéneo, siendo el lazo *siempre-ya* un encuentro singular.

El concepto lacaniano de discurso es disímil al elaborado por la lingüística, se diferencia de ella en que introduce el espesor del inconsciente, este inconsciente también impide que concibamos la relación entre sujeto y lazo social de manera exclusivamente límpida, de progreso y alimentación mutua, ya que incluye un pasaje y los obstáculos de ese pasaje. Así, abordar este concepto de cultura y lazo social, y conceptualizar el vínculo social a partir del psicoanálisis, lleva a la necesidad de dar un lugar al resto, a lo no-todo, y a

comprender que el saber del sujeto se confronta a un territorio que es incognoscible. Esta conceptualización de la ligazón del sujeto a la cultura daría lugar a *lo negativo*, y busca superar una amarra lineal y causal entre sujeto-sociedad, dado que accedemos a un resto que queda en tensión con el sentido, y es este tal vez uno de los aportes centrales de las ciencias del inconsciente al pensamiento del lazo social.

Guy Rosolato (1991) entiende que:

Ese polo de Lo Negativo en el orden de la toma de conciencia, de lo cognitivo, de la pesquisa epistemológica, es un motor fundamental para todo cuestionamiento y toda progresión. Está claro que se liga a lo inconsciente, pero también interesa al estado del saber, en la ciencia y sus investigaciones, y en la averiguación de los indicadores del ambiente sociocultural. Aquí lo cognoscible se centra en una zona balizada, un incógnito polar que se abre a las predicciones exploratorias con las mejores posibilidades calculadas de descubrimiento... Pero existe irreductiblemente algo incógnito incognoscible. No puede ser abolido y constituye la finitud como límite de todo saber.

El anudamiento sujeto-cultura está hecho del símbolo, pero también de un territorio desconocido e inabarcable. Una vez que se producen mecanismos fundantes de la organización psíquica como la represión primaria y la represión secundaria, se introduce un *por-fuera* del sentido, un Real en el sentido lacaniano que queda al exterior de la palabra, que *“marca el límite más allá del cual emerge el campo de lo negativo (...) y es el punto en el cual se detiene lo simbólico en tanto posibilidad de saber”* (Singer, 2014, p.13). Por ello, cuando nos referimos al concepto de lazo social, lo hacemos entendiendo que este concepto engloba a ese resto y no lo suprime. Anne Birraux (2005) entiende en la misma línea que *“el sujeto psíquico no produce la cultura ni es producto de ella (...) “Es la cultura”. No hay debate que se sostenga, para él, entre naturaleza y cultura. El sujeto, tanto como el objeto, son sexo-culturales. Lo cultural está entramado en lo sexual y lo sexual cubierto por lo cultural”* (p.54)

El lazo social entonces se teje desde la singularidad, la constante actualización de su anudamiento, y la posibilidad de un resto que nunca podrá ser absorbido completamente por lo simbólico. El anudamiento al vínculo social se realiza comprendiendo al síntoma, como testimonio histórico, particular y único del sujeto. Al respecto, Fernández Blanco (2018) aclara:

la sorpresa para el analista no es que haya desajustes, desarreglos, sino que sea posible el vínculo, porque no hay nada más irrenunciable para el sujeto que el goce que constituye su identidad. No es que esa irrenunciabilidad se traduzca en que el sujeto quede obligatoriamente fuera del vínculo, sino que lo que es obligado es que el sujeto lleve al vínculo su propio goce (p.3).

Esta concepción da lugar a aquello que se encuentra por fuera del alcance del símbolo pero igual se hace presente en el transitar cotidiano, siendo esa una de las categorías inaccesibles para las ciencias de la cultura que el psicoanálisis abre y pone a disposición. Sobran hechos, en épocas freudianas y en los rincones de lo actual, para pensar que la desligazón es parte diaria del escenario cultural, y la muerte no es solo un decorado evitable, sino un hecho anudado al más íntimo deseo de la causa del sujeto. En tiempos de guerra Freud lo quiso advertir y dijo que *“además del instinto que tiende a conservar la sustancia viva y a condensarla en unidades cada vez mayores, debía existir otro, antagónico de aquél, que tendiese a disolver estas unidades y a retornarlas al estado más primitivo, inorgánico”* (Freud, 1979, p.59), y a este último lo llamó Thanatos, en contraposición al ya conocido Eros. En ese movimiento Freud desarma la ilusión de una primacía de la felicidad, diferencia a lo humano de la continua dicha, y deja en claro que la desligazón y su tinte mortífero anida en su concepción de sujeto, y la cultura entonces, se encuentra edificada justamente en la posibilidad de una renuncia que haga habitable el escenario social, aunque a veces sus logros sean diametralmente opuestos. Esto dota a las ciencias humanas de un giro epistemológico y lleva al psicoanálisis a encontrarse con un sujeto entramado por los lazos, instaurando en la episteme de lo humano la renuncia como necesidad, la desligazón como posibilidad, y lo inconsciente enrabado a la cultura.

## f. La adolescencia y los dilemas contemporáneos

Hemos visto hasta aquí la estrecha relación en psicoanálisis entre lo íntimo y lo social. El escenario moderno se ha visto trastocado y allí radica una de las tantas particularidades de las sociedades contemporáneas. Como bien dice Viñar (2018) *“si cambia la cultura es lógico que cambian sus malestares y expresiones patológicas. La tarea no concluyó con Freud sino que es perpetua e interminable”*, así:

las instituciones que determinaban las regulaciones de lo social como conjunto en la primera mitad del siglo XX, esto es: educación, familia, trabajo, han cedido en sus capacidades de socialización y la propia dinámica de las metamorfosis del capitalismo provocó que los individuos desmaterialicen aquellas seguridades institucionales de carácter rígido y estable y expresen sus acciones de acuerdo con diferentes modalidades de sentido (Di Paola, 2017, p.250)

Siguiendo a Alejandro Klein (2015) consideramos que *“el contrato social, propio de la modernidad, para que funcionara como tal, debía tener credibilidad además de legitimidad, la cual ubicamos en su capacidad de transmisión”* (p.177), esto significa suponer la existencia de un conjunto de andamiajes institucionales que otorgaban un legado a modo de *basamentos narcisistas imprescindibles* (Klein, 2005, p.178) que dotan al lazo social de credibilidad. El andamiaje institucional propio de lo moderno, diseñaba, con el estado como estructura central pero también con la educación y la estructura familiar como aparatos circundantes, un discurso que distribuía el porvenir y una especie de promesa social, y las instituciones parecían ser garantes de la transmisión de cierta herencia histórica. Klein (2015) sostiene que si las sociedades modernas antes transmitían una herencia, parece que la característica posmoderna se basa en transmitir una *deuda que se cronifica*. La globalización activa una flexibilización de lo identitario y esto produce un debilitamiento *“de las regulaciones tradicionales del lazo social”* (Di Paola, 2017, p.253), pero esto no genera necesariamente la desaparición de la posibilidad de *hacer-lazo*, sino la transmutación de sus modalidades y una crisis que instaura cambios en las formas en que son constituidas las subjetividades y es producido el vínculo social.

Una de las transformaciones más importantes de la época contemporánea, y en relación con lo adolescente y las modalidades del lazo social, es la mutación de los ritos de pasaje. Anne Birraux (2005) entiende que hay algo evidente, y es que la ritualidad moderna ya no está presente de la misma manera en el escenario cultural, y hay una transformación de los pasajes entre la infancia y la adultez. Al respecto afirma que:

la desaparición de los ritos u otros equivalentes (servicio militar, rituales religiosos) se acompañan por un desdibujamiento de los valores tradicionales, junto con las exigencias que transmitían. Va asociada con un movimiento que si bien promueve el individualismo, el rechazo de los convencionalismos, también se asocia con una mayor libertad de pensamiento, una mayor autonomía del adolescente para disponer de sí, de su cuerpo, sus ideas y deseos. (p.57)

Esto instaura una percepción paradójica sobre las problemáticas contemporáneas, que si bien dan cuenta de una crisis y posible transmutación del escenario de pasaje, también son garantes de potencialidades. El escenario contemporáneo, a pesar de sus declives, ha logrado sostener ciertos modelos de transmisión de una herencia, y allí es elocuente esta duda de Anne Birraux (2005) con respecto a la mutación de la herencia, su linaje y los ritos de pasaje: *“En vez de deplorar su pérdida. ¿No será mejor descubrir cuál es el mecanismo que los ha reemplazado para permitir que los jóvenes accedan a lo simbólico y a las exigencias de la civilización?”* (p.57). Esto nos invita a pensar que el escenario institucional, en relación con educación y familia se vuelve complejo, y entenderlo desde una lógica moderna puede hacer frecuente la vacía añoranza. Tal vez, si las figuras modernas ya no pueden ejercer del todo su linaje, esto habilita que los *pares* sean quienes creen-encuentren modos de ser portadores de ciertos valores, haciéndose un rincón *“en las sociedades donde el lugar del padre podría ser demasiado peligroso”* (Birraux, 2005, p.57), o también pensar que allí donde la época deja sus vacíos, pueden aparecer postas parentales (Kammerer, 2000), a modo de *“adultos especialmente significativos, que toman el relevo y asumen que, como educadores, referentes, docentes, les toca ofrecer una presencia que muestre otros modos de ser adultos, otros modos de entender el mundo y el sentido de vivir.”* (Rodríguez, 2014, p16).

No caben dudas que el escenario social contemporáneo pareciera encontrar algunas hiancias, que pasan de la estructura de lo moderno, pero esto nos invita a comprender que *“si el poder paterno ya no es absoluto, si la ley y los usos permiten a las mujeres e hijos liberarse más fácilmente de ciertas violencias que la función paterna justificaba, no puede admitirse que esos límites razonables interpuestos contra el ejercicio del poder tengan sólo efectos negativos”* (Birraux, 2005, p.58). La transformación del pacto moderno deja lugar a nuevas formas de generar lazo y comunidad, algunas de ellas parecieran advertir ser suplencias del lazo y otras formas de su debilitamiento como gesto ordenador, pero intentamos posicionar, a través de Birraux, cierta paradoja allí donde podría existir el riesgo de una nostalgia por lo moderno que obture la visualización de determinadas potencialidades de lo actual. Parece

claro, a priori, que la escena cambia, y el lazo social contemporáneo trae consigo nuevos dilemas, anudados a un resto que nunca podrá domeniarse por completo y que queda visible en el acontecimiento social. No recurrir a una nostalgia de lo moderno, no implica desconocer que el ambiente socio-cultural de las sociedades contemporáneas se ha transformado.

Si bien existen ciertas potencialidades e inauguraciones garantizadas por la escena contemporánea, queda claro también que asistimos a lo que Singer (2014) designó como *una cultura de lo traumático*, por “*precariedad de objetos capaces de holding y continentación. En contrapartida proliferación de objetos calmantes o excitantes (entre los cuales, pero no solo, las drogas), que dan testimonio de un universo cultural cada vez más repletos de estímulos y menos apto para efectuar ligazones, mediar y dar sentido. Cada vez más repleto de violencia y menos regido por Eros*” (p.17). En este sentido, se busca vascular entre una teoría de lo social que asuma el carácter crítico de lo actual pero también, que busque las capacidades que podría venir a abrir el contexto contemporáneo, intentando no caer en el escepticismo que cree que el hoy el lazo social está basado exclusivamente en una deuda crónica, sino, indagar siguiendo a Birraux y Singer, entre los claros y oscuros, entre el don y el látigo que amarra el lazo social en el presente.

El adolescente queda expuesto a los modos en que se instaura la gran escena social, pero también, a las formas mínimas del vínculo social, las dinámicas próximas, barriales y locales, que se imbrican en su tránsito por la cultura. La agresividad, el conflicto armado, el riesgo, las toxicomanías, la violencia de género, la guerra, y una muerte desanudada puesta en medio del lazo social, pueden generar una ruptura de ese tránsito y pueden escenificar la concreción de un *breakdown*. Flechner (2003) lo aclara; “*cuando la violencia viene desde lo cultural o lo social hacia la adolescencia, el hecho violento puede tener un efecto de aplastamiento de la singularidad, provocando un sentimiento de inexistencia impidiendo la socialización a través del miedo y el terror*” (p.173). Esa escenificación de la violencia y lo mortífero en el socius actual puede tomar diversos nombres, y permanece allí, pujante, a pesar de los esfuerzos singulares y colectivos de querer dominarla. Frigerio (2016) toma a Maurice Merleau-Ponty y nos advierte que tal vez en la actualidad “*pesaría sobre la vida de entre muchos, con otros, à plusieurs, algo así como una maldición*”, algo así como un “*obstáculo de la vida común*” (p.17).

Estamos entonces ante una especie de maldición de lo común, en donde Eros no puede ganar la batalla a Thanatos, y la violencia, lo desestructurante, la incapacidad de hacer holding y la desligazón se presentan enquistadas en diversas dinámicas de lo cotidiano. En ese escenario, una de las principales variantes de las sociedades contemporáneas con

respecto a aquellas conceptualizadas por Freud a principios del Siglo XX, es la forma en que se produce la expulsión de ciertos sujetos del contrato social, de las posibilidades de encuentro, del tránsito por lo común, relegándolos a categorías de excluidos, marginales, vulnerables o carenciados, obligándolos a reinventar otras formas de hacer vínculo social, apareciendo la ilegalidad como posibilidad, como una prótesis del contrato social. Viñar (2018) lo advierte:

Ser alguien para alguien es condición de sobrevivencia psíquica, al mismo título que lo son el agua y el alimento para mantener vivo el cuerpo biológico (...) y si el Otro de la ternura es faltante, vendrán a llenar esa vacante otros protésicos o monstruosos, el otro de la pandilla delictiva, el de las Maras y las tribus, el de las religiones sincréticas o de los partidos fundamentalistas o de los barrabruvas - criminales- del deporte (...) Si falta el objeto auxiliador se hará presente el otro ominoso. (p.108)

Esto instala nuevamente un aire paradójico, la ilegalidad es a la vez el encuentro con lo posiblemente traumatizante y con lo disruptivo, pero también es el acceso a cierta sociabilidad paralela, al encuentro con algunos otros, también relegados, que recurren a suplencias para ligarse a algún acervo cultural, a leyes, a lenguajes, convenciones y prácticas, que aunque acercándolos a lo mortífero, permiten cierta sobrevivencia psíquica, cierto linaje y cierta invención. La ilegalidad, con las toxicomanías, los microtráficos, las carreras delictivas, son el reverso del pacto social, pero también una forma de pacto-prótesis, condena y encuentro, de aquellos que quedan sumidos al *“temor de no ser nadie, a no tener lugar en el sistema de convivencia”* (Viñar, 2018, p108) por la fuerza de la anomia social de lo actual. Parece innecesario volver a aclarar este concepto, pero ante la duda diremos; *“los niños no nacen criminales, es un riguroso itinerario de vida que los hace fluir en esa dirección”* (Viñar, 2018). El propio desamparo de un contrato social expulsivo es el que nombra y da condena a ciertos delitos, que cometieron justamente algunos de los que el pacto quiso relegar, que los hizo periféricos y vulnerables, Jorge Broide (2018), psicoanalista brasileño que trabaja en dispositivos clínicos en San Pablo y Río de Janeiro, entiende que lo periférico no tiene que ver directamente con la espacialidad geográfica, sino que se ubica allí donde se concentran los *por-fuera* del pacto social, es un “espacio urbano sin acceso a los bienes sociales y a las ganancias de la cultura”, más allá de la fragmentación geográfica y urbana de la ciudad. Allí pueden aparecer “los acontecimientos destructivos en cualquier momento; un conflicto, la policía, una infracción a la legalidad o un rumor que pueden derribar a ese adolescente (...)

es la presencia constante de lo siniestro, el Unheimlich, como nos plantea Freud (1919). Así, el miedo y el desamparo dominan el escenario de la periferia” (Broide, J; 2018, p68).

Cabe aclarar que si bien el malestar contemporáneo puede tomar forma de exclusión y genera fragmentaciones, la crisis del gesto ordenador del pacto social atraviesa al propio *socius* y no es un registro exclusivo de las periferias. Tal vez en lo periférico la segregación toma mayor visibilidad, pero como se deslizó con anterioridad, las modalidades sufrientes que se manifiestan en el pasaje adolescente pueden ser enlazadas a las marcas de la cultura contemporánea y toman múltiples formas que atraviesan las diferentes capas del universo social. Así como la exclusión es uno de los semblantes que toma el vínculo social, también lo pueden ser, como se dijo, la proliferación de lo adictivo, las conductas de riesgo, los juegos con el morir, el suicidio, la violencia y problemáticas que se instalan en medio del pacto social del adolescente y que develan el anverso de un malestar contemporáneo, que tanto en sus toxicomanías, sus violencias, o sus suicidios, manifiesta lo que Le Bretón (2016) definió como una tentación contemporánea; “desaparecer de si”. Este estatuto deja al riesgo ubicado como un privilegiado síntoma contemporáneo. Mediante la puesta en juego de la posibilidad de la muerte pareciera querer confirmarse una existencia que está velada por el vacío, los grises, y la falta de los grandes discursos identificatorios de la era moderna. Asistimos entonces a tránsitos en donde el acto y el estatuto del riesgo toman centralidad, viniendo a ocupar el lugar que otrora habían ocupado los “nudos de sentido” del universo simbólico (Le Breton, D; 1999, p70).

El camino de *convertirse en un actor social* (Gutton, 2017) de la adolescencia se ha visto trastocado por el escenario contemporáneo, siendo esto, paradójicamente, una pérdida y un logro. El adolescente debe, al entender de Gutton (2017) “afirmarse sobre la mirada de muchos” (p.29), ubicarse allí, con sus pertenencias, algunas herramientas, y sus posibles futuros para generar cierto vínculo social, en ese camino debe “ubicarse, en la casa, respecto de los ancestros y la familia, y en lo cotidiano, la escuela, el edificio, el barrio, la ciudad, el mundo mismo”, ubicarse y reubicarse, en la medida en que hay algo de su función en el contrato social que varía, ahora cambia su posición de firmante, de aquel primer contrato narcisista (Aulagnier, 2014), y también su vínculo con su propia historia y el anudamiento al lazo social.

## VI - Caso clínico: Tomás, el lazo y la Historia

Tomás es la construcción de un caso que invitará a releer esta exploración teórica que se hizo hasta ahora, buscando pensar la adolescencia, las formas que toma el trabajo historizante en ese pasaje, la posibilidad creativa de la invención, entre las amarras de la Historia de los acontecimientos sociales y los anudamientos al lazo social, a través de la construcción de caso. Será un intento de adentrarse en una historia proveniente de la ficción, en este caso del largometraje “La Playa D.C” de Juan Andrés Arango, que dice acerca de un sujeto y sus pasajes, a la vez que nombra una época y puede dar ciertas líneas para cavilar acerca de la teoría y la clínica contemporánea con las adolescencias.

Tomás, protagonista de “La Playa DC”, es una metáfora ficcional de un sentir colectivo, es un ejercicio documental, histórico y artesanal, de construcción de un pasado y de un testimonio de lo acontecido. En “La Playa D. C” se construye un sujeto adolescente nacido en la costa pacífica, en la ciudad de Buenaventura, que es víctima de un desplazamiento forzado que lo lleva a la ciudad de Bogotá, y que pasa por una adolescencia que es agrietada por el conflicto armado interno y por las batallas de una historia, biográfica, subjetiva, singular y colectiva.

Para trabajar con Tomás, es importante, como paso anterior, decir acerca de la Historia de Colombia. Entendiendo, como se destacó con anterioridad, que la *story*, como relato individual, y la *history*, como escena colectiva, se encuentran siempre entrelazadas, por que podríamos decir que desconociendo el contexto circundante, sería frágil e imposible hacer inteligible a Tomás, por lo que el caso precisa navegar entre la biografía y el hecho social.

Colombia ha atravesado, entre los cimientos de su historia, por variedades de conflictos internos y externos asociados a diferentes fundamentos, como fueron el oro, el plátano, el café y la coca. A nivel internacional, es estigmatizada y asociada con el alcaloide tropano cristalino, la cocaína, sobre todo a partir de la exploración de ciertos laboratorios selváticos asociados al narcotráfico que consiguieron masificarla y comercialarla por el mundo a principios de los años ochenta, pero no fue este el inicio de las grietas del contrato social en tierras nórdicas, sino solo parte de la exacerbación de una crueldad que parecería tener varias décadas, y que se encuentra tan bien dibujada en el realismo mágico de García Márquez. Colombia pareciera contar con la profunda fortuna de una biodiversidad, pero también, con

las constantes consecuencias de una humanidad, propia y extranjera, que batalla por su control y explotación. Halvor Mehlum (2006) lo dice así, “en países con instituciones débiles, la abundancia de recursos naturales es una maldición más que una bendición”. A la riqueza natural, se le antepone la fragilidad de un contrato social que parecería apelar al conflicto como forma de constante de control, terminando la naturaleza y su sistema en una moral satanización, existiendo entonces:

“Una demonización de las plantas al asignárseles atributos de corte moral y jurídico; de determinados ecosistemas como el trópico; de determinados sectores sociales como los indígenas, campesinos y colonos de quienes se presume una perversidad ingénita; y en general, de múltiples territorios por considerar que allí el diablo anda suelto, que la barbarie aún gobierna, que la cultura está pendiente, que la civilización aún se debe” (Mehlu, H, 2006)

Las violencias en Colombia están atravesadas por una lucha histórica e imperial por la tierra y sus frutos, en un país con un vasta geografía, y una presencia estatal que es disímil en los diferentes puntos del territorio, habiendo un estado fragmentado territorial e institucionalmente, pudiendo haber espacios con un estado moderno y garantías democráticas completas, y otros, en donde las fracturas sociales son notorias, con una integración precaria. El conflicto se vió catalizado por políticas que no ocupaban ni amparaban, geográfica e institucionalmente, el vasto territorio colombiano, quedando el campesinado, las poblaciones afrocolombianas y las comunidades indígenas a merced de una ley alternativa compuesta por quienes se apropian de las tierras de lugares costeros y montañosos.

La incursión del narcotráfico en el conflicto genera, en prima instancia, la oportunidad, tanto para grupos guerrilleros como para los paramilitares, de acceder a recursos armamentísticos y tácticos propio de ejércitos nacionales, por capitales económicos que dispusieron los materiales para desandar una guerra civil. Colombia fue por muchos años el primer exportador de cocaína a nivel mundial, y en los años 90 el mayor productor, lo cual generaba ingresos importantes que circulaban en el mercado ilegal. El narcotráfico proveyó actores para la guerra, permitiendo gestar ejércitos privados, siendo trascendental en el origen y la expansión guerrillera y paramilitar. Las elites emergentes en las que se convirtieron los narcotraficantes, fueron permitiendo el financiamiento del conflicto, pero también, un impacto cultural en Colombia, principalmente en la década de los 80 y 90, en donde se transforma en un actor central en la vida cotidiana, produciendo vías de participación social y política paralela, en donde se genera una erosión moral, dejando de importar los medios para cumplir

objetivos y siendo central, desde allí, el fin, produciendo esto una transformación en el imaginario de la convivencia, el dialogo, alterando los lazos sociales, y accediendo a una profunda transformación en la conceptualización de la muerte y sus duelos, haciendo de la violencia un mecanismo de movilidad social, produciendo fracturas que hicieron de condición de posibilidad para la existencia de un conflicto armado interno de tamaña magnitud. Sin el posicionamiento profundo del narcotráfico, su estética de la violencia, su muerte descarnada, su banalidad del mal (Arendt, 2013), no hubiera sido posible sostener y naturalizar una guerra:

Los grupos paramilitares utilizaban la técnica de infundir el terror en poblaciones y municipios rurales a través de asesinatos selectivos y masacres, circulación de panfletos, listas negras, detenciones, desapariciones, todas, acciones que respondían a la lógica de eliminar a los enemigos fueran estos sindicalistas, lideres populares o dirigentes de izquierda (...) ellos apuntaban a un control socio-espacial y económico del área, para lo cual eliminaban a los enemigos y aseguraban una microhegemonía sobre el lugar (Salcedo, A; 2015, p86).

A lo largo de la historia grupos alternativos y disidentes, no han gozado de espacios amplios de participación, lo cual ha impedido, históricamente, el desarrollo de cierta convivencia plural y democrática, y como contrapartida agudizó la conflictividad y las estrategias bélicas de determinados sectores, que se plegaron al uso de la crueldad como método. Además, la política internacional ha tenido profunda injerencia, si bien los combatientes fueron colombianos, la guerra no se puede entender por fuera de un contexto geopolítico, desde referentes ideológicos hasta recursos económicos fueron brindados desde el exterior, empezando por la guerra fría y la lucha contra el comunismo proveniente de filas norteamericanas, la posterior la lucha contra el narcotráfico, generando lesiones y fracturas a nivel nacional que se desprenden desde lo contextual, siendo motores y catalizadores del conflicto armado.

Existen a la actualidad 8 millones de víctimas del conflicto armado y 7 millones del desplazamiento forzado, en su mayoría campesinos, costeños, afrocolombianos y población indígena, que debieron abandonar sus tierras por la presencia de la posibilidad de la muerte rondando en la vida cotidiana. Andrés Salcedo, en su libro *“Víctimas y trasegares”*, dice que aquellas personas que fueron desplazadas de manera forzada:

Confesaban la rabia que sentían porque sus sueños y proyectos -que creían que iban a formar parte de su futuro- no pudieran cristalizarse por culpa de los

actores armados involucrados en una violencia política dogmática. El desplazamiento marcaba una bifurcación en sus trayectorias vitales; sin embargo, el trauma no se vivía como patología, sino como una reestructuración de sus vidas. (Salcedo, A; 2015, p83).

El conflicto armado expone a la cultura colombiana a un declive de los ejes del lazo social que son garantes de la convivencia, quedando el sujeto en un desamparo del lenguaje y del símbolo, y se expone a ser mero cuerpo, siempre posible víctima, sobre todo, en contextos rurales, costeños e indígenas, donde la guerra se estructura como un escenario habitual, posicionando al hombre como carne de cañón de la crueldad, víctima de una agresividad colectiva y perpetuador del ejercicio de una variedad de violencias:

la cultura promueve ideales que no alejan de la violencia sino que la promueven (...) tenemos guerreros, próceres y caudillos, semidioses que protagonizan las narrativas acerca de la historia de la patria (...) son hombres de armas, patriarcas salvadores que habitan en el imaginario social y en el inconsciente individual como modelos a seguir (Pignatiello, 2014, p136)

Así, no es solamente el asesinato lo que agrieta, sino las dimensiones del horror, allí donde la muerte pasa a ser un medio frecuente, reiterado, perpetuado, borrando la historia del otro, y al otro como sujeto. Al faltar los ritos, el duelo queda en posible riesgo de ser suspendido, prolongado, infinito, pues el sujeto queda alienado en una relación cruda y muda con el muerto. En el trabajo de elaboración que realiza Andrés Salcedo (2015) relata estas dinámicas de una muerte desanudada de la posibilidad de un ritual:

hubo familiares de personas muertas o desaparecidas que también me relataron la imposibilidad de indagar por dichas muertes. En efecto, los grupos armados les prohibían recoger los cadáveres. Las familias empezaban a notar que “las cosas se ponían malucas”: envenenaban a los perros y demás animales, y se rumoreaba que habían encontrado varios cuerpos de desaparecidos flotando en el río. Había llegado el momento de empacar y dejar la zona con sigilo. Algunos vecinos les aconsejaban “que se perdieran. El mutismo fue la constante: las personas permanecieron calladas ante la muerte de sus parientes y su causa, así como, debido a las amenazas y agresiones frecuentes, guardaron silencio ante la presencia de los grupos armados en el pueblo (Salcedo, A; 2015, p89)

Se dejaba entonces, en forma de tendal, como piezas sueltas, aquellos cuerpos que antes fueron habitados por una historia. No había desarraigo de la crudeza, no había ruptura completa con lo mortífero del goce, y el sujeto-de-lenguaje devenía un cuerpo pasible de ser asesinado, sin los andamiajes simbólicos para transformar el morir en un duelo y en ritual. Se dispersaron así cientos de fosas comunes en zonas rurales, donde yacen cuerpos desconocidos que no han sido aún anudados a una biografía; *“el terror es un medio poderoso de dominación que se retroalimenta de una realidad de ficción o incierta que Taussig denomina tiniebla epistémica, es decir, una situación en la que uno no sabe que es verdad y que es ilusión”* (Salcedo, A; 2015, p90).

Después de décadas de la presencia constante de lo insoportable (Rodríguez, 2016) enquistado en el propio vínculo social, en el año 2016 se inició un camino reparatorio sobre las consecuencias de lo histórico, y a través de la premisa *“hay futuro si hay verdad”*, se construyó el acuerdo de paz entre el Estado Colombiano y las FARC-EP firmado en noviembre de 2016, para ponerle fin a la guerra insurgente-contrainsurgente que vivió Colombia por más de seis décadas. Este pacto ha traído transformaciones que impulsan a la sociedad hacia el siglo XXI, a unas nuevas maneras de ciudadanía y a imaginar, por fin, un porvenir en paz” (Comisión de la verdad en Colombia, 2022, p10), a partir de allí, se creó la “Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición”, como un organismo extrajudicial, compuesta por once comisionados, con el objetivo de “esclarecer lo ocurrido durante el conflicto armado interno que ha vivido Colombia” (Comisión de la verdad en Colombia, 2022, p11). En Junio de 2022 este comisionado realizó la entrega del documento “Hay futuro si hay verdad: hallazgos y recomendaciones” entendiendo que a partir de la entrega del mismo, igualmente “el acontecimiento continúa, porque la verdad es una construcción colectiva, plural, histórica, conflictiva y apasionante. La Comisión de la Verdad no es un puerto de llegada, sino uno de salida, para un viaje que lleve a la transformación que se necesita, para que ese Nunca más, no sea un deseo bien intencionado sino una política y compromiso nacional” (Comisión de la verdad en Colombia, 2022, p15).

Este informe realiza un recorrido exhaustivo y profundo sobre lo acontecido, realiza un ejercicio esclarecedor fundamental para la comprensión histórica de la realidad colombiana, resultando trascendental poder abordar algunos de sus recorridos sin el ejercicio de parafrasear sino de citarlo en su cabalidad:

El sufrimiento emocional, la rabia por el atentado o la tortura, la vergüenza por la violencia sexual o la tristeza profunda, que incluso ha llevado a ideas suicidas y al uso de sustancias psicoactivas para tratar de olvidar son

capítulos de una historia ya vivida. La rabia y el enojo social, la naturalización de la violencia o la desconfianza. El impacto no solo en los hechos, sino también en las creencias y en la cultura que penetró en la forma de ser y reaccionar de buena parte de la población. Las divisiones políticas y las actitudes ante la violencia han llevado a la sociedad a una visión dualista, en lugar de una Colombia incluyente. El país cuenta con una enorme riqueza de prácticas de resistencia, de movimientos sociales, campesinos, étnicos y de derechos humanos y con la pujanza de sus gentes, pero la población civil ha sido la mayor víctima de la guerra que ha debilitado la capacidad de la sociedad colombiana para hacer frente a la exclusión y a la guerra (Comisión de la verdad en Colombia, 2022, p21).

Así, la reconstrucción de esta verdad, de volver a recorrer el acontecimiento histórico, colectivo y singular, es parte fundamental de la construcción de otros futuros posibles, encontrarse con el pasado sufriente, rasgado e insportable, para hilvanar otras formas de lo colectivo, en donde eros pueda hacer algo con lo tanático:

En los comienzos de los años sesenta, se trataba de salir de un régimen excluyente dominado por las élites tradicionales, en una enconada lucha por el poder político y la propiedad de la tierra que tuvieron un papel decisivo en el estallido del conflicto. A pesar de los sucesivos intentos de alcanzar la paz, la voraz dinámica de la guerra extendió de manera indiscriminada su llama de violencia hasta los últimos rincones del país, cebándose de manera especial con la población campesina. De hecho, más del 90 % de las víctimas pertenecen a la población civil. Detrás de las más de mil masacres, millones de desplazamientos forzados y exilios, decenas de miles de secuestros y torturas o más de cien mil desaparecidos, hay historias rotas de personas, familias y comunidades cuyas experiencias no tienen cabida en las estadísticas del terror. Los diferentes grupos armados – paramilitares, guerrillas, Fuerzas Armadas y Policía–, actuando frecuentemente por medio de estructuras y alianzas políticas, en muchas ocasiones en colaboración con sectores económicos y amparándose frecuentemente en la impunidad, son los máximos responsables de estos hechos (Comisión de la verdad en Colombia, 2022, p22).

De esta manera, abordando el telón histórico colombiano, el de esas *“historias rotas de personas, familias y comunidades”* (Comisión de la verdad en Colombia, 2022, p22) que

marca la historia de Colombia, y que lo reciente intenta reparar, se busca ir hacia el encuentro con un texto fílmico y ficcional, propuesto por Juan Andrés Arango en el largometraje “La Playa DC”, como un testimonio particular de los acontecimientos, que enlazan la vertiente biográfica con el acontecer colectivo. Se encuentra en la propia construcción del texto cinematográfico que propone este filme un artificio que cuenta con cierto potencial a la hora de la búsqueda de esos entrecruzamientos entre el sujeto psíquico adolescente, la Historia y el lazo social, y es que la disposición del relato ficcional se compone entre el anudamiento del presente y el pasado, que reaparece constantemente en forma de reminiscencia.

El trabajo con el caso, y el recorrido por los acontecimientos históricos, no busca reducir las posibles conceptualizaciones sobre lo adolescente exclusivamente al territorio colombiano, sino hechar luz sobre las formas que toma el lazo social contemporáneo, allí donde los soportes de la cultura parecen estar atravesados por una crisis del pacto social y la presencia siempre posible de la expulsión y lo siniestro, a modo de un *unheimlich* freudiano. Se hilvana sobre Tomás, y por consiguiente, sobre Colombia y sus conflictos, pero algo de esos vacíos de ciertos soportes culturales y garantes de transicionalidad, parecieran encontrarse en las capas de nuestras sociedades contemporáneas, con otras texturas, otras conflictivas, y diferentes caras, pero siendo parte insistente de ese reverso hostil que entorpecen los pasajes *suficientemente-buenos*. Se piensa entonces al adolescente como sujeto a la historia, desde la particularidad de la circunstancia colombiana, pero entendiendo que algo de su detalle, puede habilitar lecturas en otros campos y ocasiones.

Hacer-caso de este texto de ficción, es recorrer la construcción identitaria de Tomás, un adolescente afrocolombiano que creció en Buenaventura, una localidad de la costa pacífica colombiana, y es desplazado de la costa cuando su padre es asesinado por paramilitares durante la época de mayor recrudecimiento del conflicto armado interno, en un ataque que tiene ribetes similares a varios que ocurrieron entre los años 2000 y 2002, como la masacre de El Salado o las del Valle del Cauca. Oprimidos por la violencia contextual, por una guerra que se incrusta en los tejidos de la biografía, se ven obligados a desplazarse y llegan a los suburbios de Bogotá, una ciudad de 8 millones de habitantes, lejana del mar, en plena altura y bañada en cemento. Juan Andrés Arango (2012), director y constructor de este filme dice:

La adolescencia es un periodo de vida que me apasiona, en el cual la gente se está reinventando, y en el cual hay una vulnerabilidad mezclada con una fuerza muy grande (...) y al mismo tiempo me parece que cuando la adolescencia coincide con la migración, eso que está en juego se vuelve exponencial, se multiplica.

Este adolescente es protagonista de una batalla subjetiva que debe impulsarlo por fuera de lo familiar, pero en medio del vértigo de un conflicto armado que hace huella en la construcción de un pasado, y se entremezcla en el presente como reminiscencia constante, con un padre caído y una cultura de costa pacífica, arena y mar que queda anulada por el desplazamiento obligatorio hacia la ciudad. Pareciera no haber allí a priori un lazo familiar en el que apoyarse y tampoco un lazo social garante de transicionalidad, porque los movimientos no son de pasaje, sino de hiriente ruptura, no son puentes hacia lo adulto, sino tajos, hiancias, que Tomás debe sobrellevar en el tránsito cotidiano. En su primer trabajo en la ciudad, donde junta dinero que lleva a su casa, cargando bolsas de yuca en un mercado, encuentra un rincón en el vestuario, mínimo, al lado de donde guarda su ropa, donde dibuja, a modo de pincelada reparatoria y doliente, la costa, un hombre, un barco, y la vegetación, la representación de lo perdido.

Tomás, de 17 años, vive la ciudad de Bogotá, ubicada a unos 2630 metros de altitud, en una pequeña casa del barrio “La Playa Distrito Capital”, que le da título al filme, espacio donde habita en su mayoría población afrocolombiana procedente, fundamentalmente, de las costas del Pacífico, más precisamente de la zona de Buenaventura, principalmente a partir del desplazamiento forzado. Inicialmente por estar bastante aislado, el Pacífico no se vio muy afectado por el desplazamiento hasta el inicio de la década de 1990, “cuando los narcotraficantes vaciaron la zona del Pacífico por ser ésta el corredor principal de salida de la droga hacia el exterior. Eso creó una migración afrocolombiana masiva hacia grandes ciudades. Entre 1991 y 2006, cerca de 300 000 afrocolombianos llegaron a Bogotá. EL 29 % de la población afrocolombiana está repartida entre Bogotá, Cartagena, Cali, Barranquilla y Medellín” (Vocable, 2013, p2).

Allí, en el barrio “La Playa”, en viviendas precarias que están prendidas finamente de las montañas, similares a las favelas de Río de Janeiro, vive junto con su madre, su hermano Jairo de 15 años, su padrastro y un hermano bebé que acaba de nacer. El vínculo parecería estar plagado de silencios, distancias, y un afecto que circula mudo. Tomás llega a su casa, almuerza con su madre, ella le comenta que hay un trabajo disponible en vigilancia, a lo que él le responde *“justé cree que yo me voy a meter de vigilante como ese!”*, haciendo referencia al padrastro, figura de ruptura, patriarcal, absoluta, de un paternaje que desanuda el vínculo dual, pero desde la expulsión y una especie de nueva deportación. Otro silencio. Posteriormente, la madre le dice *“Chaco está acá, lo deportaron (...) está abajo, no ha venido”*. Chaco es el hermano mayor de Tomás, de 27 años, el cual estaba en Estados Unidos, y se encuentra *“abajo”*, en Santa Fé, uno de los barrios de los bordes del centro de Bogotá, en la llanura de la ciudad. Durante esa charla llega Jairo, su hermano menor, con claros signos de

deterioro. Jairo desaparece de la casa por periodos, pululando en los suburbios, en donde ha encontrado refugio en su adicción al crack, entre el peligro, las deudas por su consumo de las que escapa constantemente, y las amenazas mortíferas del universo de la ilegalidad. Tomás le pregunta donde estuvo, Jairo solo abraza en silencio, y va a saludar al bebé, ante lo cual su madre le dice *“no me vaya a tocar al niño con las manos sucias”*, queda la interrogante sobre de que suciedad quiere salvar esa madre a ese nuevo niño. *“Jairo no se puede quedar acá”*, le dice la madre a Tomás, el le reclama sobre el deterioro de esos dos meses en los que estuvo en la calle, y la razón de la expulsión de Jairo golpea la puerta, llega el padrastro, con un oso de peluche y cara furtiva, al encontrarse al menor de los hermanos en la casa; *“¿por qué has dejado entrar a ese drogadicto?”*, son sus primeras palabras, *“¿y usted por que le dice así a mi hermano eh?”*, replica Tomás, *“¿y usted por que lo defiende? ¿se va con el a la calle o que?”* responde él, Jairo solo mira en silencio, y Tomás replica *“prefiero estar en la calle que ser un pobre perro wachimán como usted”*, wachimán es un mote despectivo para referirse al *“vigilante”* o *“seguridad”*. El padrastro le exige que se vaya, Tomás le dice que no es nadie para expulsarlo, la madre también observa en silencio, Tomás pareciera esperar una respuesta de ella que no llega, junta sus cosas en su mochila y se va, cuando se va, ella dice *“Tomás no se vaya”*, el igual cierra la puerta. Pareciera que aquella primera expulsión, la del desplazamiento geográfico forzado, se replica y recrudece en un segundo exilio, esta vez de la casa materna. En los dos casos, el paternaje se encuentra en el centro, en el primer caso por un padre muerto, asesinado en medio del conflicto armado interno, en el segundo, por la presencia de una suplencia paternal que no reemplaza el amparo, sino desliga y concreta aún más la expulsión.

Sentados en un escalón, después de la huida de la casa, Jairo le cuenta:

*J - “Los manes de la olla me dieron una mercancía a vender y yo me la fumé”*

*T - “¿Cuánto les debes?”*

*J - “100.000 pesos”*

*T - “¿y ahora de donde vamos a sacar esa plata?”*

*J - “No, man, relajate, que de todas formas me van a pelar. Yo apenas me venia a despedir”*

Jairo vuelve a acercarse a los talantes de lo mortífero, se va. Tomás se va a caminar solo por los suburbios, pero vuelve de noche a la casa, ve por la ventana a su padrastro mirando televisión y a su madre cocinando en un silencio sacrificial, Tomás decide no entrar y se va sin siquiera hacerse notar. Esa primera noche duerme entre la vegetación de la

montaña, como una especie de retorno y reconstrucción de un pasado, de Buenaventura y su infancia. A modo de sueño, recuerda cuando bajo la lluvia, y en la selva, ya sin padre, escondidos de los ataques de los paramilitares, la madre cantaba suavemente, y le decía a Jairo mientras trenzaba su pelo: *“esta trenza es como un mapa, te va a llevar por buen camino sin hacerte perder, te alejará de los peligros, tu vas derecho a donde quieras ir”*.

El pelo tiene un simbolismo profundo en la biografía afrocolombiana, es un legado ancestral, que procede de las épocas de esclavización, cuando las mujeres salían a trabajar, observaban el paisaje y al regreso se reunían para peinar a sus hijos, y en sus peinados armaban mapas que indicaban las posibles rutas de escape de los amos y de la esclavitud, en un trenzar con la libertad. Además, aquellas que trabajaban en minas de oro, usaban los montes de sus peinados para esconder pepitas y con el tiempo pagar su libertad y la de sus hijos:

“Las mujeres se reunían en el patio para peinar a las más pequeñas, y gracias a la observación del monte, diseñaban en su cabeza un mapa lleno de caminitos y salidas de escape, en el que ubicaban los montes, los ríos y los árboles más altos. Los hombres al verlas sabían cuáles rutas tomar. Su código desconocido para los amos le permitía a los esclavizados huir” (Medivelso, 2004).

El dormir en la vegetación inicia su errancia. A partir de allí, Tomás hurta en los suburbios formas de afrontar la expulsión reiterada y el desamparo del lazo familiar. El *entremedio* que se presenta en el pasaje adolescente remite y se emparenta al proceso migratorio. En su despojarse y reinventarse, Tomás tiene dos adversarios: el primero lo asedia desde atrás, desde el origen, el segundo le corta el paso hacia adelante, él pelea con los dos. Debe dejar atrás a aquel niño, y pasar, al decir de Rassial (1999), de un vínculo organizado por la Ley a otro organizado por el contrato, pero con la particularidad de que su vínculo de terceridad, que podría ser el padrastro, es más expulsivo que ordenador. Su padre, es asesinado por una guerra civil, y su padrastro destruye la transicionalidad en pos del uso de una autoridad total. Si al decir de Guttón (2007) uno de los aspectos centrales de la creación adolescente es *“el tener”*, sinónimo de empoderamiento, y el *“ser con”*, ambas parecieran resquebrajarse con el exilio de la casa como segunda migración. Es obligado a *tener-fuera*, y exiliado del *ser-con* familiar, forzado a la búsqueda de suplencias de amparo en la exterioridad. Esa noche, el dormir entre los árboles pareciera poseer algo de un rito sacrificial, en donde el abandono del lazo familiar y el espacio infantil se realiza abruptamente, con aires de aquello que Le Breton (2011) utilizaba para describir el pasaje en la sociedad tribal, con dolor, iniciación y sacrificio.

Tomás parte de lo selvático al centro de la ciudad y por las calles del barrio Santa Fé se encuentra a su hermano mayor, Chaco, quien vivió cinco años en Estados Unidos y según el relato de su madre había sido deportado recientemente. Este hace pasaje por otra expulsión, de otra tierra, ubicado también en el lugar del desecho y la artesanía de reinventar en la calle aquello quitado por la Historia. Con él se va a vivir a una habitación de una pensión y, a partir de allí, Chaco viene a ocupar un lugar de Ley, de posibilitador de un pasaje necesario que sostiene el devenir adolescente, pero desde una proximidad afectiva y continentadora, lo cual, tras la falta de un padre simbólico, se había tornado nula, porque la metáfora paterna endogámica fue aniquilada de cierta manera con el asesinato del padre, no habiendo existido una suplencia en otros elementos de lo filiar, pero también, los nombres-del-padre, esos talantes de la ley en la cultura, habían erigido su estatuto desde el horror y la masacre, desde una muerte siempre latente. Chaco viene a subsanar, en cuanto posible ley, un pasaje adolescente que quedaba dispuesto a una mera errancia. Gutton (2007) lo advierte, y entiende que cuando el mundo de lo adulto se encuentra abroquelado, cerrado y fragmentado, el espacio del encuentro con los pares, en este caso su hermano, diez años mayor, habilita una reinención desde el *contrato* y el *nosotros*. Chaco hilvana una suplencia ordenadora de talantes de lo transicional que estaban ausentes, ubicándose desde lo que Rodríguez (2014) definió como *posta parental*. Ahí donde la paternidad, y la figura del padrastro, aparecen desde la crueldad desafectiva, como una *“figura ligada a la autoridad y el ejercicio del poder, que pervive en muchas de nuestras relaciones cotidianas y que cultivamos en nuestros complejos inconscientes”* (Pignatiello, 2014, p.134), la presencia de Chaco parece subvertir ese modo absoluto de lo paterno, alternando cuidado y autoridad, y habilitando mecanismos de pasaje.

Tomás busca con Chaco, entre centro y suburbio, a Jairo, que había anunciado su posible muerte, viéndose amenazado, y desde allí había desaparecido. Pegan carteles intentando encontrar a un hermano, que parece haber quedado sumido en el consumo de crack, en a la omnubilación de la operación del *pharmakon* (Le Poulichet, 1996), que da muerte, pero también, genera un quantum de ensoñación y vitalidad. Jairo continúa sin aparecer, e incluso también lo buscan en la morgue. La muerte cobra una presencia constante. En esa búsqueda, en una de las galerías céntricas, se encuentran en una pequeña barbería con peluqueros conocidos de Chaco, también de la ciudad de Buenaventura, de la época en que él también se dedicaba a ese oficio. Después de ese encuentro Tomás se mantiene pensativo, dibuja y recuerda, a modo de reminiscencia, los tiempos de la selva, sus sonidos, la lluvia sobre las hojas, la forestación, el esconderse de los paramilitares, la madre tejiendo las trenzas de Jairo y los dibujos con el pelo como posibles vías de salida; el recuerdo insiste..

la dimensión sensorial es, entonces, una reserva almacenada de experiencia material dispersa en la superficie de las cosas, que puede invadir el cuerpo y devolver a las personas a experiencias del pasado (...) despertar sentimientos y sensaciones corporales del pasado a través de olores, texturas o situaciones del presente se acentuaba en el exilio (Salcedo, A; 2015, p128).

Tomás vive lo que Gutton (2007) definió como un *(re)constrarse* y *(re)situarse*, confirmando la consistencia del mundo en plena reinscripción de su cuerpo, en donde el pelo hace de mediación. En los adolescentes los espacios en donde asisten pares son reductos significativos, son instituciones paralelas que garantizan la circulación de lo común, de un diálogo propio. En este sentido, la rumba o el *club (/klab/)* como lugar de baile es característico en la identidad colombiana y es un refugio nocturno, es un lugar de despliegue del encuentro con los otros, de una sexualidad que toma cuerpo y exterioridad en la danza con pares. Una noche, Tomás asiste a uno de esos bares, en donde baila y observa, a ritmo de una canción que dice lo siguiente: *“de donde vengo yo, la cosa no es fácil pero igual sobrevivimos, de donde vengo yo, de tanto luchar con la nuestra nos salimos”*. Entre dolores que parecen diluirse y anesteciarse momentaneamente por el roce de los cuerpos, bailando y bebiendo, Tomás detiene otra vez su mirada en los dibujos del pelo de aquellos que lo rodean, y los observa, como mirando cartografías.

Al otro día, sentados en una vereda Tomás y Chaco entablan un diálogo fundante. Allí, el hermano le recomienda a Tomás, hábil dibujante, que siga el oficio que él tenía previo a irse Estados Unidos, el cortar el pelo:

*“Había un man, que tenía unas rastas, cuando se bajaba del carro, las arrastraba en el piso, no es mentira, se enredaba el cabello en la mano. En una rumba se quedó dormido, le cortaron el pelo, uno agarró una máquina y lo calvió, y sabe ese man que hizo; se ahorcó, se despertó y se vio así calvo, se metió al baño, y cuando todo el mundo lo vio ya estaba ahorcado brother [...] tienes que conseguirte una máquina hombre, pa enseñarte unos cortes y unos dibujos”*.

El peinado y el manejo del pelo es un trazo de identidad fundamental en la población afrocolombiana, la trenza, la rasta, el dibujo, el corte, cobra un valor similar al del tatuaje, como marca simbolizante. Así, Tomás, va encontrando en el acto de cortar el pelo algo que deviene oficio y lo une a un legado ancestral de la identidad afrocolombiana, haciendo corte con aquella infancia, pero también haciendo del cortar ya no una autolesión, sino una artesanía que lo enlaza a una traza de lo historizante. La identidad afrocolombiana se entreteje en los suburbios bogotanos. Buenaventura no existe solamente en su espacio geográfico. En

el pelo, Tomás erige algo que lo enlaza a los mandatos ancestrales, a una ley que permite condiciones de posibilidad de cierto futuro, siendo Chaco quien brinda los puentes para que Tomás circule, para que reeditar el salvataje creativo de un “gesto espontáneo”, que haga del corte un artefacto simbolígeno. Como dice Ripesi (2018) *“dado el mítico primer gesto espontáneo del infans, la madre “pone el pecho en el momento y lugar en que el bebé puede crearlo”. La madre permite así que el bebé viva una breve experiencia de omnipotencia: “crear lo dado” (...). En esta línea, Winnicott piensa que en toda aceptación del orden cultural establecido hay algo de transformación inevitable, y en todo intento de transformación siempre se juega en el marco de una ineludible aceptación de lo ya instituido”*.

En ese movimiento, Tomás construye la posibilidad de una invención, de una “originalidad compartida” (Gutton, 2013) en donde insta una posibilidad de un oficio, y también, de un gesto sublimatorio, de aquello que Le Poulichet (1996) definió como un *“saber-hacer con el vacío”*. Alejandro Klein (2015) insistía que en la actualidad más que recibir una herencia, como aquella herencia moderna, recibimos una *deuda* que parece cronificarse, pero parece, que entre el dibujo, la máquina y el corte, se presenta la posibilidad de cuestionar la deuda, de rechazarla en cierto plano, y de anudarse a otro legado allí donde falla el de la cultura hegemónica y sus modalidades de pasaje. Tomás encuentra una forma de hacer un *lazo-prótesis*, que lo hilvana a lo ancestral, a aquellas madres que trenzaban el cabello de los niños como un modo de tejer ciertas cartografías para la libertad. Beller Delly (2003) insistía en eso al entender que la herencia no es nunca un *punto de llegada*, sino que es más bien un *punto de partida*, que mediante el trabajo psíquico, y también, presencias de *holding* e interdicción, a modo de postas parentales (Kammerer, 2000), permiten una elaboración creativa de la recepción de un pasado. Entendemos, en este sentido, que en el camino de “crear lo dado”, Tomás se ve expuesto a la paradoja de apropiarse pero a la vez subvertir su herencia, dado que:

En el orden cultural no hay movimiento subjetivo que pueda afectar lo simbólico (en tanto acto creativo) que no reconozca al mismo tiempo una deuda con la tradición heredada y que, en cierta medida, no reedite algo de ese pasado que se pretende subvertir (Ripesi, 2018, p1)

A Tomás le prestan una máquina para entrenar en su casa, el primer corte se lo hace Chaco, el dibujo que elige es el de un barco como un lazo a Buenaventura y a la identidad costeña y afrocolombiana, que se incrusta en la nuca, entre otras heridas previas, como corte simbolizante. Allí hace presencia lo educativo, por fuera del andamiaje institucional que parece estar replegado y ausente en estas periferias, dejándolos a merced de aquellas “lógicas de convivencia y lealtades distintas y distantes a las que regularon nuestros impulsos y

prohibiciones” (Viñar, 2009, p.94). Seguimos a Rodríguez (2014) para entender que “se necesitan instituciones y unidades sociales llenas de sentido y de ofertas, lugares donde ensayar ese continuo trabajo de pasar de ser «hijo de» para inscribirse como uno más entre los demás, en su sociedad y en su tiempo. Los adultos educadores y referentes toman en este sentido el relevo, sin pretender sustituir”.

Lo dilemático es que en el repliegue de los edificios institucionales, cuando la política social deja a sabiendas sus vacíos, se ausentan aquellos que vienen a ocupar los oficios del lazo (Frigerio, 2016), que pueden tener varios nombres, desde educadores, psicólogos o trabajadores sociales, figuras para intentar generar transicionalidades allí donde se reitera la ruptura. Allí donde hay carencia de lo público, parecerían levantarse otros mecanismos, que vienen suplir artesanalmente esa ausencia, donde los sujetos quedan a la condena de la nuda vida (Benjamin, 1998), como una especie de espacio de la “pura necesidad, que no da lugar a la ilusión y la fantasía”, deben gestarse formas de resistencia, de aquella ética foucaultiana, para subsanar el desamparo y hacer posible cierta creatividad.

El intento parece ser diario, pero las vivencias de la expulsión se entrelazan al trabajo de artesanal que hace Tomás para *tener-parte* y *ser-parte*. Tomás va con Chaco a un centro comercial, intentando encontrar a Jairo, quien continúa desaparecido. Mientras esperan, mirando el ambiente, tres guardias de seguridad se acercan y les piden que se retiren del lugar. De nuevo una expulsión, de la tierra, de lo filiar, y esta vez, del acceso al bien social. Se escapan, los corren, y logran salir del lugar, Tomás le dice; “¿Qué tal estos manes no brother? ¿Están así por que les pagan por ser unos perros guardianes?”, Chaco responde; “¿Y tu tanto años aquí y no sabes que acá los perros somos nosotros o qué?”. Está allí ubicada la exterioridad a la que se refiere Jorge Broide (2018) por que la exclusión deja por fuera de un espacio urbano, pero también de la accesibilidad a los bienes sociales y a ciertas ganancias de la cultura, intentando en ese camino, ir generando, ante la vacuidad del pacto social, un pacto-prótesis (Viñar, 2018) que reescriba, en cierta manera, la condena de la exclusión, y ese *riguroso itinerario de vida* que sentencia a algunos al encuentro constante con el desamparo y la ilegalidad.

Tomás, en plena búsqueda, tanto de Jairo como de un futuro habitable, se encuentra con una de las dimensiones estructurales del pasaje adolescente; los vínculos *sexo-afectivos*. El trabajo de lo puberal (Gutton, 1993) es una tarea siempre a realizar, y paralela a la operación adolescente, donde se hace posible cierto encuentro con el objeto exogámico y la reinscripción del cuerpo. En la misma galería donde se presenta la posibilidad del oficio, también Tomás conoce a una adolescente blanca que trabaja atendiendo la peluquería de su padre, y con ella se encuentra a escondidas y en los rincones del lugar.

En este contexto, Jairo aparece internado. Allí se encuentran de nuevo Tomás, Chaco y su madre, con Jairo reposando en una camilla de un hospital. La madre le pide a Tomás para hablar, Chaco se corre y da paso a una charla íntima. La madre le dice *“ya que usted dejó a su mamá, necesito que se haga cargo de Jairo”*, otra vez una paternidad que nada entre posibles nombres, entre postas parentales (Kammerer, 2000) y sin anudarse a una Ley. Tomás le dice *“no hay problema”*, pero replica:

- *“Si Uste no hubiera escuchado a su guardiancito, Jairo no estuviera acá”*
- *“Uste como se atreve a echarme la culpa a mi, sabe que yo he hecho todo para sacar a ese niño de esos huecos, y él solo quiere hundirse más, pa seguir pensando allá en el puerto, pa seguir metiendo ese vicio”*
- *“Es que a uste se le olvida que nosotros venimo de allá”*
- *“Pues si, yo si me quiero olvidar todo lo que me pasó”*

Después de allí, Tomás asume con Chaco los cuidados de Jairo tras la salida del hospital. En uno de sus encuentros juntos visitan un chatarrero plagado de autos apilados. Allí, se sientan adentro de uno de ellos, relatan con minuciosidad tramos de su biografía, tiempos de infancia, el mar, la selva, el ataque de los paramilitares a Buenaventura, su pueblo de origen, y el día que matan a su padre sentados adentro de un auto abandonado. Usando de mapa el vidrio frontal de un auto roto Jairo dice: *“Este es el rio, ¿por acá está la casa cierto?, por acá vienen pasando los armados en el bote, se bajan los paracos, y por acá matan a mi papá”*. Queda un silencio. En la continuidad del juego, Tomás dice *“¡Mira un celador!”* (eran quienes, comandados por los paramilitares, ejercían un control de la zona y delataban a los “sapos” locales), y continúan: *“¿Ese no es Roel?; ¡Roel! ¡Hijueputa!”*, y disparan en ese espacio lúdico, en una tercera zona winnicottiana, a quien posiblemente fuera el delator de su padre. Sucede algo de lo que describe Winnicott cuando cita a Michel Leiris en el comienzo de *“Realidad y Juego”*: *“esa capacidad poco común... de transformar en terreno de juego el peor de los desiertos”*. Vuelve el silencio.

Salcedo (2015) dice que:

recordar un lugar es una interpretación y una reconstrucción del pasado que se entromete insistentemente en el presente. Por “pasado” no me refiero a un cúmulo objetivo de experiencias pretéritas, sino a las formas mediante las cuales los individuos reconstruyen hechos socioculturales significativos que han vivido (p128).

En la elaboración lúdica, entre la rememoración del asesinato y la reparación de una represalia hacía un delator imaginario, existe una reinscripción del pasado, emparentada a esa construcción de un mito personal en donde se realizan anclajes de continuidad entre lo que lo antecede, eso que lo determina, y aquello que, mediante cierta invención, pueda *ser y hace*, a través del deseo. Existe además allí una renuncia evidente, una especie abdicación de la violencia, y un hacer-lúdico con ella, incluso allí donde la cultura la liga a una forma de ejercer autoridad y sostener el poder:

Venimos de historias sociales y subjetivas en las que ha imperado la imagen de hombres poderosos llamados a usar la violencia contra alguna expresión del mal, para salvarnos de enemigos temibles o para llevarnos a un porvenir de luminosa felicidad. Esa tradición nos presenta a esos personajes como ideales a seguir y la violencia como algo necesario, un camino inevitable, un deber y un derecho asignados a los varones (Pignatello, 2014, p.135).

Así, en ese trabajo de reconstrucción de un pasado (Aulagnier, 1991) se hace posible la reinscripción de un proyeco identificatorio (Aulagnier, 2014), en donde se hilvanan, lo que Francois Ladame (1998) designó como *history* y lo que designó como *story*, la historia del acontecimiento social y el relato biográfico de acontecimientos sincrónicos que son reescritos y reinscriptos, desde el ejercicio del juego y lo lúdico en pleno suburbio.

Tomás inicia su trabajo en la barbería y le prestan dinero para que compre su propia máquina para poder trabajar con ella. Pero los problemas de Jairo, las deudas de un pasado de un adolescente obnubilado por reparar el vacío con crack, aparecen, y trastocan el camino de Tomás, que bajo presión de salvar la vida de Jairo, usa el dinero que tenía para comprar una maquina de cortar pelo, prestado por su jefe, para pagar las deudas, perdiendo, en principio, las posibilidades de hilvanarse completamente a ese nuevo oficio. Esa noche, Tomás vuelve a la expulsión, esta vez, de su trabajo, donde lo despiden por haber *“robado el dinero”*, y termina buscando a Jairo, entre los baldíos de los rincones mas remotos de los suburbios bogotanos, en donde este volvió a fumar crack, y mientras se pelean, Tomás, en un raptó de desesperación, entre el fuego y los yonkis, prende la pipa y fuma, entre una paz imposible aparece lo mortífero y calmante de la sustancia. Lo disruptivo vuelve así, desde el horror, sujetándolo a las fracturas de una época, con lo expulsivo y una guerra que se tejen a los subjetivo. Mientras fuman crack Jairo le dice: *“Esto es lo que me gusta de esta mierda, que lo saca a uno de este hueco, y lo hace acordar de Buenaventura”*. Pasan la noche en el baldío, y al otro día Tomás le dice a Jairo que se vaya de ahí, que huya, Jairo se niega, dice que ahí es un lugar donde no lo encuentran, las deudas lo acechan.

Tomás se va, duerme, deambula por un largo tiempo, pasan los días hasta que decide ir a la casa materna, donde llega y se encuentra con el velatorio de Jairo. Él en el cajón y personas cantando alrededor, a modo de despedida doliente. Los narcotraficantes habían asesinado a Jairo, y los hermanos, con su madre, se encuentran en el velorio. La muerte hace presencia otra vez, seca, sin símbolo, sin posibilidad de hacer, entre duelos suspendidos, prolongados, infinitos, alienados a una relación thanatica con los muertos y el morir. Tras la muerte cruda, y la presencia nuevamente de lo disruptivo, en pleno velorio, su hermano le da dinero que han ido juntando para irse juntos a Estados Unidos, otra vez la urgencia de cartografiarse, de hacer mapa con uno mismo, de migrar, en medio de una Historia que tuerce los acontecimientos, y un lazo social que aparece siempre con la presencia cruda de la violencia y el morir, donde los duelos, por el territorio, por el padre perdido, por la migración, por el pasaje adolescente, se ven invadidos por lo disruptivo. Singer (2014) dice que:

para que un aire transicional se instaure en dirección a la simbolización de la ausencia, el objeto externo según Winnicott debe comunicar cierto calor y vitalidad, tener consistencia y realidad propia, ser bueno y no persecutorio; en caso contrario, su carencia o inadecuación despoja de sentido el proceso transicional y compromete soluciones patológicas, que van en el sentido de obturar la falta intolerable en lugar de elaborar la ausencia (p.121).

Tomás afronta una reiterativa batalla en torno a un saber-hacer sobre la pérdida y crear lo dado, en donde debe gestar formas artesanales de inventar un espacio transicional, elaborar ausencias, ligar e intentar representar. Como aclara Ripesi (2018)

Nadie sabe lo que un gesto puede, sólo se tiene la noticia confusa de alguno de sus desenlaces, y entre ellos el más perentorio: la producción de un mundo en el mundo, a veces hostil, a veces amable. Nos amoldamos, nos rebelamos, lo habitamos (pero solo si podemos crearlo) (p.1).

Chaco se sube a un bus hacia otro destino, otro desplazamiento, asumido u obligado, invitando a Tomás a que parta junto a él, para lo que le presta dinero, pero Tomás, con sus cuadernos de dibujos, una máquina nueva y una silla, empieza a cortar el pelo en plena calle, y allí culmina e inicia su historia. El corte es producción y deviene oficio, un corte con la tragedia familiar, pero que permite tramitar cierto lazo con la cultura, que lo amarra a las cartografías de la identidad afrocolombiana, con la esclavitud y ese anhelo liberarse, con posibilidades siempre-sujetas-a-la-Historia, a cierta cultura y haciendo desde la creación las condiciones de posibilidad para torcer un futuro que la época, sus guerras y sus violencias desarman con tremenda ferocidad.

## VII – Discusión y conclusiones

Este trabajo buscó adentrarse en una exploración teórica y clínica mediante el psicoanálisis contemporáneo, buscando pensar la adolescencia y el vínculo social, así como indagar en las particularidades de la construcción histórica en el proceso adolescente, intentando ligar la historia de los acontecimientos sociales con la construcción identitaria y biográfica del pasado a la que se ve expuesto el adolescente en su pasaje. El principal objetivo de este recorrido fue poner en diálogo autores psicoanalíticos en relación a la adolescencia, con el objetivo de generar puentes teóricos que busquen afirmar ciertos conceptos, y generar, mediante la construcción de caso, una catalización de la teoría así como aportes noveles para pensar el anudamiento entre el sujeto adolescente, la historia y el lazo social. En esta investigación asentimos e intentamos continuar algo de lo que Rassial (2001) decía en “El sujeto en estado límite”, al considerar que

no es simple querella de especialistas aislar casos en que lo social y lo grupal se ven inmediatamente movilizados en contra de aquello que parecería lo privado, lo íntimo de la cura, casos que provocan a la vez una inquietante extrañeza, una infamiliaridad, algo del orden de la "infamilia", que ponen en cuestión el lazo social a la par que el lazo analítico (p.41)

Entendemos que los modos en que el psicoanálisis aborda el lazo del sujeto con la cultura abren posibilidad para pensar las formas en que el adolescente realiza los anudamientos con la época y los acontecimientos sociales, dando cierto lugar a una bidireccionalidad y multicausalidad, en donde la ligazón entre presente y pasado se realiza en acciones de *apres-coup*. En este sentido el vínculo del adolescente con su dimensión biográfica, pero también, con la cultura, es siempre novel y en constante construcción. Al principio, cuando esta investigación tomaba sus primeras formas, eran varias las interrogantes, sobre todo orientadas a los territorios particulares que encuentra el psicoanálisis para pensar el vínculo del sujeto adolescente con la cultura y la dimensión historizante. El psicoanálisis, a través de Freud, llega en su momento para entregar a las ciencias de la cultura nuevas aristas, y advierte de dos hechos centrales, el primero es dejar en claro que a la cultura se accede a través de una renuncia, del incesto y del asesinato, resignando así *el infans parte* de su manejo pulsional, y permitiendo un equilibrio entre la potencia catalizadora de la individualidad con las disposiciones del socius, una vez que el sujeto se encuentra con el símbolo. Con esto Freud insta a un sujeto que no es accesible a través de un constructo dado, uniforme, y lineal, ya que se encuentra en un vínculo de

retroalimentación con la cultura, con aquel *no-todo*, ese inconsciente, resto que queda de las resignaciones, sitio de lo plástico e indecible, pero también, catalizador. Así, se entiende a través de Birraux (2005) que:

pensar la cultura y sus objetos, el malestar adolescente en la cultura, es pensar en las condiciones en las cuales el niño podrá enfrentar las tensiones de su mundo interior y las presiones del mundo exterior, cómo podrá prepararse para combatir sus angustias y manejar sus pulsiones y cómo integra la noción de alteridad, el comercio con un entorno humano, el vínculo social, la Ley y las leyes (p66).

Se entiende que el adolescente como sujeto creativo y transicional se ve entonces expuesto a una renovación de su amarra con el lazo social y a la invención de una historia singular, y con minúsculas, en donde la transgresión y reinención se encuentran disponibles y aparecen como gesto útil. El adolescente deberá entonces adentrarse en el “arte de ser uno mismo” (Gutton, P; 2017) y para eso deberá *encontrar-reencontrar* relaciones afectivas en el vínculo con otros. Entre herencia y subversión, entendemos con Ripesi (2018) que “no puede haber un intento de conservación inalterable del legado cultural que no introduzca inevitables variaciones en la pretensión de reproducirla fielmente. Literalidad y originalidad absoluta -en la teoría winnicottiana- son dos formas de desprendimiento subjetivo del orden de la cultura”. El lazo social tendrá que ver con las texturas que tome la amarra que el adolescente pueda hacer a la cultura, pero estas estarán atravesadas por el síntoma, en cuanto relato particular, único, e inconsciente. La cultura hará sus marcas, estructurantes o disruptivas, y estas se escribirán y reinterpretarán en la experiencia adolescente, entendiendo que el “vivir juntos de los hombres es un proceso activo y creativo, es una creación (o destrucción) que se modifica de una generación a otra, de un tiempo al siguiente” (Viñar, 2009, p.103).

Desde ese lugar, trabajar el caso de Tomás, ese constructo fílmico, colectivo y sublimatorio, que dice acerca del tránsito de unos muchos, permitió elaborar aún más ese afinamiento teórico y conceptual, dado que en su pasaje, queda visible el tránsito singular y las marcas del hecho social. Sería dificultoso hablar de Tomás sin hablar de una época una cultura y un lazo social, eso afirma lo que desde lo psicoanalítico se entiende como amarra indivisible, pero también de formas nóveles y singulares en las que lo contextual se anuda al propio sujeto. Esto habilita el gesto sublimatorio, creativo y de invención, entendiendo que la herencia es parte de una construcción, y hay formas singulares y colectivas de elaborar las diferentes condenas, exclusiones y desamparos que produce lo contemporáneo. En este sentido, el trabajo histórico del sujeto es siempre novel, y la adolescencia es un tiempo crucial de reescritura, en donde se debe rehilvanar el pasado con cierta construcción de futuro, en

plena reinscripción corporal, y tramitación de la exterioridad del lazo familiar. A través de Gutton (2007) entendemos que el adolescente debe reubicarse, en el sentido de una cadena filiar, en una casa, en un barrio, ante los mandatos de su género, en los itinerarios de la ciudad, en lo pedagógico, en la construcción de un posible oficio futuro. Tomás pareciera quedar en principio condenado a la expulsión, donde el otro de la ternura (Viñar, M; 2018), pero también de la institucionalidad, de la política pública, de lo educativo, pareciera ser faltante, y su oferta la suplen esos Otros protésicos o monstruosos (Viñar, 2018) que dan cuenta de una pulsión de muerte que parece estar desintrincada de la pulsión de vida (Frigerio, 2016). Esta escenificación de la violencia se ve enlazada también en un modo de lectura de la masculinidad, hegemónica, agresiva y dominante, atravesada por la guerra y el contexto circundante. Seguimos a Pignatiello (2014) para entender que hay algo del habitar rigidamente la masculinidad y la feminidad que somete a la reproducción de un malestar:

desde la infancia, mujeres y hombres nos hemos sometido al axioma de que masculinidad y violencia son cosas indisociables. Para salir de esta trampa hace falta emprender cambios en la manera de relacionarnos, el modo de vida, la imagen que tenemos de los otros, la forma en que procesamos nuestras emociones y lo que hacemos con nuestras angustias recónditas. Es decir, no se trata de parar la violencia con más violencia, sino ocuparnos del entramado social y subjetivo que la produce (p.145).

En el transcurrir de la historia Tomás *sabe-hacer* con la condena de la expulsión, de no tener-parte, y conocerá cierto contrato pedagógico supletorio y un linaje del corte a través de Chaco, llevando a cabo la tradición y arte de cortar el pelo de sus ancestros, los antiguos esclavos africanos que dibujaban curvas escarpadas y zigzagueantes como metáfora de vía de escape hacia alguna libertad, mediante el cual intentaba ser un *héroe mínimo y singular de los acontecimientos sociales* (Rassial, J; 2001). Allí donde podría aparecer la ya nombrada nostalgia al pacto-social moderno, es necesario ubicar nuevas interrogantes, y el caso de Tomás habilita esa problematización. En ese camino podríamos descubrir que los mecanismos que vienen a reemplazar el acceso a lo simbólico, suplir carencias, generar aquellos pactos-prótesis, permiten entender que las formas de hacer lazo social son siempre singulares, y sobre todo, siguiendo a Birraux (2005) que *“debe sin duda restaurarse el grupo de “pares” y sus modelos, como portador de los valores que los mayores ya no saben transmitir. Se trata de pensar en la función intermedia (transformación) de los “hermanos” en las sociedades donde el lugar del padre podría ser demasiado peligroso”* (p.57). Allí donde el lazo social epocal expulsa, es mortífero y monstruoso, aparecen lazos-prótesis que habilitan transicionalidad que da lugar a una sobrevivencia. El propio acto de cortar implica una ruptura

y elaboración del trauma, y un pasaje infancia-adulthood, pero también una reinscripción de la historia, Buenaventura se transforma, pasa de ser el hogar de lo indecible, a ser parte de un linaje de trabajo con el corte y el pelo, así, en ese subvertir lo heredado, *“el sujeto sólo pueda crear lo que de todos modos ya está dado a su alrededor, establecido y consumado, es el modestísimo modo de construir un mundo personal y compartido en el que la vida sea digna de ser vivida”* (Ripesi, 2018). El camino por este segundo nacimiento o entrada en la vida, que implica lo adolescente en Tomás, no deja de estar atravesado por las dinámicas del horror de los suburbios, de una criminalización de la vida cotidiana, de intercambios que se dan desde la ilegalidad, donde la paradoja entre la afirmación de la vida y la cercanía de la muerte es constante, pero también este inventa formas de construir(se) un pasado (Aulagnier, 1991) y anudarse a una creación original compartida (Gutton, P; 2007) donde genera una transicionalidad, un por-fuera, pero también una suplencia del lazo social que permite sublimar y construir una ligazón para una pulsión de muerte que parece acechar la vida cotidiana.

La historia que pueda construirse un sujeto se encuentra enlazada, como artilugio ficcional, a las interpretaciones que pueda realizar de su pasado, pero también a las invenciones posibles que puedan generarse desde el presente. No cobra centralidad aquí la realidad fáctica de lo acontecido ni la fidelidad verdadera entre hecho y enunciado, sino la fuerza que estriba en la posibilidad de ficcionar el pasado, de hacerlo andar entre olvidos, y de transformarlo, sobre todo, en un espacio habitable, en un acontecimiento que toma la forma de un jugar, que *“amortigua el efecto devastador que tiene para algunos individuos abrir – justamente- la pregunta “¿Quién soy yo?”* (Ripesi, 2018). El sujeto adolescente se expone a una reinvención de su pasado y la construcción de un futuro, que se encuentra en una amarra indivisible con el acontecer social. Rassial (1999) lo aclara cuando dice que *“la adolescencia aparece como un apogeo entre el nacimiento y la muerte”* (p.202), y ese apogeo genera las condiciones de posibilidad para convertirlo al adolescente en un sujeto a la historia que estará atravesado por el hecho íntimo y por el hecho social. Si en el sujeto *“de” la historia* marxista existe una posibilidad transformadora que hace foco en la construcción de la sociedad, en el concepto de sujeto *“a” la historia* intenta habitar una dimensión más mínima, creativa, e incluso ética, en un sentido foucaultiano, que de lugar a las texturas singulares del acontecer de la cultura. De esta manera, cuando se intenta pensar al adolescente, se lo entiende ubicado en una amarra indivisible, entre su novela íntima, la invención, y el lazo social. Esta amarra es bidireccional, y los acontecimientos epocales jalonan el tránsito subjetivo del adolescente, así como este puede reescribir en cierta medida, desde lo transicional y el pasaje, aquello que recibe del socius, entendiendo que *“la ilusión de una historia que abarque la totalidad de lo vivido por el sujeto implica un arrasamiento del inconsciente”* (Bleichmar, 2020, p73), e insistimos en este sentido, a través de Viñar (2018), en que:

no hay un determinismo lineal entre lo primitivo y lo actual, lo viejo o arcaico como causa de lo actual. Hay un determinismo circular, donde en la inagotable producción de sentidos de la que el psiquismo es capaz, se constatan la reverberaciones e insistencias del síntoma o malestar, o exploración de nuevos senderos inéditos, donde poco a poco se descubren nuevas capacidades para ser uno mismo (p.56).

Entonces, el adolescente, en su encuentro con la cultura y la dimensión historizante, transita entre la lengua heredada y un área de ilusión (Cahn, R; 2002), en donde debe, al decir de Gutton (2017), pasar por un recorrido que hace necesario el ser reconocido como digno de respeto, de escucha y de autorización crítica. Este movimiento implica un encuentro y reencuentro con el vínculo social, y aquel que en primera instancia llegó en forma de prohibición fundante, en este caso aparece más directamente, encarnado en un abanico de instituciones de las que debe anudarse y desprenderse, estando entre ellas la familia, la educación, la justicia, la política, entre otras tantas, que no pertenecen a un universo material-concreto, ni espacial ni edilicio, sino que son aquellos representantes de la cultura que se instauran en el pasaje adolescente haciéndolo posible e imposible, encontrándose *“tanto al interior como al exterior del funcionamiento psíquico del adolescente, la institución está al mismo tiempo dentro y fuera del adolescente, está presente en el secreto de su creación constante”* (Gutton, 2007, p.60).

Esa experiencia historizante que fue explorada a través de los recorridos teóricos, pero también en la elaboración del caso, invita a generar nuevas formas de concebir la historia, y la ubica como un aspecto pasible de ser trabajado en el acontecer clínico y social, en los recorridos biográficos de aquellos adolescentes que se ponen al habla de alguien que los escucha, en donde se podrán buscar formas de generar ciertos lazos-prótesis y postas parentales (Kammerer, 2000) allí donde el lazo social se presenta desde la desligazón, pero también, donde la exclusión, el desamparo y lo monstruoso quieran obturar las vías de transicionalidad y pasaje, entendiendo que la oferta de la cultura no siempre es simbólico-estructurante, sino que la desligazón puede ser una de las características centrales en tiempos contemporáneos, y esto debe generar un llamado para aquellos que asumimos lo que Graciela Frigerio (2016) vino a designar como oficios del lazo.

Asistimos entonces a la urgencia de invención, en los oficios clínicos y sociales, de crear discursos y prácticas que puedan confrontar de cierta manera los efectos tanáticos, el riesgo, la violencia, la imposibilidad de lo común, la exclusión y la desligazón desde nuestras

prácticas cotidianas. Asistimos a la necesidad de también ver las formas en que lo actual inventó nuevas modalidades de ligazón y lazo social, y aprender un saber-hacer con ellas, buscar en esos pactos-prótesis, en la experiencia de los adolescentes, hilos para nuevas formas de generar oficios de holding.

Graciela Frigerio (2014) toma a Jean-Luc Nancy y nos recuerda que en la actualidad:

todo ocurre como si el mundo estuviera atravesado por una pulsión de muerte que pronto no le va a quedar nada más a destruir que el mundo en sí. Tenemos un reto. Nos han retado en los dos sentidos: "regañado" (pero ¿cómo hemos dejado que el mundo se vuelva esto? y ahí hay una pregunta ¿qué hemos tenido que ver nosotros con algo de lo que acontece?); y a la vez un reto, en el sentido de un "desafío". (p.10)

Ese *desafío* que advierte Nancy y retoma Frigerio (2014) nos invita a nuevas formas de "reanudar, rehilar, rehilvanar, la pulsión de muerte que avanza desatada con la pulsión de vida que parece estar perdiendo la partida" (p.10), y propone (2014) un borde de Moebius desde donde ofertar objetos transicionales que hagan posible que algo devenga otra cosa, que ese malestar se transforme en un gesto sublimatorio, y que del *vacío cultural y su efecto patógeno* (Birraux, A, 2005, p66) pueda ser confrontado con el hacer del lazo, por que afirmamos con Frigerio (2007) que:

para que algo devenga otra cosa en el mundo social-histórico y en el aparato psíquico del sujeto, es necesario, a la vez, un trabajo político y un trabajo psíquico. Para que algo devenga otra cosa, no serán indiferentes las presencias a las que el sujeto tenga acceso. Las presencias significan necesidad de todo sujeto de un otro, no cualquier otro, no presente de cualquier manera. Otro capaz de sostener una oferta, aun allí donde podría parecer que no hay demanda, para crearla. Otro capaz de hacer de algo otra cosa, de un amor de transferencia, la transferencia de un amor a otra cosa. (p.26)

Así, esta tarea investigativa, intentó realizarse siguiendo una invitación frigeriana que propone, más que ser actuales, ser contemporáneos; lo que *"implica meterse con lo tenebroso de su tiempo y sentirse concernido. Sentir que me afecta, que me concierne, aunque yo no conozca a todos los sujetos sometidos a las tinieblas, a las oscuridades, de los pretenciosos,*

*de los prebendarios, de los acopiadores”* (Frigerio, 2014, p.10). Desde allí se intentó pensar el malestar contemporáneo y las formas de pasaje adolescente en la actualidad, conceptualizar al adolescente como sujeto a la historia, de la cual es producto pero también actor, buscando explorar, en los intersticios del caso, las formas en que la teoría se hace presente en las narrativas mínimas, y también, invitar a la casuística a decirle a la teoría y la praxis acerca de sus puntos ciegos con el fin de catalizar las posibilidades del acontecer clínico con adolescentes en tiempos contemporáneos.

# Bibliografía

- Amadeo, Damasia (2015) “La adolescencia está ligada a la época; la pubertad, según Freud, no” – Telam – Recuperado el día 30/11/2019 en: <http://www.telam.com.ar/notas/201508/116670-la-adolescencia-esta-ligada-a-la-epoca-la-pubertad-segun-freud-no.html>
- Aberastury, Arminda. (1959) “El mundo del adolescente”. Rev. Uruguay de Psicoanálisis, vol. 3, año 1959.
- Arendt, Hannah (2013) Eichmann en Jerusalén. Buenos Aires, Argentina: Random House Mondadori.
- Aulagnier, Piera (1991). Construir(se) un pasado – Recuperado el día 30/11/2019 en: [http://www.bibliopsi.org/docs/carreras/obligatorias/CFG/adolescencia/grassi/Teorico/Aulagnier\\_Construirse-pasado.pdf](http://www.bibliopsi.org/docs/carreras/obligatorias/CFG/adolescencia/grassi/Teorico/Aulagnier_Construirse-pasado.pdf)
- Aulagnier, Piera (1991) “Cuerpo, Historia, Interpretación: de lo originario al proyecto identificatorio” Buenos Aires, Argentina, Paidós.
- Aulagnier, Piera (2014) “La violencia de la interpretación”. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Assoun, Paul Laurent (2001) “Freud y las ciencias sociales: psicoanálisis y teoría de la cultura” – Barcelona, España: Ediciones del Serbal.
- Badiou, A. (2004). “El cine como experimentación filosófica”, en Yoel, Gerardo; “Pensar el cine 1: imagen, ética y filosofía”. Buenos Aires: Manantial.
- Barros, I (2014) “Relaciones entre el abuso sexual intrafamiliar –incesto- y el psicoanálisis: articulaciones clínicas a partir del cine” – Tesis de Maestría - Montevideo, Uruguay: Universidad de la República.
- Bedoya, Luz Adriana (2016) “Formas del exceso en la adolescencia” – Tesis de Maestría - Medellín, Colombia: Universidad de Antioquia.
- Bedoya, Mauricio (2006) “Las formas de lo pasado en la clínica” Recuperado en: <http://www.funlam.edu.co/revistas/index.php/poiesis/article/viewFile/422/398>
- Beller, Dely (2003) “Acerca de las Herencias” en “Variaciones sobre clínica psicoanalítica” coord. por Ana Berezin, Buenos Aires, Argentina: Siglo veintiuno.
- Benyakar, Moty (2016) “Lo disruptivo y lo traumático: Abordajes posibles frente a situaciones de crisis individuales y colectivas” - 1a ed . - San Luis, Argentina : Nueva Editorial Universitaria - U.N.S.L.
- Benyakar, Moty (2016) “Lo disruptivo en el cine: ensayos ético-psicoanalíticos” - Barcelona, España: Editorial Escolar.
- Birraux, Anne y otros (2005) “Adolescentes hoy: en la frontera entre lo psíquico y lo social” – Montevideo, Uruguay: Trilce.
- Bleichmar, Silvia (2020) “El psicoanálisis en debate: diálogos con la historia, el lenguaje y la biología” – 1 edición. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Blos, Peter (1979) – “La transición adolescente” – Barcelona, España: Amorrortu,

- Broide, Jorge (2018) – “El psicoanálisis en situaciones sociales críticas: Metodología clínica e intervenciones” – Buenos Aires, Argentina: Noveduc.
- Castoriadis, Cornelius (1993) - “La institución imaginaria de la sociedad. El imaginario social y la sociedad”. Buenos Aires, Argentina: Tusquets Editores.
- Carrasco, Octavio (2016) “Consideraciones psicoanalíticas sobre el cambio y la permanencia de la histeria desde los tiempos del descubrimiento freudiano del inconsciente, hasta su inclusión posible dentro de un tratamiento psicoterapéutico universitario actual” – Tesis de Maestría Montevideo, Uruguay: Universidad de la República.
- Cahn, Raymond (2001) – “Adolescencia e identidad” – Revista Psicoanálisis APdeBA - Vol. XXIII - Nº 2, Buenos Aires, Argentina.
- De Certeau, Michel (2000) “La invención de lo cotidiano” - vol. 1. «Artes de hacer». Ciudad de México, México: Universidad Iberoamericana.
- De Certeau, M. (2007) “La 'novela' psicoanalítica. *Historia y psicoanálisis*”. Ciudad de México, Mexico: Universidad Iberoamericana. Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.
- Comisión de la Verdad de Colombia (2022), “Si hay futuro hay verdad: informe final”, Bogotá, Colombia, recuperable en: <https://www.comisiondelaverdad.co/sites/default/files/descargables/2022-06/Informe%20Final%20capi%CC%81tulo%20Hallazgos%20y%20recomendaciones.pdf>
- Di Paola, Esteban (2017) “Lazo social y globalización: las sociedades imaginables y un abordaje metodológico para su estudio” - Revista Athenea Digital - 17(1): 249-267 - ISSN: 1578-8946.
- Dolto, Françoise (1987) "Seminario de psicoanálisis de niños 1", Ciudad de México, Mexico: Siglo veintiuno editores.
- Dolto, Françoise (1989) “Palabras para adolescentes”, Buenos Aires, Argentina: Atlántida.
- Dolto, Françoise (1990) “La causa de los adolescentes”. Madrid, España: Seix Barral.
- Donas Burak, Solum – Comp. (2001) “Adolescencia y juventud en América Latina”, Libro Universitario Regional, Recuperado en: [http://www .binasss.sa.cr/adolescencia/Adolescenciayjuventud.pdf](http://www.binasss.sa.cr/adolescencia/Adolescenciayjuventud.pdf)
- Fariña, M, J. J. (Comp.) (2012) “(Bio)ética y cine. Tragedia griega y acontecimiento del cuerpo”. Buenos Aires, Argentina: Letra Viva.
- Fernandez Blanco, Manuel (2018) Entrevista “Un lazo social incomparable - Singularidad clínica y discurso analítico” – Recuperable en: <http://cpct-paris.com/wp-content/uploads/2018/09/CPCT-J18-Entretien-Manuel-Fernandez-Blanco-espagnol.pdf>
- Firpo, Isela (2011) – “Estado, política y niñez” – Cuadernillo número uno – Buenos Aires, Argentina: Ministerio de Desarrollo Social - Secretaría Nacional de Niñez, Adolescencia y Familia.
- Freud, Anna. (1985). Psicoanálisis del desarrollo del niño y del adolescente. Primera edición 1957. Barcelona, España: Paidós.
- Freud, Sigmund. (1905). “Tres ensayos de teoría sexual” – Recuperable en: [http://www.multimedia.pueg.unam.mx/lecturas\\_formacion/identidad\\_imaginaria/Tema\\_III/Sigmound\\_Freud\\_Tres\\_Ensayos\\_sobre\\_la\\_sexualidad.pdf](http://www.multimedia.pueg.unam.mx/lecturas_formacion/identidad_imaginaria/Tema_III/Sigmound_Freud_Tres_Ensayos_sobre_la_sexualidad.pdf)

- Freud, Sigmund (1913) "Totem y Tabu" – Librodot.com – Recuperable en: <http://www.afoiceeomartelo.com.br/posfsa/Autores/Freud,%20Sigmund/Freud,%20Sigmund%20-%20Totem%20y%20Tabu.pdf>
- Freud, Sigmund. (1979) "El malestar en la cultura" Obras completas de Sigmund Freud. Volumen XXI Traducción José Luis Etcheverry. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, Sigmund (1979) "Psicología de la masas y análisis del yo", y otras obras - Obras completas de Sigmund Freud. Volumen XVIII -, Traducción José Luis Etcheverry. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu editores.
- Frigerio, Graciela (2002) "*Las instituciones del conocer y la cuestión del tiempo*" – En "*Educación, ciudadanía y participación*" – Buenos Aires, Argentina: Novedades Educativas.
- Frigerio, Graciela (2005) "Educar: ese acto político" – Buenos Aires, Argentina: Del estante Editorial.
- Frigerio, Graciela (2007) "En la cinta de Moebius" – Epilogos, El Abrojo - Recuperable en: [https://www.elabrojo.org.uy/wpcontent/uploads/2017/06/En\\_la\\_cinta\\_de\\_Moebius1.pdf](https://www.elabrojo.org.uy/wpcontent/uploads/2017/06/En_la_cinta_de_Moebius1.pdf)
- Frigerio, Graciela (2014) "Hipótesis para comprender lo que se pone en juego en estos tiempos" – Conferencia – Congreso Estatal de Educación Social, Valencia.
- Frigerio, Graciela (2016) "Tener o no tener lugar" – Colección de cuadernillos, Montevideo, Uruguay: Epilogos, El abrojo.
- Flechner, Silvia (2003) "De la agresividad y violencia en la adolescencia" – Montevideo, Uruguay: Revista Uruguaya de Psicoanálisis 98: 163 – 183.
- Garbarino, Mirta y Garbarino, Hector (1961-62) — "La adolescencia". Rev. Uruguaya de Psicoanálisis. Tomo 4, N° 3.
- Garbarino, Mirta — "Identidad y adolescencia", Rev. Uruguaya de Psicoanálisis. Tomo 5, Nos. 2-3, 1963.
- Gonzalez Imaz, Marcelo (2013) "El síntoma en la Clínica Psicoanalítica" - Recuperado en: <http://www.itinerario.psico.edu.uy/articulos/el%20sintoma%20en%20la%20clinica%20psicoanalitica.pdf>
- Green, André. (1979) "Narcisismo de vida, narcisismo de muerte". Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Green, André. (2004) "Ideas directrices para un psicoanálisis contemporáneo". Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Green, André (2010) "De locuras privadas" - 2aEdición – Buenos Aires: Amorrortu.
- Green, André (2010) "El pensamiento clínico" - 1aEdición – Buenos Aires: Amorrortu.
- Goldstein, Mirta (2012) "El caso cinematográfico y lo ficcional en psicoanálisis" – Revista El sigma – Recuperable en: <https://www.elsigma.com/cine-y-psa/el-caso-cinematografico-y-lo-ficcional-en-psicoanalisis/12346>
- Guerra, Victor (2006) "Subjetivación en la adolescencia y cambios culturales: ¿nuevas formas de inscripción?" – Recuperado en [http://www.apuruguay.org/revista\\_pdf/rup102/rup102-guerra.pdf](http://www.apuruguay.org/revista_pdf/rup102/rup102-guerra.pdf)
- Gutton, Philippe (1993) "Lo puberal" – Buenos Aires, Argentina: Paidós.

- Gutton, Philippe (2007) "Creación adolescente y mundo contemporáneo" – Revista psicoperspectivas de la escuela de psicología facultad de filosofía y educación pontificia Universidad católica de valparaíso - vol. VI 2007 [pp.57 - 61].
- Gutton, Philippe (2017) "Breve ensayo para pensar la transgresión adolescente" – Revista Controversias en Psicoanálisis de Niños y Adolescentes – Número 20 – Recuperable en: <http://www.controversiasonline.org.ar/wp-content/uploads/2017/07/5.-GUTTON-ESP.pdf>
- Grunin, Julián (2008) "Procesos de simbolización y trabajo de historización en la adolescencia" - Cadernos de Psicopedagogia versão impressa Cad. psicopedag. v.7 n.12 - São Paulo. ISSN 1676-1049
- Grunin, Julian (2009) – Proyecto identificador, historia y temporalidad en la clínica - Anuario de Investigaciones, vol. XVI, pp. 33-41 Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Gutierrez Vera, Daniel (2004) "La textura de lo social" – Revista Scielo – Recuperable en [http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0188-25032004000200003](http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0188-25032004000200003)
- Hounie, Ana (2013) "La construcción de saber en clínica" – Tesis de Doctorado, Madrid, España: Recuperable en: <https://eprints.ucm.es/20464/1/T34360.pdf>
- Karl Marx & Federico Engels. (1966). La ideología alemana. La habana, Cuba: Editorial Pueblo y Educación.
- Kremer, William (2014) – "Lo que Europa medieval hizo con sus adolescentes" – BBC Web – Recuperable en: [https://www.bbc.com/mundo/noticias/2014/03/140327\\_cultura\\_europa\\_medieval\\_adolescentes\\_finde\\_en](https://www.bbc.com/mundo/noticias/2014/03/140327_cultura_europa_medieval_adolescentes_finde_en)
- Ladame, Francois (Ed.) (1998) - Adolescence and Psychoanalysis: The Story and the History – Nueva York, EEUU: Routledge.
- Laplanche, Jean; Pontalis, Jean (2004) Diccionario de psicoanálisis.- 1' ed. 6' reimp.- Buenos Aires, Argentina, Paidós.
- Laufer, Moses (1983) "The breakdown" – En Revista *Adolescence*, 1983, p63-70, Paris.
- Lacruz, Javier (2011) "Donald Winnicott: vocabulario esencial". Zaragoza, España: Mira Editores.
- Lacruz, Javier (2011) "La evolución creadora de la naturaleza humana" en El gesto espontáneo, revista digital: [www.elgestoespontaneo.com](http://www.elgestoespontaneo.com).
- Lacan, J (1995) "Seminario, libro 1. Los escritos técnicos de Freud" (1953-1954). Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Lacan, Jaques (2007) "El despertar de la primavera" en Intervenciones y textos 2, Buenos Aires, Argentina: Manantial.
- Lacan, J. (2009). "Seminario XVII: El reverso del Psicoanálisis". Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Levi, Miguel (1995) "Historización, actualidad y acción en la adolescencia" – Revista Psicoanálisis APdeBA - Vol. XVII - Nº 3, Buenos Aires, Argentina.
- Le Breton, David (2008). "Cultures adolescentes. Entre turbulence et construction de soi". Paris Francia: Edit. itions Autrement.

- Le Breton, David (2011) "Conductas de riesgo: de los juegos de la muerte a los juegos de vivir" - 1a Edición – Buenos Aires, Argentina: Topia Editorial.
- Le Breton, David (2014) "Una breve historia de la adolescencia" – Buenos Aires, Argentina: Nueva Visión.
- Le Breton, David (2016) "Desaparecer de si: una tentación contemporánea" – Madrid, España: Editorial Siruela.
- Le Poulichet, Sylvie (1996) "El arte de vivir en peligro: del desamparo a la cracion" Buenos Aires, Argentina: Ediciones Nueva Vision.
- Le Poulichet, Sylvie (2012) "Toxicomanias y Psicoanálisis: la narcosis del deseo" Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Lopez de Cayaffa, Cristina (2009) "El objeto - el otro, pensados a partir de ideas de D. Winnicott" - Revista Uruguaya de Psicoanálisis; 108 : 34 – 49 - Montevideo, Uruguay.
- Mannoni, Octave y otros (2009) "La crisis de la adolescencia" – Barcelona, España: Editorial Gedisa.
- Mendivelso, Nelly (2004) "Mapa de fuga y otros secretos afro" – Periodico UNP N67 - Recuperable en: <http://historico.unperiodico.unal.edu.co/ediciones/67/08.htm>
- Miller, Jacques Alain (2005) "Psicoanálisis y sociedad" – Revista Freudiana – Recuperable en: [http://www.eol.org.ar/template.asp?Sec=publicaciones&SubSec=on\\_line&File=on\\_line/psicoanálisis\\_sociedad/miller-ja\\_lautilidad.html](http://www.eol.org.ar/template.asp?Sec=publicaciones&SubSec=on_line&File=on_line/psicoanálisis_sociedad/miller-ja_lautilidad.html)
- Ministerio de Salud Pública (2009) "Guía de abordaje de la salud adolescente en el primer nivel de atención", Montevideo, Uruguay.
- Nasio, Juan David (2007) "Le fantasma" – Barcelona, España: Editorial Gedisa.
- Nasio, Juan David (2011) "Como actuar con un adolescente difícil: consejos para padres y profesionales" - 1a Edición – Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Nasio, Juan David (2001) "¿Qué es un caso?" – Revista Fort-Da Recuperable en: <http://www.fort-da.org/fort-da4/caso.htm>
- Kammerer, Paul (2000) "Adolescents dans la violence" Francia, Gallimard.
- Kestenberg, E. (1982) "Identité et identification chez l'adolescent" Revista Psychiat. Enf; 1962, 5,2:441-522. Paris, Francia.
- Klein, Alejandro (2003). Escritos psicoanalíticos sobre psicoterapia, adolescencia y grupo" Montevideo, Uruguay: Psicolibros Universitario.
- Klein, Alejandro (2006) "Adolescentes sin adolescencia: reflexiones en torno a la construcción de subjetividad adolescente bajo el contexto neoliberal". Montevideo, Uruguay: Psicolibros Universitario.
- Klein, Alejandro (2015) "Cambios en las peculiaridades sociales del adulto mayor y su impacto en el lazo social" - Revista Desde el Jardín de Freud n.º 15, Bogotá, Colombia.
- Pasqualini y Llorens (2010) "Salud y bienestar de adolescentes y jóvenes: una mirada integral" – OMS-OPS – Recuperado en:

<http://publicaciones.ops.org.ar/publicaciones/publicaciones%20virtuales/libroVirtualAdolescentes/pdf/SaludBienestarAdolescente.pdf>

- Rico, Frank (2006) "Adolescencias y lazos sociales" – Recuperable en: [file:///Users/ignaciordrodriguez/Downloads/\(Rico,%202006\)%20ADOLESCENCIAS%20Y%20LAZOS%20SOCIALES.pdf](file:///Users/ignaciordrodriguez/Downloads/(Rico,%202006)%20ADOLESCENCIAS%20Y%20LAZOS%20SOCIALES.pdf)
- Rico, Frank (2011) "El atributo de la transversalidad en la clínica de la adolescencia" Revista Affectio Societatis, Vol. 8, No 15 – Recuperado en: [https://aprendeenlinea.udea.edu.co/revistas/index.php/affectiosocietatis/article/viewFile/107\\_91/9966](https://aprendeenlinea.udea.edu.co/revistas/index.php/affectiosocietatis/article/viewFile/107_91/9966)
- Rodríguez Kauth, Ángel (2003) HISTORIA Y PSICOANÁLISIS - Unión de Universidades de América Latina y el Caribe - Distrito Federal, Organismo Internacional
- Rodríguez, Carmen (2014) "Adolescencia: un asunto de generaciones" en "Primera Persona: Realidades adolescentes" - Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia, UNICEF, Montevideo.
- Rodríguez, Carmen (2016) "Lo insoportable en las instituciones de protección a la infancia" – Editorial Escaramuza, Montevideo, Uruguay.
- Rodríguez, Carmen (2017) "Pensar por caso" en "Trabajar en instituciones: los oficios del lazo" – Buenos Aires, Argentina: Noveduc.
- Rodríguez Perrachione, Ignacio (2018) "Psicoanálisis, adolescencia y lazo social: líneas sobre una clínica de lo contemporáneo" en Singer, Flora (comp) "Psicoanálisis en la Universidad" – Montevideo, Uruguay: Facultad de Psicología.
- Rassistal, Jean Jacques (1999) "El pasaje adolescente" – Buenos Aires, Argentina: Editorial El Serbal.
- Rassistal, Jean Jacques (1999) "O sinthoma adolescente" – Recuperado en: <http://www.revistas.usp.br/estic/article/view/60788/63837>
- Rassistal, Jean Jacques (2001) "El sujeto en estado límite" – Buenos Aires, Argentina: Editorial Nueva Visión.
- Ripesi, Daniel (2018) "Hijos del instante" - Premio Lucian Freud: Psicoanálisis/Cultura – Recuperable en: <http://www.proyectoalsur.org/premio-lucian-freud/hijos-del-instante/>
- Rousseau Jean-Jacques (1883) "Emile: or concerning Education". D.C. Heath & Co. Publishers
- Rossi, Maria José (2007) "El cine como texto: hacia una hermenéutica de la imagen-movimiento" – Topia, Buenos Aires, Argentina – Recuperable en: <https://www.topia.com.ar/content/mar%C3%AD-jos%C3%A9-rossi>
- Rosolato, Guy (1991) "Lo Negativo, Figuras y Modalidades", Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1991.
- Salcedo, Andres (2015) "Victimas y trasegares: forjadores de ciudad en Colombia 2002-2015" – Bogotá, Colombia: Universidad Nacional de Colombia.
- Singer, Flora (1987) "Paradoja y psicoanálisis. Producción y uso de las teorías". Buenos Aires, Argentina: Ed. Galerna,

- Singer, Flora (1992) “El psicoanálisis entre la episteme y el enigma, en “Fronteras del psicoanálisis”, Revista Uruguaya de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay No.75. Montevideo, Uruguay.
- Singer, Flora (1992) “El psicoanálisis, un saber de los bordes”. Revista Universitaria de Psicología de la Facultad de Psicología, Montevideo, Uruguay.
- Singer, Flora (1998) “Modelos en psicoanálisis”. Revista Latinoamericana de Psicopatología Fundamental Vol. I No.2, Sao Paulo, Brasil.
- Singer, Flora (2000) “La paradoja y lo negativo. Aportes epistemológicos para la Psicopatología Fundamental” Revista Latinoamericana de Psicopatología Fundamental, Vol. III No.1, págs. 131/142. San Pablo, Brasil.
- Singer, Flora (2012) – “Eje transprogramático de prácticas clínicas” – Instituto de Psicología Clínica, Facultad de Psicología, UDELAR, Montevideo, Uruguay.
- Singer, F. (2014). “De la clínica de los estados límites a una clínica contemporánea de los ‘casos difíciles’”. Material de clase, inédito. Montevideo, Uruguay.
- Singer, Flora (2014) – “Decir el resto: la construcción de caso clínico en psicoanálisis” - Basado en trabajo presentado en Pre-Jornada Capes-Udelar, Montevideo, Uruguay.
- Singer, Flora (2014) – “Duelo y trabajo de objetalización” – Revista de psicoterapia psicoanalítica - TOMO VIII N.º 4 – Montevideo, Uruguay.
- Solé Blanch, Jordi (2016) – “Imaginario de la juventud: un recorrido histórico cultural” – Barcelona, España: Editorial Uoc.
- Udelar, INAU, Sociedad Uruguaya de Pediatría y UNICEF (2012) “Guía sobre la atención de niños y adolescentes en salud”, Montevideo, Uruguay.
- UNICEF (2014) “Primera persona: realidades adolescentes”, Montevideo, Uruguay.
- UNICEF (2022) “Uruguay: bienestar y salud mental en adolescentes y jóvenes”
- Uribarri, Fernando (2012) “André Green: el pensamiento clínico contemporáneo, complejo, terciario” – Revista Uruguaya de Psicoanálisis - Recuperado en: <http://www.apuguay.org/apurevista/2010/16887247201211412.pdf>
- Ulriksen, Maren (2005) “Construcción de la subjetividad del niño. Algunas pautas para organizar una perspectiva” – Revista Uruguaya de Psicoanálisis – Número 100 – Montevideo, Uruguay.
- Lozano Vicente, Agustín (2014) Teoría de Teorías sobre la Adolescencia. Última década. [online]. vol.22, n.40 [citado 2022-10-11], pp.11-36. Disponible en: [http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0718-22362014000100002&lng=es&nrm=iso](http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0718-22362014000100002&lng=es&nrm=iso). ISSN 0718-2236. <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-22362014000100002>.
- Viñar, Marcelo (2009) – “Adolescente y vértigo civilizatorio” – Montevideo, Uruguay: Ediciones Trilce.
- Viñar, Marcelo (2018) “Experiencias psicoanalíticas en la actualidad sociocultural: como nos cambia un mundo que cambia” – Buenos Aires, Argentina: Noveduc.

- Vocabale (2014) "La playa: un film de Juan Andrés Arango" – Paris, Franca. Recuperable en [https://www.vocable.fr/images/enseignants/voscopes/voscope\\_la\\_playa\\_dc.pdf](https://www.vocable.fr/images/enseignants/voscopes/voscope_la_playa_dc.pdf)
- Winnicot, Donald (1993) "Realidad y juego" – Barcelona, España: Gedisa.
- Winnicott, Donald (1998) Escritos de pediatría y psicoanálisis, Barcelona, España: Paidós.
- Winnicott; Donald (1968): "La Interpretación en Psicoanálisis" En "Exploraciones Psicoanalíticas". Buenos Aires, Argentina, Paidos.
- Winnicott, Donald, (1981) Deformación del yo en términos de un verdadero y un falso self» (1960), en El proceso de maduración en el niño. Barcelona, Laia.
- Winnicott, Donald (1995) "Deprivación y delincuencia", 2da Edición, San Pablo, Brasil: Martins Fontes.

## Filmografía

Botero, Jorge (Productor) Arango, Juan Andrés (Director) - (2012) "*La Playa DC*" (Cinta cinematográfica) – Colombia, Francia, Brasil: Burning Blue – Recuperable en: Retina Latina - <https://www.retinalatina.org/video/la-playa/> - Cine Europa <https://cineuropa.org/es/film/219929/>